734

OBRAS COMPLETAS

DE

FERNAN CABALLERO.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO

ó

TRES ALMAS DE DIOS

POR

FERNAN CABALLERO

CON UN «PRÓLOGO» DE

D. ANTONIO APARISI Y GUIJARRO.

Comprende además este tomo:

El Ex-voto.
Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.
Promesa de un soldado á la Virgen del Carmen.
El Alcázar de Sevilla.
Un sermon bajo naranjos.

MADRID
LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO, EDITOR,
calle de Preciados, núm. 5.
1894

PROLOGO.

Sr. D. Fermin de la Puente y Apecechea.

Mi muy respetado y querido amigo: Recibo la grata de Vd. y la novela de Fernan Caballero, titulada Un Servilon y un Liberalito, acerca de la cual me pregunta Vd. ¿qué me parece? añadiéndome que lo hace con el deliberado propósito de contárselo al público.

No tema Vd. que esta última circunstancia influya para nada en mi respuesta. Fuera de que hace tiempo ambicionaba yo la honra de poner mi nombre entre los admiradores del gran novelista,

estoy ya tan acostumbrado á tratar con el púbtico, que á veces cuando le hablo, dudo si hablo conmigo á solas. Además, ¿qué podria yo decirle que él no supiera, en justa alabanza de aquel escritor eminentemente español y cristiano, y de esta obra, que es una de las joyas mas preciosas que enriquecen su corona?

Usted sabe que nosotros los aficionados á los libros, escogemos amigos entre los escritores; y yo puedo asegurarle, que apenas comenzó á sonar por España el nombre de FERNAN, ya le tuve por mi amigo, y no me cansaba de leer sus obras, y las leia hasta con gratitud, como es natural sentirla hácia el ser benéfico que posee el secreto de adormecer los dolores del alma, y fortalecer en sus abatimientos al espíritu contristado.

Y cierto no robaba mi atencion tanto la gala del estilo; sino la nobleza de las idéas y la pureza del sentimiento: no veia yo en el incógnito escritor ó escritora á la matrona deslumbrante con riquísimos joyeles, sino á la mujer sencillamente ataviada, que no ha menester otro adorno que su belleza, y en cuya sonrisa se descubre la bondad

del alma, y en el mirar de sus ojos un pudor y una inocencia como si fueran del cielo.

Bajo esta forma se me ha representado siempre FERNAN, porque yo, francamente, siempre me sentí inclinado á creer,—aunque no me consta la verdad—que no era hombre el autor de ciertas páginas,, que solo el corazon de una mujer sabe escribir.

Y aun creí mas: que esa mujer—si es que lo era,—debia ser de la misma sangre, de la misma familia que cierto amigo mio, cuyo nombre no estampo aquí, por no ofender su modestia, que hace tan amable su talento; pero que FERNAN adivinará, si lee estas líneas,—adivinará, y se gozará.

Quiero, pues, creer, que su Musa es hermana de la Musa de MI AMIGO; ¡pero una hermana adorable!... y sobre ello, el mas gentil y amable *cicerone* que jamás guió al pasagero curioso, para hacerle conocer y admirar las maravillas del arte en los tiempos pasados y presentes.

Sirviéndome, pues, ella de introductor, acabo de penetrar en el castillo de Mnesteo, «adalid muerto y petrificado, grandioso y fuerte esque-

leto con pies fenicios, cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles;» (1) y en verdad que no me ha asustado el temor de fantasmas, ni gemidos misteriosos han helado la sangre en mis venas; porque de aquella vivienda pacífica ahuyentaron á los malos espíritus «las oraciones, y el sol de Dios.»

Tampoco tropecé en sus corredores, ni ví en la plaza de Armas «á fenicios, romanos, moros, ó á los guerreros del sabio Rey;» pero he pasado un buen rato con los habitantes que les han sucedido—«los gorriones y tórtolas, que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y los milanos,»—y sobre todo, no me arepentiré nunca de haber estrechado relaciones de amistad con aquellas TRES ALMAS DE DIOS, *D. José Mentór* el ex-maestro de escuela, *Doña Escolástica* su esposa, y su hermana *Doña Liberata*.

Gracias á FERNAN, que me ha proporcionado conocer tan buenas personas, que no son del mundo, «señoron que en nuestro globo se emancipa de

(1) Parece escusado advertir que todas estas frases puestas entre comillas, son de FERNAN CABALLERO en esta novela.

su Criador, relegándole—¡y gracias!—á los templos y á los libros;» sino que pasan por el mundo, andando siempre en la presencia de Dios.

Habrá acaso quien los califique de gentecilla de escaso valer, pues el D. José dejó de ser Maestro porque le faltaron discípulos, y es contrahecho de figura, y sospecho que raro de genio; y su esposa y su hermana, mujeres al fin de cortos alcances, pero viejas en cambio,—y no hay que negarlo—feas por añadidura. Y sin embargo de esto, seguro estoy de que Vd., amigo mio, y yo con Vd., viviéramos muy á gusto en su compañía y en la de «los palomos pisaverdes y golondrinas que charlan hasta por las alas» en el desmantelado y adusto castillo.

Porque ellos eran «POBRES DE ESPIRITU, MAS RICOS DE CORAZON.»

Porque eran lo que se dice de un modo tan sencillo como admirable: «¡TRES ALMAS DE DIOS!»

Discurra ahora el lector inocente ó malicioso, si estaría muy á sus anchas entre aquellos cristianos viejos un mozo de cabeza no sana, aunque de sano corazon, forzado á esconder entre las pa-

redes del castillo sus opiniones, por las que andaba fugitivo; filósofo de veinte años, imbuido por desgracia «en las máximas anti-religiosas, que por ese instinto de verdad que hay en todo corazon recto, rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ámpliamente ha dado razon el tiempo.»

las si el lector tiene curiosidad de saber con certeza lo que entre ellos acaeció, pase adelante, y penetre en el castillo; que FERNAN CABALLERO en persona se brinda á ser su *cicerone*; y departirá amigablemente con Leopoldo y sus huéspedes; y verá y oirá cosas que le harán reir y llorar á un mismo tiempo – y conocerá á una *perla*,—que tal es una niña, la mas indiscreta y deliciosa que pueda imaginar,—niña cuya atolondrada inocencia ahora obliga á Leopoldo á la fuga, ahora le pone en riesgo de muerte y sin embargo, crece para ser la esposa de su corazon y el encanto de su vida; y despues asistirá á la muerte de D. José Mentór, que se durmió aquí en la tierra para despertar en el cielo;—y riendo y llorando, se asombrará ante esa nobleza de los corazones sanos «que lo alzan todo á su pura es-

fera, asi como lo rebaja á la mustia suya el que está gangrenado por la hiel de la malevolencia y el agraz de la malicia;» y adorará por fin la Providencia de Dios, que pone á ruda prueba la virtud de dos infelices mujeres, á quienes llegadas ya al extremo del infortunio, consuela y salva, enviándoles como dos ángeles á Leopoldo y á su esposa..... Pero nada mas apuntaré ya sobre el argumento de la novela ¡oh amigo lector! Fernan te lo contará todo, ó te lo hará ver, con su gracia ingénua y con su amable sencillez.

Sí diré, que nada hay mas sencillo que el argumento de Un Servilon y Un Liberalito; nada más natural y sin pretensiones que el estilo que usa Fernan; y sin embargo, su lectura tiene sabrosamente embebido el espíritu, y lo que es más, le instruye y le mejora.

Ahora, si atiendo á las prendas de Fernan como escritor, hallándoselas aventajadas siempre, encuentro unas en que compite con los que las posean mas sobresalientes, y aun en otras no le descubro competidor.

Porque en primer lugar cuenta y describe

bien, y no solo describe, sino que pinta; no solo narra, sino que da vida á la narracion.

Y sabe trazar caractéres, que revelan una mano siempre hábil, y á veces maestra.

Y habla perfectamente la lengua del pueblo, en lo cual no sé quien le lleve ventaja

Y sabe la lengua de lo que llamamos *culta sociedad*, en la cual no le conozco rival, ni entre los mejores.

Pero con ser estas prendas tan estimables y tan raras, entiendo que no nace de ellas el gran valor, que hará vivir, despues de muertos nosotros que los admiramos, á los escritos de FERNAN. Lo que los preservará de la muerte, es un *no sé qué*, que escapa al análisis, y hace amar al autor y á la obra; un QUID DIVINUM que atrae, hechiza, enamora al espíritu: un perfume, digámoslo asi, de amor de Dios y de casta poesía, que se exhala deliciosamente de todas las creaciones de su ingénio.

Recuerdo al leerlas, ese libro singular que llaman el KEMPIS, y esa Odisea de la desgracia que Italia nos regaló con el título de «MIS PRISIONES.» Descuella en otras obras mas vigorosa imagina-

cion, deslumbran imágenes mas atrevidas; seduce estilo mas florido ó pomposo; mas yo prefiero leer el KEMPIS, MIS PRISIONES y las NOVELAS de FERNAN, porque me parece oir la voz del BUEN PASTOR y los sollozos del hijo pródigo.

Y es, que la MUSA DE FERNAN es la MUSA DEL PESEBRE DE BELEN, y la del MONTE OLIVETE; y como ella bajó del cielo, sabe cosas que ignora esa otra musa que suele inspirarnos á nosotros

No olvidaré jamás, que cuando niño, oyendo recitar la NOCHE SERENA de Fray Luis de Leon, pensé y dije para mí: «no se escribe esa poesía con solo un gran talento; esa poesía es la expresion, y como el sonido natural de un alma pura y elevada.» Lo mismo pienso, y lo mismo digo ahora al leer las obras de FERNAN CABALLERO. Y creo además, que á un escritor que aspire, profanamente hablando, á subir al templo de la inmortalidad, le conviene mucho—si es cosa esta en que puede entrar para algo la convenencia—ser buen cristiano; porque siéndolo, tiene ya andada la mitad del camino. Que la virtud es la belleza moral, y la belleza moral es el alma de toda obra,

la cual no podria vivir mucho tiempo solo por las formas, que si quier seductoras, al fin no constituye sino una especie de hermosura física.

El espíritu heróico de Corneille encontró fácilmente el «¡QU,IL MOURUT!» que despues de tres siglos aun nos hace palpitar de entusiasmo. Pero á FERNAN le es mas fácil encontrar ideas y expresiones, aunque de otro órden, mas sublimes todavía. ¿No lo es la caridad cuando busca ingeniosa y hasta sutil, disculpas generosas á la misma ingratitud? ¿No lo es la resignacion, ese heroismo del alma cristiana, que la hace hollar vencedora, sobre sus mas horribles enemigos, la calumnia, el desamparo, la miseria, y en medio de deshechas borrascas la conserva tranquila y serena bajo las miradas de Dios complacido?

¿Qué le cuesta á FERNAN obligarnos á bajar la cabeza con amor y admiracion ante un pobre hombre y dos pobres mujeres? Muy poco en verdad..... ¡prestarles su alma!

A mi entender fué su principal intento pintar «la grandeza segun Dios, que no es la grandeza segun los hombres;» y cierto, lo consiguió; por-

que nadie ha de negar que el ex-maestro y su esposa y su hermana aparecen sábios en su ignorancia, nobles en su miseria, sublimes en su infortunio. ¿Qué es, comparado con ellos, y que vale Leopoldo, con ser gallardo mancebo, de ingénio vivo, y de alentado corazon? Lo que son y lo que valen á par de los grandes principios del catolicismo, de las virtudes inefables del Evangelio, el vano alarde de una filantropía estéril, ó las fosfóricas luces de una filosofía de la *nada*!

Hasta cierto punto se personifica en aquellos tres caractéres la sencillez, la piedad, la grandeza de los siglos pasados; y se hace despuntar en el segundo la liviandad y la petulancia de la época presente. Pero el ex-maestro y su familia no solo tienen indulgencia para los extravíos de Leopoldo, sino que le aman á pesar de ellos. El tiempo antiguo mira con dolor, pero disculpa hasta donde es posible, los errores del nuevo; y aunque no puede aprobarlos, y aunque ha de condenarlos, lo hace lleno de caridad hácia las personas extraviadas... . Sí; sin duda debajo de una leccion moral

encubre nuestro insigne novelista un gran consejo político, que ¡ojalá no olvidáramos nunca! acordándonos siempre de que la tolerancia es la hija primogénita de la caridad.

Cuando yo considero las obras de FERNAN, y de otros escritores, que sin desdeñar lo bueno que brindan los innegables adelantamiantos del tiempo presente, se complacen en recordarnos á todas horas la santa imágen de nuestra antigua, católica, monárquica y querida ESPAÑA; que en vez de avergonzarse del ESCANDALO DE LA CRUZ, valerosamente la levantan en medio de Europa, como signo de gloria, de civilizacion y de libertad; cuando esto considero de una parte, y de otra pongo los ojos en esa gran batalla que se está dando en el mundo, y de cuyo éxito penden sin duda los destinos futuros de la humanidad, verdaderamente me siento sobrecojido por una idea dolorosa, y quisiera tener tan gran voz que resonara en España, para gritar de dia y noche sin tregua ni reposo: «¿Qué hacen nuestros grandes, en que piensan nuestros ricos? ¿en qué piensan y qué hacen, que no veo, no ya en las casas

opulentas sino en las modestas, sino en las humildes, y en todas partes y en todas las manos los cristianos escritos de Donoso, de Balmes, y de Fernan? ¿Qué hacen y en qué piensan, que no se apresuran á esparcir las ideas salvadoras, á los cuatro vientos del cielo, é inundan á toda España, para evitar esa otra innundacion de ideas corruptoras y perversas, que á modo de los ejércitos del Anti-Cristo, ó siéndolo en realidad, traspasan los montes, saltan los muros, penetran cautelosos é invisibles en nuestros hogares, á enloquecer la cabeza de nuestros jóvenes, á manchar el casto seno de nuestras hijas, hallanando sus caminos á esa espantable revolucion que nos amenaza con un nuevo diluvio?.....

Pero... ¿dónde voy, amigo mio, dónde voy:.. Usted, aun juzgándome con su bondad proverbial, de seguro recordará las palabras del viejo Horacio, *sed non erat his locus*. Será así: no tengo dificultad en confesarlo; mas lo escrito está escrito! Hora es sin embargo de poner punto á lo que no merece el nombre ni tiene las pretensiones de prólogo—líneas desaliñadas, trazadas de cual-

quier modo sobre el papel, pero que contienen la espresion íntima y verdadera de los sentimientos que en mi alma ha despertado la obra de FERNAN CABALLERO.

En conclusion, y por decir en dos palabras cuanto siento acerca de nuestro ilustre amigo, yo aseguro á Vd., y Vd. sabe que hablo verdad, que cuando leo sus obras admiro su bello talento; pero amo sobre todo su alma, que es incomparablemente mas bella.

Adios, amigo mio: lo és, y lo será siempre de Vd. sincero y apasionado

ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

Valencia 11 de Noviembre de 1857.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO,

ó

TRES ALMAS DE DIOS.

CAPITULO I.

EL CASTILLO DE MNESTEO.

> Souvent a l'aspect d'une belle contrée on est tenté de croire qu'elle á pour unique but d'exciter en nous des sentiments élevés et nobles.
>
> MADAME DE STAEL.

> Al contemplar una hermosa vista, suele uno sentirse llevado á creer que es su único objeto excitar en nosotros sentimientos elevados y nobles.

Ya en otra ocasion hemos hecho mencion del antiguo castillo de Mnestéo, que existe en el Puerto de Santa María, y pertenece á los Duques de Medinaceli,

Fué llamado de Mnestéo por haber sido construido por un Príncipe fenicio de igual nombre. Pasó despues á la dominacion romana: luego á la de los moros; hasta que en 1264 lo conquistó el Rey D. Alfonso el Sábio, para cuya conquista le alentó, apareciéndosele la VIRGEN de los cristianos; en memoria de lo cual dió el sábio y religioso Rey su venerado nombre á aquella poblacion, perdiendo asi la bautizada villa su pagano nombre de Mnestéo.

Mas si interesase ahora á alguno de nuestros lectores penetrar con nosotros en su recinto, le serviremos gustosos de *cicerone*. Haremos aun más; toda vez que en ello le complazcamos, le harémos conocer á sus moradores, y tendremos, segun la espresion de una amiga nuestra de infinito talento y gracia (1), un rato de *comadréo*.

Sentimos que á fuer de verídicos no nos sea posible divertir al lector con una descripcion lúgubre y medrosa en el género de las de la autora inglesa Anna Radcliff, en vista de que, segun dice Custine, *l'imagination aime à frémir* (la imaginacion gusta de extremecerse). Porque opuestamente, para ser verídicos, tenemos que descender á los pormenores más sencillos, más cándidos, y si se quiere, más triviales de la vida comun, si hemos de describir el estado actual del castillo, de este adalid muerto y petrificado, de este grandioso y fuerte esqueleto con pies fenicios,

(1) La Señora Doña Espíritu Santo Moreno de Escalante.

cuerpo romano, cabeza morisca y brazos españoles, que ostenta el Puerto como antiguo y noble blasor de cuatro cuarteles sobre una eminencia, á la entrada de su rio Guadalete, á cuya orilla y al amparo de su valiente defensor, se ha ido extendiendo la poblacion, como crece el vástago á la sombra del árbol que lo cria.

Al penetrar en el recinto por la puerta que se halla en la gran plaza á que da nombre, esto es, la plaza del Castillo, se atraviesa un pequeño espacio, se suben unas gradas, y se entra en el compás que precede á la iglesia, que es el punto céntrico del edificio. Fórmala un espacio grande, abovedado, cuyo techo está sostenido por enormes pilares, sin tener mas luz que la que recibe por una gran ventana que está al pié de la iglesia, y la toma de un corral interior. No hemos podido averiguar el primitivo destino de esta vasta pieza: si fué aduana, lonja, mezquita ó almacen en que se depositasen víveres. Hoy es el adornado, bendito y recogido santuario de un culto sostenido y devoto, al que con gran asiduidad concurren los habitantes de la ciudad.

A la derecha del compás hay una escalera empinada que conduce á lo alto. La plataforma ó azotea que está sobre la iglesia, constituye un gran espacio enladrillado, que fué,—y conserva aun hoy dia el nombre—de *Plaza de Armas*. Alrededor de esta plazoleta están las habitaciones que fueron morada de los caudillos, y salas de armas; y que hoy subdivi-

didas forman habitaciones. Vive en la mejor el capellan del castillo; en otra el sacristan; en otra un maestro de escuela; en la mas pequeña una anciana viuda: todos tipos los mas genuinos de gentes pacíficas; por lo cual uno de los formidables torreones se ha convertido en oratorio, otro en cocina, otro en palomar y otro en jardin. ¿Cómo, pues, amalgamamos con estos objetos la aparicion de un moro feroz llevando su cortada cabeza debajo del brazo ó de un formidable caudillo cristiano entre cuya celada se divisase una calavera siniestra? ¿Cómo podrian oirse gemidos ni amenazas entre las bóvedas y escaleras de aquellas torres, en que tan pacíficamente cuelgan los chorizos y ristras de pimientos: en que tan amorosamente arrullan los palomos; en que tan unidas están las almenas con las flores, á las que sirven de reclinatorio, y que por ellas han olvidado de un todo dardos, flechas y arcabuces; en las que tan suaves suenan las preces, y con tan esforzado *¿qué se me da á mi* retumba el doméstico almirez?... No, no; allí no hay malos espíritus, asombros ni horrores: las oraciones, el sol de Dios, la paz material y la del alma, las buenas conciencias y las flores los han ahuyentado.

Si nos asomamos por la ventana de la sala del capellan, que está á la derecha de la plaza de armas, vemos un corral, que seria quizas el cementerio en tiempos de guerra, convertido en un diminuto huerto, presidido por una aislada y austera torre cuadrada,

en la que se han amontonado gran cantidad de huesos de bizarros cristianos y valientes moros enterrados en aquel lugar. En cuanto á los huesos romanos que allí puedan hallarse, deben bailar de contento, al considerar que la tierra, á fuerza de oir su famosa plegaria, *de que les sea ligera*, se ha ido aligerando hasta el punto de no cubrirlos. Los honrado moradores actuales del castillo suplicaron atentamente á estos huesos errantes que cediesen su sitio á las coles y rábanos, á la yerba-buena y al perejil; y que se fuesen apiñando en amor y compañía en aquella torre, testigo de sus hazañas. Los huesos no se negaron á acceder á lo que con tan buen modo se les pedia, y allí están sin que nadie se meta con ellos, sino unos preciosos conejos caseros, que viven, juegan y procréan alegre y pacíficamente á su lúgubre sombra.

Necesaria, es, pues, una fuerza de abstraccion,—que no le es dada sino al historiador ó al anticuario,—para poder prestar todo el vivo y solemne colorido de su heróico pasado, á aquella mansion de sol, de flores, de paz y silencio, de lindos animalitos caseros y de buenos vecinos.

Hasta los ecos que repitieron los bélicos sonidos de trompas y clarines, han caido en un obstinado mutismo, no queriendo descender á alternar con el canto del gallo, cantor que cual no otro, cumple con una de las primeras reglas de su arte, que es la *de echar la voz*; con la algarabía de las golondrinas que

charlan hasta *por las alas*; con el ronco y poco armonioso arrullo de los palomos, amantes formales, fieles y comedidos; ni con los destemplados arranques de los patos poco filarmónicos, que sin la más mínima aprehension, hieren el aire que los rodea y los oidos que los oyen; pero ni aun con los alegres cantares del canario saltimbanquis, que prefiere á las de laurel, coronas de jaramago.

Un lugar hay, sin embargo, en que la mente deja de sonreir, y el alma se eleva ámpliamente á otras esferas. Es este la plataforma de las altas torres, que coronadas de sus almenas, se alzan erguidas en su ancianidad y abandono, tan bellas, tan derechas y tan señoras, como cuando dominaban y defendian el país.

La vista que desde su altura se descubre admira, eleva, embelesa; y si nos es permitido decirlo, deslumbra. ¡Tal es el esplendor de la atmósfera, del cielo y de la mar, la lontananza de los horizontes, la belleza de los objetos, y lo grandioso del inmenso paisaje, que desde aquellas alturas se presenta á la vista!

Al lado del Sur, se extiende en toda su majestad y su brillo el mar, que hácia la izquierda viene á ostentar sobre la barra que precede al rio Guadalete el garbo de sus olas y la blancura de sus espumas. Al frente se ve á Cádiz, que aunque distante dos leguas, muestra claro sus tersos y delineados contornos, como dibujados con firme pulso en el esmalte del horizonte.

A la izquierda, siguiendo con la vista el recto camino real por medio de un verde coto, se llega con él, á las dos leguas, al elegante Puerto Real, y siguiéndolo despues en su curva, se llega á la isla, ó ciudad de San Fernando, donde muere entre *albinas* la bahía, dejándoles por legado gran cantidad de la afamada sal, que en blancos montes apiñan. En lontananza se extiende Chiclana en su llano, llevando por bandera una ruina, que fué lindísima capilla de Santa Ana, y se encarama Medina en su monte, como vigilando sus verdes campos y sus ganados.

Volviendo la vista á la derecha, se vé subir la carretera en suave cuesta por entre viñas y arboledas, la que mas adelante se arrastra por ricos campos de trigo, hasta llegar á San Lúcar de Barrameda.

Al Norte, esto es, en direccion opuesta al mar, vése el camino de Jerez atravesar la vega, derecho como el que quiere llegar pronto, y torcer despues á la derecha, para salvar los altos cerros, en cuyo seno se ocultan las magníficas canteras que hace tantos siglos están formando los edificios que levanta el hombre, y dedica ya al culto, ya á labrarse sus moradas; y despues de pasar cerca de lo que fueron ruinas del castillo de doña Blanca, desaparece detrás del monte.

Este castillo, de que apenas resta vestigio, fué edificado por D. Alonso el Sábio sobre una eminen-

cia que dominaba el rio; pero el rio ha tomado las de Villadiego como un desertor, si no á sus banderas, á su cáuce. Relevado por consiguiente el castillo del cargo de vigilarlo, cansado de su soledad y de su *farniente*, se ha caido como una barraca sin respeto á su poético nombre de Castillo de doña Blanca, nombre que debe á la tradicion, que jura y perjura que en aquel solitario albergue encerró el Rey D. Pedro á la mujer que le faltó á la fé debida.

Vése tambien en la vega otro objeto lleno de *actualidad y palpitante de interés* (segun se espresan en francés traducido los periódicos de la córte y sus sócios de las provincias), se vé, sí, se vé, poniendo cuidado ó sacando un anteojo de larga vista, el camino de hierro; pero... ¡qué chico! ¡qué mezquino! Cuando en seguida se baja la vista, y se mira aquel castillo de otras edades, tan grande, tan fuerte y sólido; cuando se miran las iglesias seculares, allí, en Cádiz, en Puerto Real, serenas é inmutables entre huracanes, vicisitudes, guerras y siglos... y se comparan á esa moderna *obra magna*, no puede uno ménos de considerar que mientras más se emancipa el hombre de Dios, más mezquinas, efímeras, é inconsistentes son, no solamente sus ideas, sino tambien sus obras.

Sirven de punto de vista á este cuadro del Norte, los montes de Ronda, que el San Cristóbal tiene á sus piés, mientras alza su cabeza entre nubes.

Esta vista toda es magnífica y grandiosa. Ostenta

el país tan abierta y completamente sus contornos, como muestra su índole una persona franca. Todo lo alcanza la mirada, que despues de vagar con delicia por la tierra, tan bella como la ha hecho Dios, se alza al cielo mas bello aun, lleno de admiracion y gratitud ofreciendo ambos al Criador; que agradecer es amar, y admirar es tributar homenaje

Pero volvamos á bajar con cuidado para no perder pié, los vetustos y carcomidos escalones de las escaleras, y regresemos á la *Plaza de Armas*, la mas pacífica del mundo que conserva,—á pesar de ser el mas descarado anacronismo,—su nombre, como prueba palpable de la fuerza de la tradicion.

A la derecha de la escalera está la habitacion del sacristan, que es la menos buena, por tener luces á corrales; en esta es donde se halla el torreon, poco elevado, sobre cuyo turbante de almenas ha puesto la sobrina del sacristan una corona de flores.

Una vez en la Plaza de Armas, vémos á la izquierda la habitacion de la viuda, dueña del corral de gallinas y del torreon-palomar, torreon bonachon que no se desdeña de proteger al palomo persegido por el gavilan, como protegió á Príncipes contra Reyes, á caudillos contra caudillos.

A la derecha está la habitacion del capellan, que es la mejor, y tiene la hermosa torre ochavada que le sirve de oratorio, y donde la Virgen de la Paz la derrama en los corazones.

Al frente está la habitacion en que vive el maes-

tro de escuela D. José Mentor, con su buena mujer Doña Escolástica, y su buenísima hermana Doña Liberata.

No hemos querido describir las anteriores habitaciones, por no cansar al lector, que es probable que no sienta la simpatía que tenemos nosotros por el castillo de Mnestéo. Pero, en cuanto á esta, nos precisa describirla gráficamente, por ser en ella en la que van á tener lugar la mayor parte de los eventos que vamos á referir.

Despues de atravesar la alegre y tranquila Plaza llamada de *Armas* por antonomasia, en la que en lugar de fieros hombres de guerra, se ven, como ya indicamos, hermosos palomos que andan presumidos volviendo sus cabecitas para lucir los tornasoles de su plumaje, se entra en una pequeña antesala ó pasadizo, que á la izquierda tiene una puerta, que dá entrada á un cuarto con una ventana á la Plaza de Armas, y que es el que ocupa Doña Liberata.

Entrase por este pasadizo á la sala, que es lindísima, por tener al andar una azotea que domina la pescadería, la aduana, el muelle, el rio, y va á descansar en el siempre verde coto de la orilla opuesta. La sala está aseadamente amueblada, con su estera, sus sillones de caoba, que cubren con una careta de tela de algodon blanco, unas crines contemporáneas de las de Bucéfalo, que cansadas de sentirse aplastadas, se esfuerzan por salir de su purgatorio. En el estero hay una mesa *puritana*, sin ninguna clase de

adorno, sobre la cual se vé un nicho de caoba y cristales que encierra una hermosa efigie de la Virgen. En la pared cuelga un cuadro, antiguo de poca estima como obra artística, pero de muchísima como objeto de veneracion, que representa al Santo de la profunda y sincera devocion de la familia, de Padres á hijos, San Cayetano.

Debajo de este cuadro, en otro de media caña pintado de negro, está un mamarracho con una banda azul y blanca, que pasa por el retrato de Don Fernando VII, y fué colocado allí por el dueño cuando la guerra de la Independencia.

A la izquierda, á los piés de la sala, hay un puerta pequeña, por la que se entra en la alcoba del matrimonio, la cual tiene ventana á la referida azotea, y no tiene nada de notable sino una cómoda papelera vetusta y secular, cuya tapa viene á cerrarse en diagonal sobre una tabla angosta, en la que se ven un Crucifijo y algunos libros; y encima de la cómoda, colgado en la pared, otro cuadro de San Cayetano.

Esta alcoba tiene una puerta que comunica con un pasadizo triangular, en cuyo estremo está la entrada del valiente torreon convertido en cocina. ¿Quién vió nunca un caballero con cota de malla y lanza en ristre, convertido en ranchero? Con entrada á ese mismo pasadizo hay un cuarto pequeño con ventana á la Plaza de Armas, que sirve de comedor á la familia.

En este partido, (nombre que se dá en Andalucía á cada una de las partes en que se divide un edificio grande, para que sirva á vecinos), vivia desde innumerables años la familia del maestro de Escuela. Ahora, pues, que conocemos el local, vamos á ocuparnos de los habitantes que han sucedido en él á fenicios, romanos y moros, y á los guerreros del sábio Rey; esto es, los gorriones y tórtolas que se han posesionado del nido abandonado por las águilas y milanos.

Es de suponer que, si los miembros de la Sociedad de la Paz tuviesen noticias de las transformaciones que en beneficio de esta ha sufrido el descrito castillo, ese leon hecho cordero, ese Hércules hilando, ese Aquiles vestido de Matrona, ese dragon narcotizado, lo hubiesen elegido para punto de reunion de sus sesiones; pues ciertamente con plena aprobacion de sus habitantes se habrian podido anatematizar en aquella *Plaza de Armas* todas ellas, inclusas las flechas de Cupido.

CAPÍTULO II.

TRES ALMAS DE DIOS

Bienaventurados los pobres de espíritu.
EVANGELIO DE SAN LUCAS

Il est vrai qui la grandeur selon les hommes n'est pas le grandeur selon Dieu.
ALEXADRE DUMAS.

Don José Mentór era, como ya hemos dicho, un Maestro de escuela. Los adelantos de la época atrasaron al pobre D. José: el colegio, la gratuita, la escuela mútua, aquellos rayos de las luces del siglo, le arrebataron todos sus niños como lo habian hecho los de Apolo con los de Niobe. Pero D. José no se descorazonó: siguió viviendo en su pacífico castillo, en su tranquilo hogar doméstico; con su mujer y su herma-

na, en paz y en gracia de Dios, tan confiados los tres en el Santo de su devocion, San Cayetano, abogado de la Providencia, que á ninguno robó su desgracia un cuarto de hora de sueño.

Don José contaba con un vitalicio en que vendio una casa ruinosa. Consistia aquel en una peseta diaria —¿qué tal seria la finca?—vitalicio que con su impresvision de niño, puso sobre su cabeza, sin acordarse de que su mujer y su hermana deberian probablemente sobrevivirle. Tenia algunos otros recursos; era el uno llevar del brazo á misa á una anciana extrangera ciega, por cuyo obsequio recibia tres cuartos; y era otro, algunas lecciones de leer y de escribir que daba á las Maritornes con pretensiones de ilustrarse, con lo que lograban leer novela perversas, descuidar sus quehaceres y la aguja, y llevar calcetas con puntos.—Mire Vd., niña, solia decir D. José á las talludas discípulas que hacian palotes, ¿ve Vd. esas viguitas del techo? Pues así deben ir, derechitos y bien alineados.

Don José era feo,—preciso es confesarlo; que amor no quita conocimiento;—de un feo que llamaba la atencion. Sus narices desmedidamente salientes y gruesas, necesitaban todo el extremado largor de la cara en que se ostentaban, para vivir en paz con la boca y la frente, sus vecinas. No eran menos largas sus orejas, ni menos gruesos sus lábios, siendo el inferior colgante y pendiente como pabellon. Sus ojos pequeños, enterrados en gruesos párpados, tenian

una expresion bondadosa, á la par que atónita ó curiosa; lo que era debido á su sordera; y eran cobijados por unas cejas tremendas, que formaban un entrecejo formidable, que hubiera sentado bien en un busto de Júpiter, pero que estaban en la cara de nuestro buen D. José completamente fuera de lugar, y podian competir con la carabina de Ambrosio. Era alto, y su cuerpo se habia torcido de una manera lastimosa, teniendo un hombro muy alto y otro muy bajo, como si se esforzase en probar que nada hay igual en este mundo —que es lo que le hace original; —nada..... ni aun los hombros en un mismo sujeto!

Sin embargo, cuando por Semana Santa ó el dia del Córpus, vestia D. José un frac negro que estrenó á principios del siglo, y salia pavoneándose y arrastrando los piés, su mujer y su hermana le seguian con la vista al atravesar la Plaza de Armas, mirándose despues con una sonrisa de satisfaccion que parecia decir: *¡que se presente otro!*

Doña Liberata tenia la misma fealdad que su hermano, en pequeño, así como la misma sordera; aunque como mujer, era menos torpe, y se enteraba mas pronto de lo que deseaba saber, ó de lo que se le queria comunicar. Ligera, dispuesta, hacendosa, acudia á todo con paso menudo y precipitado, y ayudaba á los gastos, cosiendo ageno. Nunca se habia casado por no habérselo presentado ocasion, ni haberla ella buscado jamás.

Doña Escolástica era algo gruesa, muy pastorona, sin hiel, como los palomos pisaverdes, que paseaban la Plaza de Armas; de un feo ménos subido, pero de una insulsez mas marcada que su cuñada.

Estas tres personas tan semejantes, existian felices y bien avenidas en medio de sus escaseces, no amargaban su pan con quejas, ni su vida con apuros; y nunca se vieron en la triste situacion, á que gradualmente fueron descendiendo, génios mas alegres, ni índoles mas apacibles: pues la alegría y la apacibilidad, las dan las conciencias limpias y la fé virgen y firme, que poseen los ricos de corazon y pobres de espíritu. Este su envidiable temple de alma, esta completa sumision y confianza en Dios, crea la mansedumbre; y esta ahuyenta los angustiosos cuidados, los excesos de la sensibilidad, la hiel contra los hombres y las cosas. Y sobre todo, crea el hermoso don de la conformidad, que espontáneamente brota en las almas de aquellos, y que las cobija con su dulce sombra, sin que noten ellos siquiera que la tranquilidad de su espíritu es debida á la excelencia de sus almas, y que el epiteto burlesco de ALMA DE DIOS con que con tanta ligereza los ridiculiza el mundo, significa nada menos que haber llegado al apogeo del cristianismo. Ha dicho muy bien Dumas; que la grandeza, segun Dios, no es la grandeza segun los hombres. Por lo cual nada de extraño tiene, que á pesar de la bondad de los individuos que hemos descrito, ocupasen en la sociedad una posicion mas que su-

balterna, tanto por su clase, como por su pobreza, como por su desgraciado exterior, como por esas mismas virtudes, que desdeña el mundo, ese señoron que en nuestro globo se emancipa de su Criador, relegándole,—¡y gracias!—á los templos y á los libros no sin mofarse de los que sacan su santo nombre de la clausura de las obras teológicas, que no lee. Miran los hombres descreidos que á él pertenecen, estas virtudes de alto al ajo, como miran los bulliciosos delfines y peces espadas que se agitan en la superficie del mar, á la perla que tranquila yace en el firme fondo.

La índole bondadosa y la falta de hiel de D. Jose eran tan conocidas en el pueblo, que para pintarla burlescamente, habian inventado sus paisanos, que necesitan poco para ejercitar su humor burlesco, el siguiente chascarrillo (1).

Contábase que D. José entró un dia en su casa cuando menos se le aguardaba y alló á un amante con su mujer. ¿Qué hace el ultrajado marido? coge en los brazos á su rival, le lleva al fin del paseo de la Victoria, esto es, de extremo á extremo del pueblo; allí le deposita en el suelo, y le dice con voz severa:

(1) Mucho hemos sentido ver en las gacetillas de un periódico de Madrid esta chuscada. Reclamamos en nombre de D. José la invencion sacada y aplicada por sus paisanos exprofeso para él, y no para un caballero gallego que en la gacetilla le usurpa su lugar. ¡Cómo corren los cuentos!—No corren así las máximas, no.

—«¡esto es por la primera vez! Pero le prevengo á Vd., que si otra vez le encuentro con mi mujer, que como me llamo José, y como espero salvarme, le llevaré hasta allí!» y le señaló un ventorrillo que se halla á un cuarto de legua. D. José, satisfecho con la reparacion que habia dado á su ultrajado honor, se volvió á su casa. Añadian que desde aquella época databa el desquiciamiento de los hombros del héroe de la aventura.

Para principiar nuestra Relacion desde el principio,—como suele hacerse,—es preciso retroceder al año 1823, en cuya época estaban el castillo y sus habitantes idénticos á como los volveremos á hallar despues, y á como los hemos descrito. Hay personas que no tienen juventud, así como hay otras que son jóvenes toda su vida, no solo en su sentir sino hasta en su físico; jóvenes arrugados, modernizados con modas de Paris, embalsamados con ungüentos, encurtidos con esencias; á cuyos miembros no pesan, y á cuyas cabezas no sirven de lastre los años. Si á las primeras falta la fragancia de la primavera; á los segundos falta la madurez del otoño.

Como hemos dicho, el torreon del ángulo izquierdo servia de cocina á la familia del ex-maestro de escuela. Una noche de dicho verano, estaba Doña Liberata majando con el mayor ahinco, la miga, el ajo, la sal y el tomate para el gazpacho. Aunque no hubiese sido un poco sorda, la atencion profunda que prestaba á su faena, y los vigorosos golpes que daba

al mortero, habrian bastado para abstraerla completamente. ¡Cual seria, pues, su asombro, cuando de repente y como llovido de la bóveda, se vió á un hombre enfrente de ella! Las cejas de Doña Liberata, —que como las de su hermano, tenian una aptitud particular para alzarse, formando un arco agudo,— arrastraron detrás de sí á los párpados, dejando sus ojitos negros desmesuradamente abiertos; su boca los imitó, y la mano del mortero quedó levantada inmóvil en la suya!

Un ladron en aquel castillo, donde no habia nada que robar,—era un fenómeno mas extraño y sobrenatural que hubiese podido serlo la aparicion de un mero ó de un romano.

Sin embargo, la persona aparecida no justificaba tanto espanto. Era un jóven de unos veinte años; traia una chaqueta y un pantalon extrafalario, y en la cabeza una gorra con visera, y ésta muy echada á la cara. Un tanto de barba juvenil, que no habia sido afeitada en varios dias, daba alguna sombra y algo de varonil á aquel rostro de colegial. De estatura mediana, tenia elegantes formas, y su flexible cuerpo parecia hallarse poco á gusto en el traje que llevaba, en el cual se movia extraño é impaciente; como la serpiente que ansia por soltar y zafarse de su deslucida piel, cuando debajo tiene otra mas adherente, mas lucida, y mas nueva.

—Pe... ro... articuló Doña Liberata, que no pudo acabar de pronunciar el nombre de sus hermanos.

—Señora,—dijo el aparecido;—me vais á perder Soy perseguido por fieros esbirros; he trepado por las grietas de este desmoronado muro con la intencion de entrar por esa abierta ventana, y con la esperanza de hallar pechos nobles é independientes que amparason un víctima del despotismo.

Doña Liberata, que era sorda, que era novicia en percances aventureros, y que á esto añadia el haber perdido la cabeza por el miedo, contestó temblando:

—¡Señor! ¡por la Vírgen del Cármen! somos unos pobres; á mi hermano le han cerrado la escuela; yo no he cobrado todavía la costura de esta semana. Nada tengo, sino mi rosario y mi caja de plata; si usted las quiere.....

La pobre doña Liberata metió con dolor profundo su temblorosa mano en la faltriquera.

El aparecido, haciéndose cargo de la dificultad de oido de su interlocutora, se acercó á ella, y le dijo:

—Yo no soy ladron.

—¿No?—contestó Doña Liberata algo tranquilizada, y soltando con intima satisfaccion el rosario y la caja de plata que tenia asidas.—Pues entonces, ¿á qué se entra Vd. á deshoras por las ventanas?

—Porque un poder tiránico me persigue para prenderme, contestó en recia voz el aparecido.

Las cejas de Doña Liberata, que habian emprendido su descenso, se remontaron instantáneamente.

—¿Qué? ¿quieren prender á Vd.? ¡Ave María Purísima! — exclamó angustiada, — ¡éste ha hecho una muerte! — añadió mentalmente; — si chisto me deja en el sitio. ¡Dios tenga misericordia de mí!

El desconocido conoció cuanto pasaba por la aterrada mente de su interlocutora, y se apresuró á decirle.

—No he cometido delito alguno; soy un prófugo político.

Esta voz culta que significa fugitivo, errante, y que ha sido aplicada por la ley al que se sustrae al servicio de las armas, el pueblo la ha adoptado con la variante de *préfulo*, y ha hecho de ella la denominacion genérica y exclusiva de aquel que acude á la huida para escapar al sorteo. Bajo este concepto inspira siempre un *préfulo* interés y lástima.

—¿Un *préfulo*? ¡pobrecito! — dijo la buena Doña Liberata, volviendo sus cejas á ocupar su línea recta. — Vamos, esté Vd. sosegado, añadió con bondad, que nosotros no le hemos de delatar. Pero voy á avisar á Escolástica y á Pepe, para que no se asusten.

Doña Liberata se fué, con los pasitos cortos y precipitados que le eran propios, dejando abierta la ventana por la que habia entrado el fugitivo, y la puerta por la que ella salió, con tanta confianza en el intruso, como terror le habia inspirado al aparecerse.

Don José, que mediante á ser sordo, tenia algo de desconfiado y otro algo de *gruñon* (ambas cosas empero en dósis muy inofensivas), no estuvo tan propicio como su hermana para esconder á un fugitivo, ni para creer sobre su palabra, que lo fuese por huir de la quinta.

—¡Qué prófugo!....—gruñó con su gruesa y pastosa voz;—¡si ahora no hay quinta! ese es un prófugo, pero prófugo de presidio. Los tiempos están revueltos, y cuando esto sucede, hacen los tunantes de las suyas. ¿Por qué le dejaste entrar?

—¿Acaso me pidió licencia? contestó su hermana. Pero mira, José, no tiene mala traza, y es casi un chiquillo.

—¡Chiquillo que de noche trepa por las paredes y allana las casas!... nada, nada; que se vaya... ó voy á llamar á la guardia.

—¡Hombre! cómo se vá, si está cerrado el castillo y es preciso despertar al sacristan para que abra la puerta!.. observó Doña Escolástica.

—Que se vaya por donde ha venido; no quiero líos con la justicia, ni dimes ni diretes con los franceses, aunque no sean estos los malvados de Napoleon.

—Pepe, no te conozco; ¡qué despiadado estás!—le dijo su hermana;—por los cantos descarnados ha podido subir, pero no se puede bajar por ellos.

Mientras que con su acostumbrada calma discutian D. José, su hermana y su mujer el asunto, el

fugitivo cansado de esperar, habia seguido el camino que vió tomar á Doña Liberata, y se presentó de repente con mucha soltura á los ojos atónitos del trio.

Don José frunció sus cejas jupiterianas, y se levantó erguido, con su hombro izquierdo mas remontado que nunca.

Pero el que se presentaba no era hombre á quien impusieran las cejas de D. José, puesto que si la impavidez y el *sans façon* francés se hubiesen unido, habrian engendrado al que se presentó á su vista. Habíase quitado el prófugo su feisima gorra, y levantado de sobre su frente, tersa y erguida, sus negros rizos; su boca sonreia, luciendo la bella dentadura que la adornaba, y dirigiéndose á su huésped, dijo con gran frescura:

—¿Usted es D. José Qué-se-yo-qué hermano de esa señora Qué-se-yo-cuánto, á la que he dado, mal que me pese, un susto magno?

Don José Mentór, servidor de Vd., contestó Doña Escolástica; no ha oido á Vd. porque es un poco tardo....

—¿Mentór?—esclamó, soltando una carcajada el aparecido;—por consiguiente, Vds. serán los Calipsos de esta gruta, y yo vengo de molde para ser el Telémaco.

—¿Qué dice? preguntó D. José á su mujer

—Que se llama Telémaco contestó, ésta.

—No digo eso,—repuso alzando la voz, y redo-

blandó sus carcajadas el aparecido;—me llamo Leopoldo Ardaz. ¡Ay! añadió, golpeándose la frente: lo primero que me encargó Ramon fué que ocultase mi nombre.

—No hay cuidado por eso, advirtió D. José; que lo que á Vd. ni á nadie pueda perjudicar no saldrá nunca de nuestros lábios. ¡Mas que fuese Vd. Barrabás en propia persona! además... yo no lo he oido.

La hermana, que se preciaba de oir mejor que su hermano, se acercó á su oido y le dijo sin gritar: se llama *D. Deopolvo* Ardaz.

El huésped volvió á empezar á reirse, y como la risa se pega, sobre todo entre gentes sin hiel, uno despues de otro se pusieron todos á reir.

—Pero vamos al caso, dijo despues de un rato don José;—aunque Vd. perdone, ¿Vd. quién es, señor Ardaz? ¿Qué ha hecho, y por qué se esconde?

—¿Quién soy? contestó éste; un hombre libre; ¿qué he hecho? ¡Defender la libertad! ¿Por qué me escondo? porque volvemos á los tiempos (y se puso á cantar) en que se asaban, cual salmonetes, la carne humana.

—¡Dios del cielo! ¡Un nacional de Madrid! exclamó asustado D. José.

—¡Jesús, un tragalista! murmuró temblando Doña Escolástica.

—¡Madre mia, un bullanguero! dijo con dolor Doña Liberata.

—Vamos, dijo Leopoldo, que notó la impresion

que habia causado su terminante declaracion, conozco que deben Vds. estar en dudas sobre mi persona; pero voy á tranquilizar á Vds. Dadme avíos de escribir; escribiré á quien salga responsable de mí, y llevareis la carta, señor Mentór.

—¡Que lleve yo la carta á las diez de la noche, y quizás á los quintos infiernos! ¡En eso estaba yo pensando! gruñia D. José, mientras estaba escribiendo su huésped.

Despues de cerrar la esquela, preguntó éste á Don José:

—¿Vd. conocerá al Gobernador?

—¿Don Juan de Soto? ¡pues no le he de conocer!

—Id á su casa; preguntad por su ayudante Valverde, y entregadle en mano propia esta esquela.

—¡El ayudante del Gobernador! exclamó D. José. Este se quiere perder, y nos va á comprometer, pensó apurado; y añadió en voz recia:—Señor, es tarde.

—No le hace, id.

—Es que el castillo está cerrado.

—Haced que os abran.

—¡Cascabeles con el mocito este, y como sabe mandar! ¡Parece que en su vida ha hecho otra cosa! gruñó D. José.

—Pepe, le dijo su hermana, complácele; se conoce que es persona fina.

—Lo mismo me da á mí, si es delincuente, que sea fino ó que sea basto.

Hombre, si se vale de tí, ¿le has de huir la cara?—le dijo su mujer;—haz lo que te dice, en caridad; que él sabrá lo que le conviene; ¡es tan bonito!

—¡Pues mire que recomendacion para un consejo de guerra!.... ¡Y si siquiera lo pidiese con buen modo!... gruñó D. José, y salió arrastrando los pies, precedido de su hermana, que iba alumbrando con el velon.

CAPITULO III.

UN SERVILON Y UN LIBERALITO

Las plazas abundaban en legisladores de veinte años, que encontraban á Cristo demasiado viejo, y que deseaban suplirle abrogándose el cuidado de dirigir la humanidad.

JULIO SANDEAU.

No es el *tormento*, sino la *causa*, lo que constituye el martirio

SANTOS PADRES.

Apénas habia transcurrido un cuarto de hora, cuando se oyeron pasos acelerados por la plaza de armas, y entró la persona á quien iba dirigida la carta, que se precipitó hácia el recien-venido, al que abrazó, exclamando.

—¡Leopoldo! ¡Leopoldo! ¡Tú aquí, tú, escondido! ¿Qué locura ó qué desgracia es esta?

Doña Escolástica y Doña Liberata se retiraron consideradamente, y se fueron con una luz á aguardar á su Pepe en la escalera.

Cuando estuvieron solos, hizo Leopoldo la siguiente relacion á su amigo:

—Habiéndose unido mi regimiento á las tropas del Rey, tres oficiales, que éramos exaltados, desertamos. Pudimos llegar á Gibraltar, donde nos recibieron los ingleses como héroes, y nos embarcamos disfrazados, llevando pasaportes con nombres supuestos, y con algunos pasageros de pésimas trazas, en un queche con destino á Cádiz; pero apresados por una lancha cañonera, fuimos traidos aquí. Como esto sucedió de noche, pude esconderme entre los dobleces de una vela que estaba arrollada en el camarote. Los demás fueron desembarcados, y yo permanecí todo el dia en mi escondite; pero llegada la noche, salí, y me dí á conocer á los dos marineros que habian quedado guardando la embarcacion. Estos me depositaron sigilosamente en tierra, y atravesaba la plaza de la Pescadería, cuando oí que desde la casilla del muelle me llamaban. Aunque era claro que esto seria para cerciorarse de que no llevaba contrabando, no creí prudente esponerme á ninguna clase de registro, y proseguí mi camino.

Entonces oí que salian á alcanzarme, y para que

no lograsen su intento, puse mis piernas á todo vapor. No sabiendo donde refugiarme, presentóse ante mí el torreon de ese castillo, con su abierta y alumbrada ventana, que parecia decirme: -pase usted adelante.—Sabes desde el colegio que soy buen gimnasta; trepando por los intersticios de los descarnados cantos, subí á la ventana, por la que entré, y me encontré frente á frente con una de las castellanas de este castillo, á la que aparecí bajo la celada de mi yelmo (vulgo á la sombra de mi visera), algun Orlando furioso, ó Barbaroja renegado... y... colorin colorado, cate Vd. mi cuento acabado.

—¿Y qué hacemos ahora? exclamó Valverde apurado.

—Respirar para no ahogarnos, repuso Leopoldo con su imperturbable calma. ¿Tan imbuido y contaminado estás con las ideas y máximas tiránicas de los que te rodean en la actualidad, que te parece ver colgado sobre mi cabeza, á guisa de espada de Damócles, un nudo corredizo?

—Desertar de sus banderas, ser cogido disfrazado y con pasaporte falso, al ir á entrar en una plaza sitiada, con todo el carácter de un espía... exclamó con dolor su amigo, ¡y te muestras tan impasible y tan sobre tí!

—¿Y qué quieres que haga? repuso Leopoldo, ¿qué me eche de cabeza en lo patético? No; lo patético me es antipático; (¡qué lindo esdrújulo!) El hombre debe

ser franco y verdadero; el hombre noble y libera. nunca sale de su carácter, y si me condenasen, me verias ir al patíbulo cantando.

Leopoldo, que no tenia muy bonita voz, se puso cantar.

Se levante Merino mil veces,
Se reuna la turba servil,
Me designen por víctima suya,
Me preparen mil muertes y mil...

—No temas á las mil muertes, ni á una tampoco; —dijo sonriendo Valverde; —no se trata de eso. Se trata de que no se pueda sospechar en tí una accion vil; de que tu ilustre nombre no figure en los tribunales, y de que tu persona no sufra detenciones y disgustos. Debes, por ahora, quedar oculto.

—No tengo inconveniente, con tal que no sea por mucho tiempo, repuso Leopoldo, porque este castillo, que chochea, y sus moradores que le imitan, son capaces de convertirme en idiota en poco tiempo. Y si en breve no me procuras los medios de salir de aquí por la puerta, me saldré por la ventana por la que he entrado, aunque al bajar me encuentre á la derecha con los bigotes negros de tu Fierabrás Soto, y á la izquierda con los rubios del Duque de Angulema, esa sosa y ajada flor de lis.

—¡Cuánto confias, repuso Valverde, en tu buena estrella, en la amistad de tus amigos, y en la falta de tiranía de la causa á la que gratuitamente se la atribuyes! Pero, en fin, vuestra insolencia misma y vuestra osadía hace nuestro elogio. No volveré cuanto deseo, por no despertar sospechas; pero trabajaré por sacarte de aquí con seguridad y honor. Prométeme tener entretanto paciencia, y ser prudente.

—Procúrame ante todo mi equipaje, excelente Píades; porque la ropa que tengo puesta me pesa y agobia como la concha de una tortuga. Además, quiero hacer la conquista de aquella torre matrona que se atreve á descollar entre las demás, y ver por ese medio de infundirle algunas ideas liberales sobre la igualdad.

Valverde le prometió lo que le pedia, y se fué despues á recomendar á sus huéspedes el sigilo.

Mientras la conversacion de los dos amigos, habian las hermanas preparado lo mejor posible la piececita que les servia de comedor; habian pedido al capellan un catre de tijera y cubiértolo con ropas no finas, pero blanquísimas y sahumadas con alhucema, y habian aprestado, con huevos frescos y con el gazpacho tan bruscamente interrumpido en su confeccion, una frugal cena á su huésped, el que se la engulló con un apetito propio de los veinte años, reforzado por un dia de ayuno; y durmió como un bienaventurado.

—Don Leopolvo, le dijo á la mañana siguiente Doña Escolástica, que á fuer de mujer, era curiosa, y á fuer de buena, se interesaba por él,—¿tiene usted Madre?

—Este contestó: Madre, Padre, Abuela, tias, tios, hermanos, primos, cuñados y sobrinos, y cuidado, anadió vizqueando, que no caiga sobre Vd. un vizconde con toda su parentela.

—¿Y es su padre de Vd. de tropa? tornó á preguntar Doña Escolástica.

—Si, es guardia de Corps del Padre Quieto, por órden superior del general Gota.

—Pues sino tiene mas pan y prest que los que le dé ese Padre, tendrá su estómago que alistarse en la compañia de hambrientos, dijo haciéndose gracioso contra la voluntad del que le crió, D. José.

—Tiene rentas propias, individuales é independientes, sin contar con la bolsa ajena,—esto es, la paga del Gobierno, que sale de las contribuciones que ani pailan el pais.

—Pero, ¿qué es su Mercé? tornó á preguntar la curiosa.

—Su Mercé no es Mercé, que es Señoría; y Conde y Marqués.

—¡Hola! ¡Marqués! ¡Sea para bien, y por muchos anos! dijo respetuosamente Doña Escolástica, repitiendo récio la noticia á su marido y á su cuñada.

—Tambien San Cayetano era hijo de título, dijo

Doña Liberata, del Conde Gaspar Tiene. Felicita á Vd.

—¿Y eso qué significa para que me feliciten ustedes? exclamó impaciente Leopoldo; y poniéndose de pié se puso á cantar gesticulando esta cancion, en voga en aquella época.

Todo Conde ó Marqués nace hombre.

—¿Qué dice? preguntó D. José al verlo tan enfuncionado.

— Que todo Conde ó Marqués nace hombre, contestó su mujer.

—¿Y qué habia de nacer mujer? repuso Don José.

Leopoldo entretanto habia concluido la discreta copla, y cantaba el estribillo ó coro:

¡A las armas corred, ciudadanos!
¡A lidiar, á morir ó vencer!

Don José entretanto movia impacientemente su cabeza. Leopoldo proseguía:

Guerra á muerte á la tiranía...

—¿Y quién es el tirano? preguntó D. José.

—Ese Neron, contestó Leopoldo, señalando al mamarracho que figuraba la hermosa Persona del Rey Fernando á caballo.

—Mocito, repuso D. José, no hable Vd. así de Rey de España, mientras huméa aún en los campos y en las ciudades la sangre noble y leal de los que murieron por él; que eso saca los colores á la cara á todo español legítimo.

—¿Es Vd. por lo visto un servilon de siete suelas? exclamó sofocado Leopoldo.

—¿Y Vd., segun parece, un liberalito á casquete quitado? repuso D. José.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha gloria, dijo Leopoldo.

—Ser lo que soy lo tengo á mucha honra, repuso D. José.

—¿Cómo tiene Vd. valor, exclamó muy en sí Leopoldo, de expresarse así en la presencia de un mártir de la santa libertad?

—Dice Vd. dos despropósitos, mocito.

—Y Vd. cada salomonada que asombra; es Vd. un badulaque, ó está loco.

—Estoy muy cuerdo, señorito. ¿Dónde ha visto usted canonizada esa *santa* y abogada de las bullangas? Santo quiere decir el que posée la santidad, el que es perfecto y libre de toda culpa; y solo se dice de las cosas de Dios en español puro, ¿está usted? Tampoco es Vd. un mártir, pues dicen los Santos Padres que no constituye el martirio el tormento que se padece, sino la causa por lo cual se sufre ¿está Vd.?

—A Vd, es preciso ó matarlo ó dejarlo, exclamó

furioso Leopoldo. Es Vd., añadió saliéndose, un bolonio, un fanático, un procupado, un..... un..... ostrogodo!

—¡Pues está bueno! dijo D. José, cuando su contrincante hubo salido. ¡Que me diga que soy un atrevido en decir que soy realista, cuando anda él escondido y huyendo por no serlo! ¡Habráse visto tal descaro!... ¡Vaya con el mocito!

—¡Pobrecito! dijo Doña Liberata· déjale, José, no le respondas; está caido; y á los caidos no se les canta el trágala como hacen ellos.

—¿Y yo se lo he cantado, ni nada que se le parezca? repuso D. José. No he hecho más que responderle; que para decir mi parecer, tengo boca como cualquier liberal, y voz, aunque no tan chillona como las suyas.

—José, ya ves, opinó su mujer, que como es hijo de Marqués...

—Y aunque sea hijo de Duque, ¿qué derecho tiene, me querrás decir, para decirme á mí badulaque, loco, bolonio, y hasta ostrogodo? repuso su marido.

—Oye, Pepe, y eso ¿qué quiere decir?

—Mira tú, que yo soy y no lo sé. Pero me hago cargo que querrá decir un hombre muy rudo, muy basto, y muy templado á la antigua. Puede echar plantas lo moderno!,. ¡cascabeles!

Leopoldo á los pocos dias sintió un fastidio desmedido, como es de suponer. Su humor era tan ma-

lo y estaba tan propenso á la impaciencia, que seria largo al referir las escenas que tuvieron lugar entre él y los pacíficos habitantes del castillo, víctimas todos yá de sus bromas, yá de sus arranques de impaciencia yá de sus desdeñosos aires de supucrioridad, yá de sus travesuras.

Sin embargo, cómo Leopoldo aunque tenia desparpajo, no tenia acritud; cómo aunque era desvergonzado, no era acerbo; cómo desdenaba y befaba sin *despreciar*; como sus pocos años, su viveza, y su buen fondo, al través de la maleza que lo cubria, se patentizaban á cada instante, y como todos los que le rodeaban eran tan buenos, no solo se interesaban por el, sino que le iban tomando sincero cariño. Y así, nunca estuvo un escondido más seguro que él entre aquellos contrarios á su opinion, á quienes cada dia contradecia, atacaba, burlaba, y escandalizaba descaradamente y con la más completa falta, no ya de delicadeza sino de equidad.

Cuando Doña Liberata le veia muy desesperado, le decia:

—Don Deopolvo, encomiéndese Vd. á San Cayetano, abogado de la Providencia. Sus devotos nunca llegan á ricos; pero nunca, nunca les falta la subsistencia. Hágale Vd. una promesa, y verá Vd. cómo le saca en bien de este atajo.

—¡Vaya Vd. á freir monas! contestaba con coraje Leopoldo. Pues qué, me cree Vd. algun *fanático supersticioso* como Vd.?

Leopoldo estaba entonces, por desgracia imbuido en las acerbas máximas anti-religiosas que de la mano traia consigo el liberalismo, que,—por ese instinto de verdad que hay en todo corazon recto,—rechazaban las gentes religiosas, á las que tan ámpliamente ha dado razon el tiempo.

Cuando entraban en la sala, solian siempre las Hermanas hallar á su amado protector San Cayetano vuelto de cara á la pared.

—Lo ven Vds., les decia entonces Leopoldo, autor del trastorno, el Santo les vuelve las espaldas. ¡Milagro! ¡milagro! Pronto un ex-voto, para conservar la memoria de que al santo no le gusta que le muelan, como hacen Vds., y no quiere pesados delante de sus ojos.

Un dia, no sabiendo que hacerse se entró en el oratorio del Capellan que estaba ausente. Era este aficionado á la pintura, y tenia sobre el caballete un cuadro sin concluir, que representaba á Santa Ana enseñando á leer á la Virgen. No bien lo hubo visto Leopoldo, cuando, sin pensarlo dos veces, cogió un pincel con pintura negra, y trazó en las hojas del abierto libro que en sus manos tenia la Santa estas palabras: *Código de la Constitucion*. Se salió muy sério silbando, y se subió á una de las torres donde se echó de bruces sobre el pretil, y se puso á mirar á la bahia, sin acordarse mas de lo que habia hecho.

Cuando D. José con su mujer y su hermana se ponian á rezar por el Rey, como tenian de costum-

bre, interrumpia los rezos para decirles impaciente:

—¿Que les importa á Vds. el Rey? ¡El Rey es un pecador como yo, y un zoquete, tan zoquete como los que rezan por él!

Las hermanas se ponian entónces las manos en la cabeza exclamando:

—¡Por Dios, por Dios, no diga Vd. eso ni en chanza, señor! que se debe dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César; esto dice el Evangelio.

Y D. José añadia:

—Al Rey lo ha puesto Dios en el trono, y debemos acatarle, ¿está Vd.; mocito? Hemos de ser mandados, no hay tu tia; y para eso está ahí el Rey legítimo, que lo tiene de derecho, por herencia, y en la masa de la sangre. Y esto vale mas que cien reyezuelos, á cual más malo, á cual más amigo de destruir, que están abriendo una puerta... por la que se nos entrarán muchos males!

—En teniendo yo veinte y cinco años, respondia con coraje Leopoldo, si hay entónces Constitucion, he de procurar ser diputado á Córtes, nada más que para meter el palo en candela, y proponer que se les ponga una mordaza á Vd., y á otros malvados serviliones como Vd.

—No lo dudo, no dudo, que si vuelven Vds. á sacar la cabeza, así lo hagan, contestaba D. José. Lo que tiene que á la Verdad no se la podrán Vds. poner, y cuando no hable por boca de los hombres,

hablará por medio de los hechos ¿Está Vd., mocito?

—¡Cuando saldré de este maldito castillo! exclamaba Leopoldo tirando la silla: ¡castillo de la tontería, digna morada de la vejez, cuartel general de ineptos, mansion del ópio, fortaleza del *statu quo*!!!

CAPÍTULO IV.

LA TERTULIA A LA LUNA.

De la misma manera que excita el asombro el recio nadador, que corta con fuerza y vence una corriente impetuosa, así también admira que haya imaginaciones bastante vigorosas para hallar inspiraciones poéticas al través de las tendencias y del espíritu del siglo actual.

VELISLA.

A la caida de una tarde estaban los habitantes del castillo reunidos en la Plaza de Armas tomando el fresco. Ya el sol habia hecho su última caricia á la alta torre, que más encumbrada que las demás, alza sobre todas sus almenas, las que parece haber levantado, como pirámides conmemoratorias, á cada siglo que cuenta y ha visto morir. La luna, que empezaba

su lenta y silenciosa ascension, las alumbraba triste y pálidamente, como si fuese un gran cirio que en sufragio de sus hijas hubiese encendido su Padre el Tiempo. Las estrellas, que están más altas que la luna, brillaban alegremente, cual si alcanzasen á ver á su Criador.

Los animales domésticos, moradores del castillo, no prorumpian ya sino en aquellas voces lentas y arrulladoras, precursoras del sueño que anuncian, y que precede á su descanso; cuando de repente y como bajados del cielo, se oyeron unos sonidos encantadores. Al resonar aquellos suaves acentos en aquel severo y callado edificio, los ecos que se durmieron al extinguirse los últimos sonidos de las trompas y clarines guerreros, despertáron dulcemente sorprendidos al oir las melodías de Rossini; si eran estos ecos moros, pudieron creerse muertos en los campos de batalla, y resucitados entre huríes. Y no fueron ellos los solos agradablemente sorprendidos, sino todos los demás moradores del castillo. Los palomos posados sobre las almenas, torciendo en todas direcciones sus cabecitas, buscando con su serena mirada á su alado vate el ruiseñor. Los conejitos salieron de su confortable osario, se pusieron en dos piés lavándose sus caras con ambas manitas á compás. Los jilgueros y canarios se entusiasmaron, lanzando á deshoras sus más puros trinos y más sonores gorjeos, como para formar el coro á aquellas encantadoras melodías. El gallo salió erguido de debajo de su higuera, como

Aquiles de debajo de su tienda, levantando tan bien y metódicamente sus patas, como si se lo hubiese enseñado un maestro de equitacion; las gallinas, más prosáicas, fuéron las que no se distrajeron de sus únicas ocupaciones, que son buscar con que llenar el buche, y nido donde poner el huevo.

—¿Qué es esto? dijo el ama del Capellan.

—Es, respondió Doña Escolástica, D. Deopolvo...

—Dále con el Deopoldo, observó D. José, te he dicho que es Leopolvo, Leo-pol-do, ¿te enteras?

Doña Escolástica hizo una señal de asentimiento y continuó:

—Don Deopolvo, pues, recibió esta mañana su equipaje que por fin pudo rescatar su amigo; en él venia su flauta, y se ha ido á tocarla á la torre: ¡y qué bien lo hace!

—¡Qué primor! añadió la sobrina del sacristan, que no por ser sobrina, dejaba de poder ser tia;—¡no parece sino que baja del cielo la música, como si fuera la de los ángeles.

—Oye, Pepe, preguntó Doña Liberata, que medio se enteró,—¿toca el Santo Dios?

—¡No, qué! respondió su hermano: toca cosa profana y alegre: ¡unas seguidillas ó cosa por el estilo, pero bonitas..... bonitas!

—Preciosas, repuso con fé Doña Liberata.

A poco sonó la Oracion, y los vecinos del castillo se pusieron á saludar á la Señora con el Angel, en seguida á rezar el Rosario.

Leopoldo no lo notó; y es probable que aunque lo hubiese notado, no habria interrumpido su tocar. Y no obstante, como todo lo que son cosas *sentidas* se armonizan unas con otras en el corazon, sin profanarse y sin despoetizarse, aquellas voces monótonas, que con respeto se alzaban, y aquellas dulces y sonoras melodías que alegres bajaban, parecian responderse, como el pájaro enjaulado que no puede volar, y la alegre alondra en altas esferas. Todas las cosas de este mundo tienen dos modos de mirarse, el uno con la helada mirada de la razon, que todo lo enfria y lo rebaja, como la luz de la bujía, y el otro con la ardiente y simpática mirada del corazon, que todo lo dora y vivifica como el sol de Dios. Esta vista del corazon se llama *Poesía*. ¡Felices aquellos que, teniéndola, la expresan en palabras armoniosas! ¡Y más felices aún los que la conservan y entretejen en la vida práctica, en la que se la cree inútil, y aun nociva, por los que no la comprenden, siendo un don del cielo!

Cuando concluyeron de rezar, hacia rato que Leopoldo habia dejado de tocar. Porque Leopoldo, aunque amaba la música,—si no con *pasion*, con *extremo*, como lo amaba y odiaba todo,—no tenia paciencia para hacer mucho tiempo de seguido una misma cosa.

—Ya calló el canario sin jaula, dijo Doña Escolástica; ¿qué estará haciendo?

—Puede que haya mandado por almagra, como

hizo al otro dia, para echarla en mi tinaja, dijo la sobrina del sacristan.

—O por pimiento chile para untar los bordes de mi alcarraza, como hizo ayer, de manera que me abrasé los lábios: ¿vé Vd. la pupa? dijo don José señalando su gran lábio.

—¡Si esto no se puede tolerar! dijo el sacristan.

—No lleva mala intencion, repuso Doña Escolástica.

—¡Cascabeles! exclamó D. José, ¡con buena ó mala intencion... á mí me dolió de lo lindo!

—¿Qué estará haciendo? volvió á decir al cabo de un rato Doña Escolástica.

—Vé á verlo, si tanto empeño tienes en averiguarlo, le respondió su marido.

Pero, ¡cuál sería el asombro de todos, cuando vieron á su huésped elegantemente vestido de paisano, y puesto de punta en blanco, que con un junquito en la mano, y silbando el himno de Riego, atravesó la Plaza de Armas, les hizo un saludo con la mano, y se echó á la calle.

Fué tal el general asombro, que todos quedaron gran rato callados y con la boca abierta.

—Pues valía la pena,—dijo al fin D. José,—de romperse las uñas y esponerse á quebrarse la cabeza trepando por un muro, y entrarse por la ventana, para salirse con tanto descaro por la puerta.

—¡Quién vió otra! opinó el sacristan. Disfrazado se esconde, ¡y con su ropa se deja ver tan cariparejo!

—¡Y cantando que iba el himno de Riego! exclamó asustada Doña Escolástica.

—¡Vaya por Dios! dijo Doña Liberata, pues siempre que sale el cante del *niño de Diego*, hay jarana.

—Te he dicho cien veces, le gritó su hermano, que no se dice el *niño de Diego*, sino el himno de Riego.

—Oye, José; preguntó ésta, ¿qué es himno?

—Himno es, contestó su hermano, un canto en alabanza de Dios ó de sus Santos, ó bien entre los gentiles un poema para celebrar sus dioses ó sus héroes.

—Pues no le viene bien el nombre á ese cante, observó su hermana.

—Ya se vé que nó, repuso D. José. Pero si han trabucado todos los nombres, porque les ha dado la gana, ¿eso quién lo remedia?

—¡Si no fuera más que los nombres!.. suspiró el sacristan.

—Pues si le digo eso á ese mocito, prosiguió Don José, me dice con el salero del mundo, bolonio, badulaque y loco.

—Y *ostrobobo*, añadió su mujer.

—¡Pues eso es jarabe de pico! En el fondo es un infeliz; alegría..... pocos años!.... observó Doña Liberata.

—Sí, dijo D. José; pero tiene una lengua muy larga.

—Como todos, repuso el sacristan.

—¿Si estará libre? dijo la viuda.

—No; sino que al loco y al aire, darle calle, repuso D. José.

—¡Dios vaya con él, y le libre de mal! dijo Doña Liberata.

—¡Y á nosotros tambien! repuso su hermano suspirando. Pero este mocito no ha de parar hasta que nos atraiga una desazon: ¡ya lo verán Vds.!....

—Dios quiera que no hayan cerrado el castillo cuando vuelva, dijo Doña Escolástica.

—A bien que se entrará por la ventana, repuso mal humorado su hermano; ó puede que acabe la noche en la cárcel. Un hombre que estaba aquí como la propia rosa, ir tan impávido á meterse por los ojos, diciendo ¡*aquí estoy yo*!.. ¡Vamos; sí es preciso que haya perdido los pocos sesos que tiene! Bien dice la copla

Un loquito del Hopicio
Me dijo en una ocasion:
«Ni son todos los que están,
Ni están todos los que son.»

CAPITULO V.

LA PERLA

Angelitos de Dios testiguitos del diablo.

REFRAN

La Fé es un vaso sagrado en el que cada uno debe estar pronto á sacrificar sus sentimientos, su razon y su imaginacion. Se puede disputar sobre el saber, porque este se puede rectificar, extenderse; pero la Fé siempre es una.

GOETHE.

Leopoldo paseó las calles del Puerto lo más tranquila y garbosamente del mundo. No era conocido en aquella poblacion, y así confiaba en que iba muy bien distrazado con su propia ropa.

Bajó toda la bien denominada calle Larga, á cu-

yo epíteto se puede sin lisonja añadir el de hermosa; anduvo por el espacioso paseo de la Victoria, y hallándolo muy solitario, se encaminó al Vergel, que es otro paseo mas pequeño y más céntrico á la orilla del rio, paséo que estaba lleno de gentes, y en el que se entró nuestro héroe como Pedro por su casa.

No bien hubo dado una vuelta, cuando oyó una vocecita, aunque infantil, muy récia y sonora, que decia: ¡Mamaita, Mamaita! ahí está Leopoldo Ardaz,

El nombrado hizo como si no hubiese oido aquella señal de reconocimiento, y apretó el paso; pero se encontró delante de sí colocada—á la manera que Alcibiades niño lo hizo para parar un carro, esto es, decidido á morir ó vencer,—á una niña de seis á siete años, ataviada con lujo y primor, que le dijo con su agudo tiple:

—Ardaz, ¿por qué está Vd. vestido de paisano? El uniforme le sienta á Vd. mejor.

—Calla, calla, Margarita de mi alma (¡de mis pecados! añadió mentalmente el interpelado): voy de prisa; tengo una cita con un amigo.

—?Y no quiere Vd. ver á Mamaita? Allí está sentada en aquel poyo: ¡venga Vd., venga Vd.!

Y Margarita asió de la mano á Leopoldo, al que arrastró hácia uno de los asientos.

—¿Vd. por acá, Ardaz? exclamó, sorprendida de verle, una elegante señora.

—Sorpresa tambien, aunque mas grata, me causa

á mí, Condesa, el ver á Vd. en este Vergel, cuya atmósfera axfisia, segun lo cargadísima que está por la aglomeracion de tantos hijos de San Luis.

—¿Quién son los hijos de San Luis, Mamaita? preguntó la niña, que en toda conversacion se entremetia.

Son los franceses, mi corazon.

¡Ay, cuántos hijos tuvo ese Santo! dijo la niña, ¡y qué guapos son! ¿No es verdad, Ardaz?

—¡Vaya!.. ¿te gustan? repuso con reprimido coraje Leopoldo;—¡pues cómprales dulces, mi alma!

—¿Sabe Vd. lo que me ha dicho el sobrino del General Gundi? prosiguió muy ancha la niña: que Margarita quiere decir perla.

—Cosa digna de repetirse, hija mia.

—Y que soy yo la Perla de las Antillas.

—Hasta ahora lo habia sido la Habana.

—No; esa es demasiado grande para ser perla. Yo lo soy, ¿no es verdad, Mamaita?

—Si, hija de mi vida; y la de mas valor á mis ojos.

La Condesa de la Enramada era una Habanera tan sencillamente fina, como naturalmente amable, que no tenia mas defecto para sus amigos, que el de mimar de una manera exagerada é incómoda á su hija. Era esta señora tan esmerada y sibarita en sus refinamientos de lujo, que mandaba su ropa á lavarse á la Habana, por parecerle que no se lavaba bastante bien en España, que es el pais de Europa en que la

lavan mejor (1). Habia venido á la Península á traer á un hijo suyo al colegio de artillería; habia despues permanecido en Madrid, donde conoció á Leopoldo; y cuando auyentada por las circunstancias políticas, salió de Madrid para regresar á la Habana, se halló á Cádiz sitiado, por lo que permanecia en el Puerto hasta que terminase el sitio.

—Pero... ¿cómo os hallais aquí? preguntó la Condesa á Leopoldo:—A juzgar por vuestras ideas belicosas, yo os hacia en Cádiz al pié de un cañon con la mecha encendida en la mano.

—No lo estoy, contestó Leopoldo, por haber sido apresada la embarcacion que á Cádiz me conducia, por una lancha cañonera, Cancerbero de la entrada de su bahía.

—¿Estais, pues, preso?

—No, señora; que escapé: estoy escondido.

La Condesa soltó una alegre carcajada.

—Esto es, dijo, que os haceis la ilusion, cuando paseais por los paseos públicos, de llevar el sombrero de Merlin.

—No es eso, Condesa. Si me veis aquí es porque confiado en que nadie me conoce en este campamento francés, he salido á dar una vuelta entre dos luces.

(1) Cuéntase esto de la tan renombrada habanera la Condesa de Jaruco, cuya hija casó en la guerra de la Independencia con el General francés Conde de Merlin.

—Sí, la luz del sol y la de los reverberos, para disfrutar de ambas donde mas resplandecen. ¿No veis, imprudente, que os exponeis?

—Ya me vuelvo á mi guarida, en la que no me hallarán, ni me buscarán, porque es el puro inmaculado limbo del servilismo.

—Y ¿cuál es esa mansion, ese palomar en que albergan las palomas al halcon? preguntó admirada é irreflexivamente la Condesa.

—Es el Castillo, contestó sin detenerse y con su acostumbrada imprevision, Leopoldo.

—Mamaita, yo quiero ver ese castillo, dijo Margarita.

Los oidos que á mis estúpidas lechuzas del castillo faltan, sobran á esta perla fina, que me viene de perlas para comprometerme, pensó Leopoldo.

—Hija de mi vida, eso no puede ser, contestó la madre á su hija.

—Lléveme Vd., Ardaz, rogó la niña

—No, hija mia, me guardaré de hacerlo. Ese castillo es el de *No volverás*. El que entra en él ¡ay! mal que me pese, no vuelve á salir. Además, hay un fiero dragon llamado D. José, que se traga á cuantas perlas se le presentan, inclusa á la de las Antillas, esto es, la isla de Cuba, si se le pusiera por delante.

—Ese dragon será *yankée*, (1) dijo riendo la Condesa.

(1) Sabido es que se dá este nombre á los de los Estados Unidos de la América del Norte

(*N. del E.*)

—Lo que puedo decir á Vds. sin mentir, es que es feróstico, y tan gigante que tiene un hombro en Flandes y otro en Aragon. Si no fuera por eso, con mil amores te llevaria, Margarita (donde no te diera el sol en seis meses, añadió mentalmente Leopoldo).

La Condesa insistió en que Leopoldo se fuese, y éste, que ya estaba aburrido, se volvió poco despues á su pacífica guarida.

Merced á la costumbre popular que existe, tanto en el campo como en las ciudades, entre los españoles, de dormir poco, sobre todo en verano, estaban todavía levantados sus huéspedes cuando llegó Leopoldo: D. José, para abrirle la puerta del castillo: Doña Liberata, por si queria cenar ó se le ofrecia algo; y Doña Escolástica para acompañar á los otros. Los tres demostraron la mayor alegria de verle, y le dieron mil parabienes por su feliz regreso.

—¡Qué majaderías! dijo Leopoldo, que venia de mal talante: no están Vds. poco cansados y machacones en gracia de Dios! ¡No parece sino que, como Noé, he escapado de algun diluvio universal! ¡Podriase creer, al ver ese cuidado con que están Vds. por mí, que pesa sobre mi cabeza alguna carga de graves delitos! Si Vds. me siguen moliendo con sus advertencias y apremiando con sus consejos, tan fijo como dos y tres son cinco, que me presento á D. Juan de Soto ó al General Córdova, y arda Troya.

Al oir esto, D. José, su mujer y su hermana, en

lia y sin chistar, como mansos corderos, tomaron el camino de la puerta.

—No tengo sueño, añadió Leopoldo, estoy aburrido, dado al demonio: ¿no tienen Vds. algun libro que leer, aunque sea el Bertoldo?

Salieron todos apresurados para complacer á su huésped. y la primera que volvió muy ufana y contenta, fué Doña Liberata.

—Aquí tiene Vd., dijo presentando á su huésped unos libritos en rústica muy usados; este es la vida de la Virgen; nunca la leo sin llorar y morir de gozo; estas lo son de Santos, y verá Vd. los milagros que ha obrado Dios por su mediacion, no que ese Martin Lutero no sanó ni un dolor de muelas.

Seguia sus pasos D. José, llevando en sus manos un librote panzudo en una encuadernacion negra muy deteriorada.

—Bajo una mala capa hay un buen bebedor, dijo al presentársela con íntima satisfaccion á Leopoldo y abriendo el libro en el sitio donde habia por señal una cuartilla de papel con palotes, provechos de su ex-escuela, se puso á leer con su gruesa y pastosa voz este trozo:

En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al Rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando

De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y propio Rey jurado.

—No se canse Vd. mas en leer esos malos versos, que serán de algun maestro de escuela bolonio, como Vd., ó de algun fraile panzon y pendolista, dijo Leopoldo.

—¡Qué está Vd. diciendo, mocito!—exclamó Don José: y señalando con el dedo la portada añadió:—son de un militar como Vd., pero que tenia mas seso, y por eso se ha granjeado fama y renombre.

Leopoldo leyó en la portada.

«LA ARAUCANA DE ERCILLA.»

Déjeme Vd. de vejestorios, dijo rabioso á Don José; que bastante tengo con Vd., su mujer y su hermana.

—Pues mire Vd. que tras que le trae uno buenos libros!.. murmuró D. José, encaminándose arrastrando los pies hácia la puerta.

—Tome Vd., añadió Leopoldo, corriendo á Doña Liberata, y entregándole sus tan queridas vidas de Santos: tome Vd..... para hacer cartuchos.

—¡Ay qué irreverencia! exclamó con dolor la buena y religiosa mujer.

—No es irreverencia, señora, es despreocupacion, repuso Leopoldo.

—Mire Vd.. mocito, le dijo D. José, que de la que

usted llama despreocupacion, á la heregía y al apostatado hay camino, pero tenga presente que es pendiente y se anda muy pronto.

Diciendo esto salió D. José seguido de su hermana.

—¡Y que no entre la pesadez en la nomenclatura de las plagas del mundo! exclamó al verlos salir Leopoldo.

No sabiendo que hacerse, se sentó en su mesa y se puso á escribir á su amigo Ramon Ortiz.

Carta á Ramon Ortiz.

«¡Dónde discurres que se halla tu íntimo? Se halla hecho víctima del despotismo y de la tiranía en el Puerto de Santa María, que bien puede serlo de todos los diablos; escondido en un castillote el mas desencantado del mundo, en un castillo de Chuchurumbel en el que tontos son cuantos habitan en él.

»¿Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adorador de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en un cotarro vulgar, santurron, servilon; con un capellan sin mas luces que las de un cirio pascual, con un sacristan que tiene un apagador en la mano, otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas beatas, mas feas que Barrabás, que quieren á la fuerza que rece el rosario con ellas, como un santurron, y haga una promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por último, con un maestro

de escuela, que es en lo físico y en lo moral un borrico en pié, sin que le falten las descomunales orejas propias de la especie? Me tiene este rinoceronte con sus subversivos axiomas monárquicos y teológicos tan frita la sangre, que se me van y vienen unos ímpetus feroces de ahogarle entre mis manos. ¡Sí, sí! llegará el caso en que no pueda contener mi ira, y el dia menos pensado se quedarán estáticos los coquineros (1), y estupefactos los vandeanos de segunda edicion, al ver en una de las torres litografiado á un maestre de escuela

»Por fortuna tenia yo aquí á un Padrino que no te nombro, pues voy viendo que en los tiempos retrógrados que corren, la prudencia se hace necesaria; y mientras sea necesaria la prudencia, que es un freno, que es una hipocresía, que es una contemplacion del parecer ajeno, nada hemos adelantado en la luminosa senda de la libertad y de la independencia. Este padrino me ha prometido sacarme pronto de este centro de oscuridad, de este pantano de turbias, mansas y estancadas aguas, de esta jaula vetusta y ruinosa de lechuzas y pájaros bobos. Mi primer vuelo será el de las golondrinas, esto es, s[illegible]rcaré los mares para reunirme, á los mios, á uste-

(1) Ya hemos dicho en otro lugar que este nombre dan á los habitantes del Puerto de Santa María, por la gran abundancia de una almeja pequeña de aquel nombre, que se vende por sus calles.

des, queridos, para morir ó cantar, segun las circunstancias.

»Esta noche, cansado de mi odiosa prision y de mis insoportables carceleros, que á los demás tormentos que me causan, añaden, sin mi licencia, el de quererme muchísimo, salí á dar una vuelta, y me encontré en el paseo á la... ya iba á poner su nombre sin acordarme de mi reciente alianza con la señora Prudencia, persona cuyo trato estirado me es antipático. La... me ha dicho que estás en Cádiz, y me ha ofrecido encargarse de esta carta, y cuidar de que llegue á tus manos.

»Con ella estaba su insoportable apéndice, la niña Margarita, ese inoportuno *Métome en todo*, que con sus ojos de lince me reconoció á un cuarto de legua, y con su voz de silbato se puso á llamarme, comprometiendo mi incógnito, para participarme que los franceses la apellidaban *perla*, por llamarse Margarita. Las hijas de la primera pecadora del mundo no han degenerado nunca, sacan la vanidad y la presuncion del seno de sus Madres. ¡Qué crianza dá su Madre á esa niña! Asombra. ¡Que niña! ¡Qué niña! ¡Quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como lo hizo la hermosa Cleopatra con otra!»

CAPITULO VI

EL QUID PRO QUÓ.

La buena fé es el primer distintivo del hombre honrado, y el espontáneo brote de un corazon sano.

MAXIMA.

El alma buena, llena de pureza,
juzga por bien lo que es indiferente,
y en el mal halla achaques de flaqueza
Aquí tiene principio, de aquí nace
aquella santa y celestial simpleza,
que á Dios tanto enamora y tanto place.

DIEGO MURILLO.

A la mañana siguiente muy temprano, recibió Leopoldo un billete sin firma, que le entregó un marinero. Leopoldo reconoció la letra, que era la de Valverde. Contenia estas palabras:

Leopoldo: eres incorregible, y has nacido para

desesperar a tus amigos. Has tenido el atrevimiento de presentarte en un paseo público, de saludar y estar largo rato hablando con una señora muy conocida: su niña lo ha dicho, y ha descubierto tu paradero: esta mañana vas á ser preso. Para evitarlo, vístete el traje de marinero que te lleva el dador, que es hombre de toda mi confianza, y síguele. El cuidará igualmente de poner en salvo tu equipaje.»

Apenas concluyó Leopoldo de leer la esquela, cuando se puso á liar su equipaje, vistió el traje que le llevaban, escribió una esquela á D. José, que con su familia estaba en misa, en que le avisaba su marcha, se despedia y le rogaba comprase á su mujer y hermana una memoria, con diez onzas que quedaban con la carta; en seguida añadió estos reglones á la carta de Ramon Ortiz.

«Estoy descubierto y es preciso huir. La niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido. No tengo tiempo para más. Ya te participaré los futuros destinos de tu amigo, el más perseguido y el mas errante.»

En seguida cerró ambas carta, y con su acostumbrado atolondramiento, equivocó las direcciones, poniendo á la de D. José el sobre á Ramon Ortiz, y dirigiendo la que habia escrito á Ramon Ortiz á Don José. Puso esta con las diez onzas sobre la mesa de la sala, hecho lo cual siguió á su guia.

Media hora despues volvian de misa los habitantes del partido.

—¿Y D. Leopoldo? preguntó D. José, que fué el último que llegó.

—No se habrá levantado, contestó su mujer.

—Si no se hubiese acostado tan tarde... gruñó Don José.

—¡Pobrecito! déjale que duerma; que dormir mucho es propio de la poca edad, dijo Doña Escolástica.

—Si, si, que duerma, opinó Doña Liberata; mientras duerme no se fastidia, ni se impacienta, ni peca.

—¡Pobrecito, pobrecito!... Entán Vds. con el señorito que han de acabar por tocar rorarios en él.

—¡Pobrecito! -Pobre es el diablo que no ha de ver á Dios... Bien que con el camino que lleva, puede que á él le suceda lo propio, regruñó D. José.

—¡Pepe! No te conozco, observó su hermana; esos son malos juicios; D. Leopoldo es un bendito, y sus cosas no son más que chamarasca.

—En nada lleva mala intencion, añadió su mujer, ni tiene hiel; y nos quiere bien.

Don José se habia acercado á la mesa, y vió entonces la carta que sobre ella habia colocado Leopoldo.

Una carta para D. José era cosa demasiado extraordinaria. ¿Quién podrá escribirme? pensó, sacando de su estuche de zapa negra sus espejuelos.

En este momento Doña Liberata, que habia ido al cuarto del huésped, entró con sus pasitos cortos y apresurados, diciendo azorada.

—¡Pepe!... ¡Escolastica!... no está en su cuarto; no está en su cama..... no está en parte alguna!

—¡Ay! ¡Qué habrá sido de él! exclamó Doña Escolástica cruzando las manos.

—¡Toma! se habrá largado con viento fresco, dijó Don José, sin decir ni chuz ni muz, y sin pedir parcer á nadie; de la misma manera que entró.

—¿Si será del nobrecito esa carta? —Pepe, hermano, leela.

Mientras D. José se ponia sus grandes espejnelos, murmuraban su mujer y su hermana:—San Rafael vaya con él! ¡San Cayetano lo proteja!

Don José abrió la carta y se puso á leer·

«*¿Dónde discurres que se halla tu íntimo?*

—¿Mi íntimo? dijo D. José. ¿Donde está esa intimidad? ¡Y me dice de tu ¡Eso no está bien con un hombre de mis años:

—Eso es franqueza, dijo su mujer.

—¡Patrañas¡ contestó el lector, que prosigui

«*Se halla hecho una víctima del despotismo y de la ti-*
«*ranía*

—Las paparruchas de siempre! gruño D. José,

«*De... de... de la tirania en el Puerto de Santa Ma-*
«*ría... que bien puede serlo de todos los diablos.*

—¡Buen principio de semana! observó el lector.

«*Los diablos... escondido en un castillote el más desencan-*
«*tado del mundo.*

—¡Ya! dijo Doña Liberata, desde la Bula de la Santa Cruzada...

Don Jose prosiguió sin detenerse:

«*En el castillo de Chuchurunbel, en el que son tontos* «*cuantos habitan en él.*

Don José paró su lectura, miró á su mujer, y despues á su hermana, que bajaron los ojos, y continuó:

«*¡Te figuras á tu amigo el liberal, el ilustrado, el adora-*«*dor de lo moderno y seide de la elegancia, encerrado en* «*un cotarro vulgar, santurron, servilon, con un capellan* «*sin más luces que la de un cirio pascual!*

—¡Jesus, Jesus! ¡Vaya por Dios, vaya por Dios! exclamaron á una voz Doña Escolástica y Doña Liberata.

Don José despues de escombrarse estrepitosamente y con coraje, prosiguió:

«*Con un sacristan que tiene un apagador en la mano,* «*otro sobre su intelecto, y los ojos apagados; con dos viejas* «*beatas, más feas que Barrabás....*

—¿Lo oyes Liberata?

—¿El qué? preguntó esta que no habia oido bien, á causa de que la récia y corajuda voz de D. José al leer los cumplidos dirigidos á su mujer y á su hermana, se habia apagado.

—Que somos más feas que Barrabás; le gritó muy formal, pero sin incomodidad, su cuñada.

—¡Vaya, eso es ponderacion! opinó Doña Liberata.

—¡El *pobrecito*... el *bendito*!... ¡Cascabeles con el mocito! dijo D. José que volvió á leer

«*Más feas que Barrabás; que quieren á la fuerza que re-*
«*ce el rosario con ellas como un santurron y haga una*
«*promesa á San Cayetano, santo de su devocion; y por*
«*último, con un Maestro de escuela...*

—Por lo visto, observó el lector, en el modo de pensar de este mocito solo oran los *santurrones*. Pero vamos á ver, prosiguió, estirando bien la carta, y acercándose á la ventana,—ahora la emprende el *angelito sin hiel* conmigo, y ahora viene el trueno gordo:

«*Un..... un..,.. un.... maestro de escuela, que en lo fi-*
«*sico y en lo moral parece un borrico en pié, sin que le fal-*
«*ten las descomunales orejas propias de su especie.*

—¿Que t-a-l, tal? dijo el lector, cuyas mencionadas orejas se habian puesto del color de la grana, y cuyo lábio inferior estaba más caido y saliente que nunca. ¿Qué tal? ¿Qué decís ahora del *pobrecito*, del *bendito*? ¿Sabe insultar el nene? ¡Liberal, liberal de los exaltados; que para eso se pintan solos! ¡Y dejarnos esta sarta de desvergüenzas y oprobios por despedida, al largarse á la francesa! ¿Puede esto concebise entre gentes blancas?

—Eso no está bien, dijo Doña Liberata.

—Eso no es regular, añadió Doña Escolástica.

Don José continuó leyendo.

«*Me tiene este rinoceronte con sus subersivos axiomas*
«*monárquicos y teológicos tan frita la sangre...*

—¿Rinoceronte? Oye Pepe, ¿y eso que quiere decir? preguntó su mujer.

—Quiere decir, contestó con derpecho el interro-

gado, un animal, un animal disforme, primo, paisano y compadre del elefante.

—¡Qué cabeza de chorlito! dijo Doña Liberata.

—¡Qué cabeza de novillo de cuatro años, rectificó D. José furioso, que con cada embestida tumba patas arriba al que entrecoje!

—Vamos, sigue, Pepe; verémos en qué viene á parar, pidió su mujer.

—¡Sigue!.., repuso éste. Como que es muy divertida la lectura y dá un buen rato á cualquiera!

Don José volvió á ponerse, con un gesto violento, la carta ante la vista, y prosiguió:

«*Rinoceronte,... la sangre, que se me van y vienen «unos impulsos feroces de ahogarle entre mis manos...*

Al llegar á este párrafo, la carta cayó de las manos de D. José, que palideció.

—¡Intenciones de asesino! ¡Animas benditas!.... ¡Quién hubiera pensado que tales pensamientos abrigára, al verle tan gentil y tan galan! exclamó Doña Escolástica.

—¡Gentil!... ya lo dijiste, repuso D. José. ¡Un mal cristiano sin fé ni ley; un hombre á quien nada habíamos hecho sino bienes, que siente conatos de matar á uno, solo porque oye de sus lábios la palabra de Dios! Esto es una iniquidad, una ingratitud poco vista.

—No nos pese el poco bien que le hemos hecho, Pepe, dijo Doña Liberata. El bien agradecido es pagado por el que lo recibe; el bien no agradecido lo pa-

ga Dios; pues nada de lo que hagan los hombres, de bueno ni de malo, ha de quedar sin compensacion.

—Si volviese, haríamos por él lo que pudiésemos, ¿no es verdad, José? añadio Doña Escolástica.

—Ménos meterle en casa, repuso su marido, que de los escarmentados nacen los avisados. Así me harán Vds. el favor, aunque se ahoguen de calor, de tener de noche la ventana de la cocina cerrada: no vuelva á entrarse ese mal alma la noche ménos pensada; que ya sabe el camino.

—Pero ¿qué es lo que hay en este papel? preguntó Doña Liberata, que se habia acercado á la mesa, y que, abriéndolo, vió aparecer á sus ojos las diez onzas que debian acompañar la carta escrita á D. José y que habia tomado el camino de Cádiz.

—¡Qué les parecen á Vds. los sesos á la gineta del mozo! dijo D. José. ¡Se deja olvidado su dinero! ¡Va, mos!.. ¡si ese hombre no tiene atadero!

—¡Dios mio! ¡y falta que le va á hacer al infeliz! exclamó Doña Liberata.

—¿Pepe, no se le podría enviar? preguntó su mujer.

—¿Y á dónde se le dirije, mujer de Dios? contestó impaciente su marido. Nada, guardadlo; que cuidado tendrá él de reclamarlo

—¿Y si no lo reclama?

—En pasando estos barullos se indagará dónde para, y se le enviará.

—Pepe, ¿y si nos morimos? dijo su hermana.

—Mujer, casualidad sería que de aquí á que las cosas se serenen muriésemos los tres. Pero por si acaso, dame el papel y el tintero.

Don José escribió en una cuartilla de papel estas palabras: «Estas diez onzas de oro pertenecen á Don Leopoldo Ardaz, teniente que era en el año de 1823 del Regimiento de Reales***, al que deberán ser entregadas.» Dobló el papel, lo lió con las diez onzas en un pliego con todo primor, le puso tres obleas cuadradas, y escribió encima la palabra DEPÓSITO. Diólo á su mujer para que lo guardase en el arca de cedro, en que se guardaban con reverencia las alhajas de la casa (incluso el consabido frac negro de D. José, y sus títulos y licencias para abrir escuela), y se preparaba á seguir la lectura de la carta, cuando se oyó un tropel por la escalera, y asomándose los tres á la pequeña antesala, vieron con asombro presentarse en la Plaza de Armas á un Coronel francés, que hacia de mayor de plaza, con algunos soldados y un intérprete.

El Coronel mandó poner un centinela á la subida de la escalera, y dijo en voz récia:

—Monsieur Josef Mentor, maitre d'école,

Omitirémos pintar,—porque el lector lo habrá comprendido ya,—el susto y alarma que se apoderó de aquellas buenas gentes, que habian pasado su tranquila vida en aquel castillo, verdadero paréntesis de piedra en la activa ciudad, tan olvidado, tan petrificado, tan extraño y tan inaccesible al bullir de

mundo y al ruido de los acontecimientos, como lo está una roca en medio del mar al movimiento y estrépito de las olas que no la mueven ni impregnan.

—¿No os dije siempre que ese desatinado nos habia de atraer algun pesar? exclamó consternado Don José ¡Esto es salir de Herodes, y entrar en Pilatos! ¡Cúmplase la voluntad de Dios! Servidor de Usía, añadió presentándose ante el Coronel y haciendo la cortesía más desgarbada que han visto ojos humanos.

—Usted tiene aquí escondido á un preso fugado, dijo el Coronel.

Don José contestó: señor, aquí vino un sujeto que yo no conocia, y que por mas señas se entró de noche por la ventana, y sin pedir mi vénia. Buscaba amparo, y se lo dí; que no creo yo, que amparar al desvalido está prohibido, ni por las leyes divinas ni por las humanas. Así, pues, aquí ha estado, en mi casa; pero ya no está.

El Coronel mandó registrar el castillo, y no se encontró á nadie.

—Usted le ha hecho fugar, dijo el Coronel. Así pues, es Vd. cómplice

—¿Cómplice? ¿De qué? preguntó D. José.

—Usted le ayudaba en su intento; era un espía.

—Qué, señor, no puede ser; ni escribia ni veia á nadie.

—Pues él debia tener precisamente informes, y algun amigo que le ha avisado de haber sido reco-

nocido anoche, y que le ha proporcionado los medios de fugarse.

—Eso no sé yo.

—Pero de cierto sabrá Vd. quien es ese amigo.

Don José calló un instante, en el que el miedo y su honrada veracidad sostuvieron un récio combate, y despues contestó:

—Le conozco, pero aseguro, á fuer de hombre de bien, que solo de vista.

—¿Y quién es? preguntó el Coronel.

Don José pasó su dedo alrededor de su cuello, y respondió con decision:

—Eso no lo digo; ¡aunque pierda esta!

Su mujer y su hermana se precipitaron hácia él acongojadas, como si viesen ya en peligro aquella cabeza tan querida.

—*Oh! le sot!* exclamó el Coronel.

—¿Qué dice? preguntó su herman

—Me dice sóo, porque creerá que quiero huir, contestó su hermano. No, señor, añadió con creciente entereza; no trato de huir: no puedo ya correr, ni quiero. Aquí estoy: Usía es el cuchillo y yo la carne; haga Usía lo que quiera de este infeliz, que en los años que tiene, no ha tenido un sí ni un nó con la justicia. Pero que por mi dicho se le siga perjuicio á nadie; que José Mentor sea un delator... ¡eso no! aunque me lo mandase el mismo Rey, que Dios guarde.

—Pues irá Vd. á la cárcel, dijo para intimidarle el Coronel.

—ıré, gritó en un arranque de desesperado valor Don José, señalando con el brazo heróicamente la escalera.

Su mujer y su hermana se abrazaron á el llorando amargamente.

– Le ha confiado á Vd. el fugitivo algnnos papeles? preguntó el Coronel.

—Ninguno.

—Que registren al señor, mandó el gefe.

Esta órden fué ejecutada al punto, y la carta de Leopoldo fué hallada en el bolsillo en que la habia metido su dueño.

—¿Lo vé Vd? dijo el Coronel, esta carta es para usted, y debe ser de su preso.

—Verdad es, contestó D. José.

—Así, pues, Vd. me engañaba.

—¡Yo engañar! exclamó ofendido D. José. No, señor, yo no engaño nunca. Esta carta es *mia*, escrita á mí, y no es ningun papel que pertenezca al que se busca, ni ménos es un depósito. ¿Usía me comprende?

Apénas empezó el Coronel á leer la carta, cuando á pesar del carácter de Juez de que venia revestido, empezó á reirse tan irresistiblemente, que aquela escena de tribunal acabó en escena de sainete.

En esta carta aparecia la no complicidad de Don José tan patente, pintaba tan á las claras la situacion, que el Coronel, al devolvérsela, le pidió excusas, le hizo un ligero saludo, y se retiró.

Apénas se hubo ido, cuando D. José, cogiendo

con una de sus manos el brazo de su mujer, y con la otra el de su hermana, se las llevó, arrastrándolas precipitadamente á la sala.

—¿No han caido Vds.?... les preguntó con toda la alegre animacion de que era capaz su tranquila naturaleza.

Su mujer y su hermana le miraron atónitas diciendo:

—No. ¿Qué hay?

—Hay, contestó entusiasmado D. José, hay que ese D. Leopoldo es un hombre bueno si los hay; prevenido, á pesar de sus pocos años; un hombre honrado, un amigo leal, y con muchísimo criterio, con un corazon bueno y noble, añadió enternecido, dándose una palmada en el pecho. Esta carta, esta carta! —repitió, dando sobre el papel golpes con el reverso de su mano; —esta carta, que creíamos un insulto, esta carta nos ha salvado. Y, previendo lo que iba á suceder, la escribió solo con este fin. ¿No lo estais viendo claro como la luz del dia.

—¡Verdad es! ¡Verdad es! exclamaron gozosas y asombradas las cuñadas.

—¡Mira si discurrió el pobrecito! añadió Doña Liberata. ¿No decía yo que nos quería bien?

—Si tenía muy buenas entrañas, hijo mio, y las luces muy espabiladas!... dijo Doña Escolástica.

—Cuidado, previno D. José, que aunque tengais frio, dejeis todas las noches la ventana de la cocina abierta.

—Y una mariposa para que se distinga bien en la oscuridad, añadió su mujer.

—El Faro de San Sebastian (1), dijo con una especie de asomo de bosquejo de sonrisa el grave Don José.

—No, observó su hemana el de San Cayetano abogado de la Providencia!

(1) Así se denomina el Faro de Cádiz.

CAPITULO VII.

EL ECO.

> Eco, Hija del Aire y de la Tierra, amó á Narciso; mas viéndose desdeñada por ese amante de sí mismo, se retiró á las cuevas, los montes y los bosques, en los que la consumió su dolor, no quedando de ella sino la voz.
>
> MITOLOGIA.

Merced á su disfraz, habia llegado Leopoldo á Cádiz embarcado en el falucho que llevaba las frutas y legumbres al Rey, en vista de que la casualidad suele mimar á los que en ella confian, así como la prudencia suele desamparar cabalmente á sus más fervientes subordinados.

Una vez en Cádiz, Leopoldo se halló en su centro, rodeado de amigos y camaradas, y en sus glorias por

haber salido del espantoso centro del servilismo, proponiéndose persuadir al Duque que lo demoliese, lo que contribuiria á modernizar el Puerto. Pero el dia menos pensado, exclamó:—Pues para tan poco tiempo no fuera Príncipe yo!—cuando se halló al Rey en su Trono absoluto, y á sí mismo *indefinido*. Leopoldo hizo varias exclamaciones corajudas, ensartó una docena de maldiciones contra los *servitas* y los esbirros de la Santa Alianza, y se puso á tocar la flauta.

Habia llegado á Cádiz la Condesa de la Enramada con su inseparable Margarita. Cuando fué Leopoldo á verla, miró de una manera feroz á la niña, que en cambio le dijo con su nunca atajada franqueza.

—¡Ay, Ardaz, en todas partes está Vd.! Yo pensaba que se hallaba Vd. para siempre en el castillo de *No volverás*.

—Aquí estoy para servirte, hijita mia, contestó Leopoldo. Te lo digo porque no me importa que lo repitas. ¿Sabes, señorita Eco?

—¿Eco? ¿Qué es Eco, Ardaz?

—La primera parte de una virtud muy apreciable, y que yo deseara que gastases en tus palabras, perlita Eco.

—¡Mamaita, que Ardaz me dice señorita Eco!

—Es un nombre muy bonito, mi corazon, repuso su madre.

—¡Pues no quiero, no quiero, no quiero! repitió la niña alzando gradualmente la voz. Me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Eco, dijo con los lábios sin que se oyese Ardaz, que era poco ménos niño que su interlocutora.

—Mamaita, dijo esta desesperada, prohiba Vd. á Ardaz que me diga Eco: me llamo Margarita, que quiere decir perla.

—Perlesía, enmendó entre dientes Leopoldo.

—Hablando de eco. Ardaz, ¿ha oido Vd. hablar de uno muy famoso que suena en los fosos de Puerta de Tierra? dijo la Condesa.

—Es la primera noticia que tengo, respondió el interrogado.

—¿Qué es eco? preguntó la niña dirigiéndose á Ardaz, en vista de que su Madre se acababa de levantar para recibir á unas amigas suyas que entraron.

—Ese eco es, le contestó Leopoldo, una ninfa muy amiga de repetir cuanto oye, á quien, para castigarla, ha preso en los fosos de Puerta de Tierra Don Fulano Hércules, que fundó esta ciudad. Ya lo sabes: escarmienta.

—¿Y qué son fosos, Ardaz?

—Zanjas.

—¿Y qué son zanjas?

—Hoyas.

—¿Para guisar?

—Si, al eco; que cuando hierve, suena muy bien.

—¿Quien? dijo la Condesa dirigiéndose de nuevo á Leopoldo. No puede oirse cosa más linda que el sonido de una flauta en aquellos parajes. Ardaz. Vd. que toca tan bien ese instrumento, ¿podria proporcionar-

nos el buen rato de oirle allí? Estas amigas mias lo desean tan vivamente como yo.

—Con el mayor placer, Condesa, contestó Leopoldo.

—Quedamos, pues, convenidos y aplazados para mañana á las dos de la tarde, dijo alegremente la Condesa.

—Yo tambien quiero ir, exclamó Margarita.

Leopoldo, que como hemos dicho, era poco menos niño que ella, estuvo para decirle: si tú vas, no voy yo.

Al dia siguiente fueron todos puntuales á la cita, y se pusieron en camino, subiendo á la muralla por disfrutar de mejor vista y mejor piso.

—¿Dónde lleva Vd. la flauta? preguntó Margarita á Leopoldo.

—En la petaca, contestó éste.

—¡Ay, que chica es! A verla.

—No puede ser: en la muralla están prohibidas las armas.

—¿Pues qué, es un arma?

—Si... en caso de guerra sirve de pistola.

—Eso no es verdad...

—Qué fina eres, *perla* no oriental.

—¡Mamaita, Ardaz no me quiere enseñar la flauta!

—En los fosos la verás, vida mia; le respondió su Madre.

No habian andado diez minutos cuando dijo la niña:

—Mamaita, tengo sed.

—Hija, ¿qué te ha producido esa sed! ¿Te sientes indispuesta, mi corazon?

—No, sino que tengo mucha sed.

—Ardaz, allí veo á un rosquetero con vasos de agua: si tuviese Vd la bondad de llamarle.

—Con mucho gusto, señora.

Y Leopoldo echó á correr, renegando enérgicamente de la niña:

No habian llegado á la mitad de la muralla cuando dijo la niña:

—¡Mamaita, estoy cansada!

—¡Pobrecita mia! repuso su Madre compadecida. Sentémonos un poco en este pretil para que descanses.

El divan de los pordiaseros, pensó desesperado Leopoldo. ¡Dios sabe si habrán dejado en él reminiscencias animadas!

A poco, con la instabilidad de los niños, Margarita se levantó, atravesó la muralla, y se fué al lado opuesto que domina la bahía, mas siendo muy alto el parapeto, se puso á gritar·

—Ardaz, Ardaz aúpeme Vd. que quiero ver los barcos.

Leopoldo hizo como si no lo oyese.

—Ardaz, ¡cuánto agradeceria á Vd., dijo la Condesa, que alzase un instante á la niña! La pobrecita mia no alcanza á ver los barcos.

—Con mil amores, Condesa.

Vamos, ¡esto es insopartable: iba murmurando Leopoldo al atravesar la muralla, ¡vaya con la zangoncita de la niña que es preciso levantar en peso, como si tuviese dos años!

—Oye niña, le dijo alzándola del suelo lo suficiente para que su cabeza sobresaliese del parapeto, de manera que la niña apoyó en él sus manos y su barba; —oye, niña, ¿tú no vas á la amiga?

—¿Y Vd. no va al colegio? Pues yo he visto en el de artillería en que está mi hermano, unos colegiales mas altos que Vd.

Un segundo despues dijo Leopoldo:

—Ya puedes haber contado los barcos, los faluchos y hasta las lanchas de la bahía, y soltando de repente á la niña, que tenia apoyada su barba en la piedra tosca del parapato, se la desolló al caer, y prorumpió en los mas lastimeros ayes y quejidos.

¡Ahí fué ella!.. La Condesa temblaba convulsa, sus amigas estaban á cual mas azoradas y compadecidas. Lo que es Leopoldo, causante del mal, hacia el papel mas desairado; sus muestras de interés eran rechazadas por la paciente con imponente rencor, á punto de coger y arrojar por encima del parapeto un pañuelo de holan que Leopoldo le presentaba, para estancar una mostacilla encarnada que se habia asomado á la rozadura;

Fué preciso bajar de la muralla, é ir á una botica, donde se aplicó á la lánguida doliente sobre su desolladura un papelito de estraza humedecido con

agua y sal, y á instancias de la misma, que ardía en curiosidad de oir el eco que cantaba al hervir en una olla, volvieron á emprender su caminata á los fosos de Puerta de Tierra.

Llegaron, y salvaron la puerta de la ciudad, puerta fuerte, colosal, revestida de su armadura de baluartes y parapetos, armada de punta en blanco, que con su puente levadizo parece extender una mano amiga al que acoge, ó levantarlo como un puño amenazador contra el que como conquistador, quisiese penetrar en el recinto que guarda, y que es el nunca profanado asilo del españolismo, pues aquella puerta nunca se abrió sino á la voz de ¡Viva España! aquel eco nunca repitió con su dulce acento sino ¡Viva España!

Mientras nos hemas entretenidos en considerar la puerta, habian bajado la Condesa y los que la acompañaban, á los fosos; á Margarita se le habia caido el papel de estraza sin sentir, aguardando con la boca abierta el ver salir una flauta, de una petaca, y Leopoldo se habia puesto á tocar.

Hallábanse todos embebidos en el efecto encantador que producian los sonidos de la flauta, tan distinta como suavemente repetidos por el eco, y embalsamados por aquellas melodias aéreas, que se cernian entre murallas, fosos y baluartes como rayos de sol que hubiesen bajado á brillar y reir en un calabozo, cuando, sin haberlos notado venir, se hallaron á su lado el Capitan francés que estaba de guardia en

la Puerta de Tierra, acompañado de dos amigos, que habian sido atraidos por la mágia de aquellas melodías gemelas.

Leopoldo que, como hemos dicho siempre se dejaba llevar por su primer movimiento, derecho, pronto, y sin detenerse, como salen las muñecas de muelle de las cajas en que están encerradas. Leopoldo, que sentia un odio tremebundo, que habia de durar dos meses, hácia los franceses, no bien los vió, cuando apartando la flauta de sus lábios, la desmontó y guardó en el bolsillo.

—¡Ay! dijo Margarita; Ardaz no quiere tocar mas porque han venido aquí esos oficiales.

— Espero que no será así, dijo el Capitan saludando á las señoras; y como hemos bajado aquí atraidos por el duo encantador que ejecuta el señor con el eco, el suspenderlo sería una desatencion que no merece nuestro deseo de oirle, puesto que nada tiene que no sea lisonjero para ese caballero.

—Llamad como gusteis á mi negativa, dijo Leopoldo;...pero no toco más.

—Caballero, repuso el francés, una desatencion confesada, es un insulto. ¿Debo interpretarlo así?

—*Ad libitum*, respomdió con su usual frescura Leopoldo.

Las señoras, á quienes la sorpresa habia dejado paradas hasta entónces, intervinieron, pero era tarde. Sus reflexiones y sus persuasiones se estrellaron contra el *ultimatum* del ofendido Capitan.

—El señor me ha insultado, y solo tocando podrá darme la satisfacion que me debe. Si no me otorga esta, pediré otra que no se niega.

Leopoldo por su lado respondia á los agentes de la conferencia, con el más perentorio:

—No toco; pero me hallo muy dispuesto á complacer al señor en su segunda exijencia.

Por más que la Condesa les hizo presente que un desafio en las circunstancias de entónces tendría para ambos contrincantes los más funestos resultados, y les proporcionaría los más trascendentales compromisos, ninguno cedia. ¡Cómo habian de ceder, si creian ambos, con mucha formalidad, que en aquellas insignificantes quisquillas estaba comprometido nada ménos que... su honor!!! Nosotros los hombres nos burlamos del sexo bello; pero, confesemos inter-nos, que á veces debemos los del sexo feo parecer muy ridículos al bello, en particular cuando nos metemos a confeccionar códigos, que es nuestra parte flaca.

Entonces las señoras acudieron á las súplicas, y á las lágrimas. El francés se mantuvo inmutable como el destino, impasible como una de las pirámides de Egipto, que son una de las maravillas del mundo. Pero Leopoldo que, á pesar de sus ligeros cascos, era un caballero, sintió haber, y sobre todo en presencia de señoras, dado lugar á aquella escena tragi-ridícula. Considerando esto, sacó su flauta con mucha cachaza, y dirigiéndose á las señoras;

— Conozco que he sido un imprudente, que he faltado á los miramientos debidos á señoras. Pero es de cuerdos reconocer su error, y de prudentes enmendar su yerro. Voy á complacer, no á los señores, sino á ustedes, á las que debo esta reparacion.

Leopoldo tocó algunos compases, guardo su flauta, y se retiraron.

Las señoras iban tan satisfechas y tan agradecidas á la prueba de consideracion que les habia dado Leopoldo, que no sabian como demostrárselo y encomiar su fineza, su buen trato y su prudencia. Las pobres señoras no habian notado que al pasar cerca del Capitan le habia Leopoldo entregado su tarjeta, en señal de que volverian á verse, y que por consiguiente, estaba muy lejos de merecer los justos y sensatos elogios que admitia el hipócrita con una modestia admirable.

Habia Leopoldo entregado su tarjeta, porque decia de buena fé, segun el *código de honor* de los espadachines, que en este lance estaba su *honor* comprometido. ¡Hasta este punto han llegado los varones con barba y sin ella, á tergiversar el sentido de la palabra *honor*, que genuinamente significa gloria ó buena reputacion, que sigue á la *virtud*, al *mérito* y á las *acciones heróicas*, haciendo como ciertos salvajes, que llaman *dioses* á unos ídolos que ellos mismos confeccionan, á los ojos de los cuales creen hacer una obra meritoria inmolando víctimas humanas, y rociando sus áras con sangre? ¡Pues qué es,

un llamado *lance de honor*, sino un asesinato premeditado?

Así sucedió, que á la mañana siguiente á las cinco, estaba Leopoldo con sus padrinos y el Capitan con los suyos en Puntales, el uno frente al otro con una pistola en la mano.

La suerte habia decidido que al marchar el uno sobre el otro, fuese el Capitan el que tirase primero, y así sucedió. Pero Leopoldo tenia razon en confiar en su buena estrella, que no le desamparó. La bala francesa pasó rozando por su hombro, y fué á herir mortalmente á una inocente retama.

Ambos desafiados siguieron avanzando

—¿Qué vas á hacer? gritó á Leopoldo su padrino Ramon Ortiz.

—A matarle, contestó Leopoldo con su inalterable sonido de voz; ó á perdonarle la vida bajo una condicion.

Los desafiados se pararon y quedaron inmóviles en su misma posicion.

—¿Y cuál es esa condicion! preguntaron los franceses.

—Esta condicion es, contestó Leopoldo, que cante el señor una cancion.

—¡Cantar!... ¡en estas circuntancias! esclamaron.

—No hay más: cantar ó morir, repuso Leopoldo. El señor me forzó á tocar sin ganas; yo le obligo á mi vez á cantar sin ellas. Solo así quedamos pagados; es el finiquito de nuestras cuentas. Ya veis que

no abuso de mi ventaja, cuando solo pido la aplicacion del talion.

El Capitan se negó Leopoldo insistió.

Era de ver la inmovilidad de aquellos dos hombres, impávidos ambos, el uno cerca de recibir la muerte, el otro próximo á darla, por una cancion, por unos sonidos de flauta, por una de esas frusleerías, dignas bases de los insensatos lances de honor! Era de ver, repetimos, esa inmovilidad, que contrastaba con la activa intervencion de los testigos, que iban, venian y se afanaban sin resultado!

Mas al fin, viendo que Leopoldo estaba resuelto á no ceder, conociendo que el tiro de su pistola á la distancia en que se hallaban, no podia marrar, empezó á vacilar el Capitan, porque el valor que no se apoya en una buena causa y que no es sostenido por la conciencia, es bravata, y decae cuando no logra su objeto. Se penetró por último, del argumento que uno de los testigos le hizo, y fué, que si su Enrique IV habia dicho que bien valia París una misa, y la oyó, aunque era entonces protestante podia él decir, sin rebajarse, que bien valia su vida una cancion. El Capitan, pues, apretó los dientes, y cantó con una voz poco armoniosa este estribillo (*refrain*) de una cancion de su romancero en boga, Béranger:

«Reviens ma vois faible, mais douce et pure»
»Il est encore des beaux jours á chanter.»

Leopoldo y sus testigos, mudos é impasibles sa-

ludaron y se retiraron. El lance costó al Capitan dos sangrías y quinientas sanguijuelas (sistema Brousais).

Por más que se esmeraron los actores de este acontecimiento en callarlo, empezó á cundir, esparcido por conductos invisibles, impalpables y desconocidos, como suele acontecer con todas las cosas que se quieren tener secretas; como si la justicia divina anticipase premios y castigos, desvaneciendo con su soplo el velo con que piensan los hombres cubrir sus maldades; pues ciertamente en esta inconcebible publicidad hay algo de providencial.

Pocos dias despues, estando Leopoldo en casa de la Condesa de la Enramada, y hallándose la sala llena de gentes, un caballero, ignorante del todo de las personas que habian figurado en el lance, lo refirió desde su principio hasta su fin con todos sus pormenores.

La condesa, que ignoraba el desenlace, palideció y miró á Leopoldo, que estaba tan sereno é impasible como si se estuviese refiriendo un hecho del tiempo de los moros.

—¿Y no se ha podido averiguar quiénes han sido los actores del lance? preguntó al narrador uno de los concurrentes.

—Nada absolutamente, contestó éste, Y es una suerte; porque las autoridades están furiosas, y dicen que es necesario un escarmiento y una enérgica represion, para evitar en las delicadas circunstancias actuales que estos lances se repitan.

—Pues yo sé quienes son dijo Margarita.

—¡Niña! gritó en la mayor angustia su madre, cogiéndola por un brazo.

—Sí que lo sé, gritó contrariada la niña. El que tocó la flauta fué Ardaz, y el francés que le queria oir era el que estaba de guardia en la Puerta de Tierra (1).

A la madrugada siguiente, Ardaz, de nuevo fugitivo por causa de la niña Margarita, se embarcaba en un vapor inglés, maldiciendo á todas las niñas mal criadas, mimadas, entremetidas y parlanchinas.

(1) El lance referido nos ha sido comunicado por personas fidedignas que en aquella época se hallaban en Cádiz

CAPITULO VIII.

SAN CAYETANO.

El tránsito de la Iglesia a una secta, se hace generalmente por el camino de los vicios: y el de una secta á la Iglesia, *siempre* por el de las virtudes.

FITZ WILIAMS

Una pobre mujer es la que me ha ensenado ó ilustrado sobre las vías de la Providencia. Ella habia puesto en Dios la misma confianza y esperanza que yo habia puesto en los hombres; y nunca he visto un ánimo mas sereno en una situacion más desgraciada.

BERNARDINO DE SAINT-PIERRE.

Para volver á hallar á las personas que han actuado en nuestra relacion, en circunstancias que tengan analogía con las anteriores, tenemos que salvar diez y ocho años, los cuales, vistos de frente,

parecen un siglo, y vistos de espaldas, parecen un átomo. Totalmente se transforma el Tiempo, ese Rey coronado de las canas que platéa, ese Padre de la experiencia y de la ciencia, ese campeon despacioso de la verdad, ese viejo lijero con dos alas, que le sirven, segun dice Julio Sandeau, la una para borrar nuestas alegrías, la otra para enjugar nuestras lágrimas.

Más, este viejo, que tantas supulturas abre, habia en el trascurrido espacio abierto la de uno de los que hemos visto en los anteriores capítulos, ¡y era Don José! Habia acaecido su muerte de la manera siguiente.

Una noche, después de haber rezado, se acostó Don José en perfecta salud, al lado de su buena compañera: á la mañana siguiente llamó ésta á su cuñada Doña Liberata, acudió, y...

—Hermana, le dijo, mira que me parece que Pepe se ha muerto.

—¡Qué! no; no puede ser!...—repuso ésta acercándose á su hermano ya cadáver.—¡Pepe, Pepe! llamó; pero viendo que no respondia, se puso á tentarle la frente y el pulso, hecho lo cual, volviéndose á su cuñada, le dijo:

—Mujer, creo que tienes razon... ¡muerto está!

—Nos cogió la delantera, dijo su mujer.

—Ayer me dijo: allí te espero, añadió Doña Liberata. Pero se ha ido sin los Santos Sacramentos, Escolástica.

—Ayer confesó y comulgó, repuso su mujer; ¿si se daria el corazon que se iba á morir?

—Se lo diria al oido el angel de su guarda, dijo Doña Liberata. Vamos, hermana, á encomendar su alma á Dios, que es lo que nos queda.

Y ámbas cayeron de rodillas, y se pusieron á rezar con voz tranquila y espíritu recogido y fervoroso, pero sereno.

¡Oh, almas de Dios! sencillas, mansas, tranquilas y conformes. ¡Almas mil veces bienaventuradas! ¡Qué lecciones dais á las almas mundanales, inquietas, apuradas, estremosas, que refinan y alambican el dolor, gastando su buena sávia en hojarasca!

Con la muerte de D. José cesaron el vitalicio y los demás mezquinos recursos de la familia, y por último, la pobre Doña Liberata perdió tanto la vista, que solo podia dedicarse á hacer calceta, triste y postrer recurso de las pobres mujeres hacendosas. Los telares de medias deberian prohibirse en caridad de Dios. La miseria, pues, habia invadido aquel interior, antes tan feliz; pero no embozada sino, en esqueleto, sin un giron que la cubriese, con las manos vacías y la boca hambrienta, acompañada de la vejez, á la que tanto abruma, pero que tanto resiste! Bien podia esta doble tremenda vision, la vejez inerte y desvalida y la miseria sin lenitivo ni esperanza, asombrar á cuantos se le presentasen; pero no así á aquellas hermanas, A AQUELLAS ALMAS DE DIOS que no las veian, interpuesta como estaba entre ellas y los

ojos de estas la imágen de San Cayetano, abogado de la Providencia, con sus planes de ley, símbolo y atributo de almas puras.

Sin embargo, habia dos dias que no comian, dos dias que Doña Liberata estaba enferma y postrada en su lecho. ¿Olvidábalas el Santo?

— Liberata, dijo Doña Escolástica, dos dias hay que no has probado alimento. Voy al cuarto del Padre Capellan á pedirle una taza de caldo.

—No, no,—repuso esta;—acaba de pagar por nosotras la casa; nos dió un socorro la semana pasada; su mercé no está muy sobrado; no se debe abusar.

—Pero mujer... ¿te dejo morir?

—No cuides tú de eso; el que esto no suceda está al cargo del Santo bendito, dijo la buena anciana alzando sus amortiguados ojos hácia el cuadro de San Cayetano.

—¡Ay, hermana! repuso Doña Escolástica, ya me voy temiendo que nos ha olvidado!

—¡Qué disparate, Escolástica! lo que hace es probar nuestra fé.

—Dos dias hay que no comemos, y mañana..

—Dios proveerá, Escolástica.

—Así, hermana, dejémonos de cuidados y angustias y vamos á rezar.

—Vamos, respondió su hermana; y dirigiéndose á su cuadro tan querido del Santo abogado de la Providencia:—¡Ampáranos, oró mentalmente: no te lo

pido por mí, sino por aquella pobrecita que esta en la cama, que no ha tomado en tanto tiempo ni una cucharada de caldo!

—¡Santo mio! invocaba á su vez con el corazon la pobre enferma, intercede por nosotras con Dios para que nos socorra; no lo pido por mí, sino por la pobre Escolástica, que tanto siente no poder asistirme.

Apénas habian rezado diez minutos, cuando Doña Escolástica calló. En aquella silenciosa Plaza de Armas sonaban voces y tropel.

—¿Qué podrá ser esto? dijo Doña Escolástica, saliendo de la alcoba en que dormian ahora ambas hermanas; y asomándose á la puerta, notó en la Plaza de Armas cantidad de gentes, aumentándose su sorpresa al ver destacarse de aquel grupo á un caballero cuyo trage de General estaba cubierto de bandas y cruces, que llevando del brazo á una hermosa jóven se dirigia hácia ella.

—Estos señores, pensó Doña Escolástica, vienen á ver el castillo.

—Señor, dijo al General que en este momento llegaba á la sala; esta casa está toda á la disposicion de V. E. Pero, señor, en esta alcoba hay una persona enferma.

—¿Quién es la persona enferma? preguntó el General.

Esta pregunta, que hubiera causado sorpresa á cualquiera otra, no se la causó á Doña Escolástica, que contestó sencillamente.

—Mi cuñada Liberata.

—Doctor, dijo el General, llamando á uno de los señores que habian quedado en la Plaza de Armas; hacedme el favor de examinar á la enferma que se halla en esta alcoba.

El facultativo entró en la pieza designada, y el General preguntó á Doña Escolástica:

—¿Y D. José?

—Mi José, señor, contestó ésta, está donde quisiera estar yo, y señaló al Cielo. En seguida añadió:

—¿Pero ha conocido V. E., que es un caballero tan principal, á mi Pepe, que era un pobre maestro de escuela?

—¿Y habiendo faltado él, con qué cuentan ustedes para subsistir? preguntó el General, sin contestar á la pregunta.

Doña Escolástica señaló al cuadro que sobre la mesa colgaba en la pared, y contestó:

—Con aquel que es abogado de la Providencia, y hasta hoy no nos ha desamparado.

En este instante salia el facultativo de la alcoba.

—¿Qué tiene la enferma? preguntó el General.

—Inanicion, señor; hay dos dias que no toma alimento.

El General procuró ocultar que se hallaba dolorosamente conmovido; dijo algunas palabras al oido del médico, y en seguida se entró en la alcoba, seguido de la hermosa jóven y de la atónita Doña Escolástica

—¡D ña Liberata! exclamó con alegría; ¿con que San Cayetano ha dado á Vds. un chasco? ¿No decia yo, cuando se lo ponia á Vds. de espaldas, que el Santo no queria á las gentes cansadas?

—¡Jesus María! exclamaron alborozadas ambas buenas mujeres; ¿V. E. es aquel loquí.... perdone Vuecencia, aquel joveucito, que se nos entró como un pajarito por la ventana?

—¡El mismo!... que ahora se entra por vuestras puertas como un hombre formal, á pediros perdon por lo mucho que sin consideracion os mortifiqué, y á daros gracias por las inmerecidas bondades y favores que os debí; pues ya no soy aquel loquillo, sino un hombre que ha aprendido á PENSAR Y Á SENTIR. ¿No es verdad, Margarita?

—¡Margarita! exclamron asombradas las dos hermanas.

—¿Qué, os asombra mi nombre? preguntó con bondadosa sonrisa la hermosa jóven.

—No es el nombre, señora, contestó Doña Escolástica; es porque es el mismo de una pícara niña que delató al señor; y si no se lo avisan á tiempo, Dios sabe lo que hubiese sucedido! pues apenas huyó cuando se llenó la Plaza de Armas, de tropa y á mi Pepe, porque no quiso decir el nombre del amigo de V. E., se lo quisieron llevar preso. Pero como Vuecencia, á pesar de su locu... de sus cosas, tenia tan buenas entrañas, dejó á mi Pepe aquella carta, —V. E. se acordará.—que escribió con objeto de

que le sirviese de salvaguardia; y así fue, que apenas la leyó el oficial que venia haciendo de Gobierno, cuando se echó á reir, y le dejó en paz.

—¡Que escribí una carta con ese objeto! esclamó admirado el General. No lo recuerdo.

—¿Tampoco recuerda V. E. que se le olvidó el dinero? preguntó Doña Escolástica. Diez onzas,—diez onzas nada menos! se dejó V. E. al lado de la carta.

—La carta decía, observó el General, que eran destinadas á comprarles una memoria del huésped que tanto les dió que hacer.

—No señor, nada de eso decia la carta, así fué que mi Pepe las metió en un papel, que selló, diciendo á quien pertenecian, y escribió encima la palabra *depósito*, por si moriamos ántes que V. E. las reclamase ó hubiésemos podido averiguar su paradero. Pero ni una ni otra cosa sucedió, y ahí están, señor.

El General se volvió á la señora que le acompañaba, y dijo:

—¡Y iban á perecer de hambre! ¡Esto admira!

—Esto enternece, Leopoldo! contestó la jóven secando con su rico pañuelo dos lágrimas que surcaban sus megillas.

—Pero recuerdo muy bien, dijo el General, que mi carta expresaba el destino de esa suma.

—No señor; y si os quereis convencer, aquí está la carta, dijo Doña Escolástica, sacando de la vetusta papelera una carta envuelta en una plana de palotes,

que puso en manos del General, añadiendo: —siempre la guardó mi Pepe como reliquia.

El General miró el sobre para cerciorarse de que era dirigida á D. José, y se puso á leerla con curiosidad, á la par de la jóven Señora que se habia apoyado en su hombro.

Los lectores recordarán el contenido de la carta que han leido ha poco. Pero no así el General Leopoldo Ardaz, que habia diez y ocho años que la habia escrito. Pero tanto él como la jóven Señora tenian demasiada bondad de corazon, y eran demasiado finos, delicados y cultos para que aquella carta ingrata y denigrativa les moviese á risa.

—¡Qué cabeza era entonces la mia! murmuró el General al oido de la señora: esta carta era dirigida á Ramon Ortiz, y equivoqué el sobre.. ¡y se han hecho la ilusion de que la escribí con la intencion de evitarles compromisos!.. ¡Oh corazon sano y sin malicia, que todo lo alzas á tu pura esfera, como rebaja todo á la mústia suya el corazon gangrenado por la hiél de la malevolencia y el agraz de la malicia!

Por fortuna, al volver la hoja hallaron el párrafo que hablaba de Margarita, lo que volvió á traer la escena al florido terreño del buen humor.

El insoportable apéndice de su madre,—leyó la jóven riendo de corazon,—*¡qué crianza dan á esa niña!.. asombra!* prosiguió leyendo, *¡quién pudiera disolver esta perla en vinagre, como hizo la hermosa Cleopatra con otra!*—Pues ha sido al revés, dijo sin cesar de

reir: la perla ha sido la que ha absorbido al vinagre.

—Y sin impregnarse de él, contestó el General; cumpliendo cual no otra con la mision de la mujer cristiana y culta, que no consiste en seguir los errores de su marido, ni menos en identificarse con sus maldades, si las tuviese; sino en constituirse en ángel visible de su guarda, que le retraiga del mal y del error, y le guie al bien y la vardad. La mujer que yerra con su marido, tiene dos cargos ante la suprema ley, que quiso que fuese para el hombre no el aguijon que irrita sino el freno que contiene:

Estoy descubierto, prosiguió leyendo la jóven, *la niña Margarita, esa cotorrita habanera, esa sabonetilla de repeticion, me ha vendido.*

—¿Lo ven Vuecencias? dijo Doña Escolastica: osa pícara niña fué!..

—Esa pícara niña, exclamó volviendo á reir la jóven, hizo otras muchas fechorías de que fué víctima vuestro huésped.

—¿Puede darse?.. repuso Doña Escolástica, ¡pobrecito!.. Válgame Dios, y qué malas entrañas tenia la dihcosa niña! ¿Qué mas hizo?

—Poco despues en Cádiz le originó un desafío con un francés.

—¡Santo Dios de Israel!.. esclamaron las buenas ancianas.

—A los pocos dias lo divulgó, por lo cual el huésped de Vds. tuvo que huir y que expatriarse.

—¿Pues no es nada! ¡Ay que niña!..

—Pues no es esta la peor partida que le jugó; porque años despues, habiendo ido su merced á la Habana, le puso como á un manso cordero el santo yugo; pues yo, su mujer y servidora vuestra, soy la pícara niña Margarita.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿Y cómo ha sido eso! preguntaron asombradas las hermanas.

—El loco huésped de Vds., contestó la interrogada, despues de doce años bien empleados en su carrera, en los que sobre los campos de batalla ganó sus grados, no sin que le dejase la muerte, —de la que siempre escapó, —esta cicatriz en la sien y un hombro atravesado por memoria, vino destinado á la Habana, donde se encontró con su antigua contraria la pícara niña Margarita, que—por le vist —entonces tenia juicio y era apreciable, puesto que su adversario trocó en un todo sus sentimientos hácia ella.

La sorpresa de las buenas ancianas, que iba siempre en aumento, llegó á su colmo cuando vieron entrar unos mozos de fonda, que traian en bateas una suculenta comida.

Margarita corrió hácia ellos, destapó una sopera, llenó un plato de sopa, y se apresuró á llevarlo á la desfallecida; mas esta no le tocaba, y permanecia profundamente abstraida.

—Tomad, tomad, le dijo Margarita; esta es la medicina que ha prescrito el facultativo.

—¿En que os deteneis Doña Liberata, que no gustais

el alimento que debeis apetecer y que tanto necesitais?

—Señor, repuso la anciana: ¿dudareis aun de la influencia de la intercesion de mi Santo sobre la Providencia, que en el dia de hoy desde la Habana os ha guiado aquí?

—No por cierto, no por cierto, Doña Liberata, contestó el General. Soy español, soy cristiano, soy católico: creo por lo tanto en las gracias espirituales y materiales que obtiene la fé, esa fé que nos une á Dios, á su redil, á nuestros hermanos. Si la hallo en almas puras y en corazones sanos mas robusta, mas ciega, mas cándida y confiada que lo es la mia, lejos de condenarla ó burlarme de ella, la venero y la admiro. Y para no envidiarla, me esfuerzo por adquirirla, no por la conviccion del entendimiento,—que la fé no desciende á los torpes y estrechos alcances del hombre,—sino por medio de la voluntad, poderosa hija del alma.

Al oir estas palabras, las dos escelentes mujeres cruzaron sus manos, y dos lágrimas corrieron lentas y brillantes por sus megillas.

—¡Quien á Dios busca, á Dios halla! dijo Doña Liberata.

—¡Que no le hubiese oido mi José! dijo Doña Escolástica.

—¿Con que... nada os ha quedado? preguntó el General.

—Nada! contestó Doña Escolástica. pues el vitalicio murió con mi José

—Y yo veo tan poco que apenas puedo coser, añadió Doña Liberata, que á medida que caia aquel sano alimento en su desfallecido estómago, se iba vivificando.

—Pues el vitalicio que murió con D. José resucita con Leopoldo, dijo el General.

—Tú cuidarás del vitalicio de Doña Liberata, á quien tan terrible susto diste entrándote por la ventana; pero la pícara niña Margarita cuidará de Doña Escolástica.

—Señora, exclamó Doña Escolástica, ¡si con una peseta nos sobra! ¡Y nunca nos falte!

—No, nunca os faltará á cada una, repuso el General, que añadió sonriendo:—San Cayetano se me ha aparecido, y me ha encargado que cuide de que así suceda.

EPILOGO.

—¡Oh, Leopoldo! exclamó con dolor Margarita, cuando hubieron salido:—¡Y habrá hombres de ideas rectas y de corazon sano que se atrevan á decir á los creyentes y á imbuir en el pueblo: «Vuestra fé es nécia, vuestra confianza es vana: no hay esfera espiritual; el mundo es una bola material y estúpida, que no tiene Criador; sin mas luces que la de los hombres; sin mas motor ni mas poder que el de la casualidad!...»

—Si son jóvenes, acuérdate de mí y no desesperes de ellos, contestó su marido; que ellos volverán, si son buenos, á la grey, en cuya serena atmósfera se eleva el alma, se ensancha el corazon y descansa la mente. Si son viejos, esto es, si tienen ya el corazon seco, sin brotes de amor al Criador y á la criatura, si tienen la mente estacionada y encallada en sus errores, si su voluntad inerte y estéril no puede crearles la fé que salva; si sus ojos están ya sin lágrimas, sus pechos sin suspiros, su vida sin esperanzas ulteriores á estas transitorias... ¡compadécelos!.... ¡Dios se ha alejado de ellos porque ellos se han alejado de Dios!

FIN.

EL EX-VOTO.

RELACION

POR FERNAN CABALLERO.

EL EX-VOTO.

Cuéntanos en *lisa* prosa castellana con ese estilo, que no dire si es bueno ó malo, porque es *tuyo*, y nos gusta por eso: cuéntanos digo, la que realmente sucede en *nuestros* pueblos de España, lo que piensan y hacen *nuestros* paisanos en las diferentes clases de *nuestra* sociedad.

Carta del lector de las Bâtuecas á FERNAN CABALLERO.

CAPITULO I.

DOS VIAJEROS ILUSTRADOS.—UN PUEBLO QUE EMPIEZA A ENTRAR EN LA SENDA DEL PROGRESO MATERIAL.—UN SACRISTAN CON LA BOCA ABIERTA.

Es la ligereza francesa, es el chiste volteriano, es el *nihil mirari* el que todo lo marchita entre nosotros.

CHATEAUBRIAND,

El ateismo no es tanto la *creencia* como el *refugio* de las malas conciencias.

Máxima

La voluntad inglesa es una fuerza motriz de incalculables caballos normandos. Un inglés muy simpático—á sus paisanos—se ha propuesto que esta

voluntad omnímoda realice la famosa y fantástica palanca de Arquímedes: á las fuerzas de Atlante reune los caprichos de una manceba real, y el despotismo de un niño muy mal criadito. Asi es, que si un hijo del pais, cuyas blancas costas le valieron de los romanos el nombre de Albion, dice, *por aquí meto la cabeza*, lo hará, sin que le arredren calamorrazos, chichones, achocazos ni descalabraduras.

Aplicando estas reglas generales al pequeño cuadro de la relacion que vamos á hacer, nadie extrañara el ver salir de Gibraltar á dos ingleses, con intencion de seguir una marcha en línea recta hasta Roncesvalles, sin llevar mas guia que sus narices. Mister Hall habia dicho á Mister Hill:

—Irémos los dos solos é inseparables, como los Gemelos en el Zodiaco. Cádiz, á donde nos dirijimos primero, no es el polo, para que podamos correr el riesgo de perdernos, como el capitan Franklin.

—Por supuesto, contesto Mister Hill; el perders añadió suspirando, es un placer con el que han acabado las luces del siglo. El globo está ya explotado!

Diciendo esto los dos amigos, el uno alto y el otro bajo, metieron las espuelas á sus pobres caballos, que deseaban morir para descansar, costearon la bahía, pasaron por Algeciras, subieron una cuesta pendiente como una escalera, y llegaron á las cumbres de las últimas alturas de la sierra de Ronda, que se acercan al mar, como para contemplar su gran hermosura en ancho espejo. Allí se hallaron en una

encrespada selva de encinas y alcornoques, que se vestian y engalanaban con las zarzas, la yerba y las vides silvestres, que en sus valles escondian arroyos entre adelfas, y borraban las huellas del hombre con su vigorosa vegetacion. Así fué que nuestros viajeros quedaron perdidos en un decir *good by*: tan perdidos como Mister Hill podia decirlo, logrando disfrutar los dos amigos el deleite de andar varias horas errantes por una selva agreste, como Pablo y Virginia. Por fin, al llegar á un alto algo mas despejado de arbolado, divisaron el ancho mar, al que habian venido acercándose, y al pié del monte un valle que tenia por límites, á la izquierda una angosta playa de dorada arena,—puesta por Dios entre el mar y la tierra como inespugnable baluarte,—y á la derecha un pinar tupido y áspero, como una maciza puerta, con la que se cerraba el valle. Sentado en la mullida alfombra que le preporcionaba la yerba que cubria el suelo, estaba un pueblecito misántropo, que teniendo al frente el mar con su inmensa monotonía, á su espalda el grave y oscuro pinar á los lados las intrincadas sierras, parecia haberse colocado allí para disfrutar de todas las soledades. Antes de llegar al lugar se veian algunos álamos blancos, que habiendo crecido bajo el constante azote del viento de la mar, habian adquirido una actitud doblada y doliente, y sombreaban con vacilante é inquieta sombra un profundo y ancho pozo, con su pilon adyacente, que servia de abrevadero á los ganados.

A la entrada del pueblo habia una robusta y fornida alcantarilla, con pretensiones de puente, la cual salvaba un barranco poco profundo, que en invierno servia de desagüe al prado. Pero á la sazon, habiendo pasado la estacion de las lluvias, abria la alcantarilla un tremendo ojo al ver llegar á rendirle homenaje y pasar bajo su férula, no un apacible arroyo, ni menos un soberbio torrente, sino una manada de gorrinos. Adornaban la cabeza de esta alcantarilla,— obra del arte y honra del lugar,—dos pilares perfectamente cuadrados, que terminaban, uniéndose amistosamente, las cuatro esquinas, y sellando esta union con una alcachofa ó cosa parecida, que por ser únicas en su especie, no tienen clasificacion ni en la horticultura ni en en la arquitectura. Cuando se habia concluido aquella mejora urbana, la alcantarilla, y aquel embellecimiento del aspecto público, los postes, con pretensiones á pertenecer, aunque por casta degenerada, á la familia de los obeliscos, ó columnas monumentales, el Alcalde encargó al maestro de primeras y únicas letras del lugar, un letrero ó inscripcion, para memoria y señal de la época en que se hizo, y de las personas que en ella actuaron. Lo único que le advirtió fué que diese aquel letrero testimonio de todo el profundo respeto que tenia el pueblo á la Religion, y del que las autoridades profesaban á la Constitucion. El Maestro de primeras letras, que era expeditivo, escribió en dos por tres, en uno de los postes, con unas letras gordas y ro-

bustas, como los chiquillos que iban á la escuela, la siguiente inscripcion:

DETENTE AQUI, CAMINANTE
ADORA LA RELIGION,
AMA LA CONSTITUCION,
Y LUEGO... PASA ADELANTE (1).

En el otro poste estaban consignados el dia, mes y año en que se levantó é inauguró tan soberbio monumento, con los nombres del Alcalde que corrió con la obra, del albañil que la llevó á cabo, y del alfarero que hizo los ladrillos.

Aquel dia memorable hubo fiestas y regocijos públicos, que constan en los fastos del pueblo. Consistieron en un toro de cuerda y seis cohetes: y para fijar mas indeleblemente la memoria de tan fausto dia, el toro cogió por los fondillos al Alcalde, que, sorprendido por la llegada de la fiera, no halló mas medio de salvacion que subirse por una reja. Pero no pudo verificarlo con bastaste ligereza para poner á tiempo fuera del alcance de las astas del toro la

(1) La persona que escribe esto, da testimonio de haber visto este letrero en un poste, á la entrada de un puente. No tienen los novelistas la suerte de poder inventar tales cosas; el arte nunca puede llegar en ningun género á la perfeccion de la naturaleza.

parte que en su niñez tampoco habia podido poner fuera del alcance de los azotes (1).

Pasada la alcantarilla, lo primero que se encontraba era un ventucho, cuyo repuesto consistia en un mal barril de vino y otro peor de aguardiente.

El ventero que solia tener por parroquianos,—gracias á la proximidad de Gibaltrar, esa úlcera de España,—una porcion de perdidos, desertores, presos fugados, contrabandistas y vagos, que veia á estos deudores, poco escrupulosos en el pago, detenerse las horas muertas en su establecimiento, dar sangrías á sus barriles, armar camorras y escurrirse sin pagar, habia escrito por via de muestra, y á manera de estatutos de su establecimiento, con tremendas letras de furibundo almagre, coloradas como pavos, esta cuarteta, modelo de estatutos y de concision.

VAMOS ENTRANDO,
VAMOS BEBIENDO,
VAMOS PAGANDO,
VAMOS SALIENDO (2).

Nuestros blancos hijos de Albion llegaron algo parecidos á las *pieles rojas* de América, por las caricias

(1) Histórico.

(2) Copiada del natural, como los versos anteriores, ocupa esta cuarteta, ideal del laconismo y tipo del buen sentido, un lugar preferente en el prontuario ó mamotreto del autor.

del sol español. En la alcantarilla *no se detuvieron*; la pasaron sin *adorar á la Religion ni amar á la Constitucion*; sin que por eso el monumento encargado de hacer observar estos preceptos, como verdadero poste, les tirase su alcachofa á la cabeza. Cuando llegaron á la venta, habiéndose orientado, pidieron al ventero les proporcionase un guia que les condujese á Vejér, que era el pueblo mas cercano. Mientras el ventero iba á evacuar esta diligencia, y los infelices caballos descansaban un rato, fueron sus dueños á dar una vuelta por el pueblo.

Llegaron á la plaza en que estaba la iglesia, que les sorprendió por su buena apariencia, y suplicaron al sacristan, que estaba en los porches, que se la enseñase. El sacristan, con esa obsequiosidad tan espontánea en el pueblo de España, se apresuró á franquearles la entrada del templo, con todo el inocente placer que se siente al ver á otros admirar y venerar los objetos que nosotros mismos admiramos y veneramos. Pero ¡cuál no seria la triste decepcion del pobre sacristan, cuando en lugar de la admiracion devota que aguardaba, solo vió á aquellos señores levantar los hombros con desden y sonreirse con escarnio! En el mundo estamos, por desgracia, tan acostumbrados á ver la osadía con que la inpiedad ataca y hiere de frente nuestras mas arraigadas convicciones, nuestras mas profundas creencias y nuestros mas dulces y suaves sentimientos, que nuestros corazones, despues de quebrarse, se han encallecido;

es decir, oyen escandalosas impiedades, sin que estas les causen ya mas impresion que la de triste lástima. Pero para el sacristan de aquel lugar apartado y humilde, fueron tales demostraciones como una capa de nieve echada sobre un recien nacido.

La primera cosa que chocó á aquellos forasteros, que se denominaban con el honorífico dictado francés de *espíritus fuertes*, – pero acá llamaremos con mas propiedad *ignorantes materialistas*, – fué una hermosa Imágen de la Virgen, que bajo su dulce y metafórica advocacion de la Divina Pastora (que lo es del rebaño del que su Hijo es Pastor), estaba colocada en el altar mayor, rodeada de sus ovejas, metáfora tan universal, que hasta los mismos protestantes llaman á sus curas *pastores*. Nuestros viajeros, á pesar de que venian por cuenta de una junta bíblica, esparciendo Biblias, es de presumir que jamás habian leido el Nuevo ni el Antiguo Testamento, pues tanto les sorprendió el culto á la Madre de Dios, que su Divino Hijo instituyó en la Cruz, y tan poco se hacian cargo de las figuras con que en ambos Testamentos se hacen palpables estas altas verdades al limitado entendimiento del hombre.

Asi fué que Mister Hall dijo á Mister Hill:

—El campo en este pais solo presenta eriales, selvas enmarañadas y desiertas: en cambio, en las iglesias hallamos la Arcadia!—¿Qué significa esta Filis?

—Esto, respondió en tono decidido y dogmático

Mister Hill, es uno de los *ídolos*, que adoran los españoles en lugar de adorar al Divino Hacedor.

—¿Pues qué, no creen en el Ser Supremo? preguntó Mister Hall.

—No le conocen, *dear fellow*, contestó el interogado. *Dear fellow* quiere decir *querido compañero*, y es expresion extremadamente usual entre los hijos de Albion.

El *dear fellow*; que la echaba de *humorista* (esto es, de gracioso y original con chiste), hizo brotar de sus lábios un manantial de agudezas, capaces de batir en brecha la gracia andaluza y la sal ática, con su ariete de mostaza.

Dióle ancho pábulo á explayarse, un cuadrito, no bien pintado por cierto, el que llevando su lema en un ángulo que con grandes letras decia Ex-voto. pendia al lado de un altar. Era este altar de mármol blanco y negro, y sobre él se alzaba una gran cruz de ébano, de cuyos brazos colgaba un fino sudario guarnecido de encajes, y á cuyo pié se veian la corona de espinas y los clavos de maciza plata.

El cuadrito del Ex-voto, que con preferencia á otros suspendidos al lado del altar de la cruz, habia atraido la atencion de estos aprovechados viajantes, mostraba sobre el oscuro fondo de un pinar una cruz alzada sobre una sencilla peana de cal y canto, de cuyos brazos pendia una girnalda de flores, tal como se vé en todas las cruces en los dias designados particularmente á su culto, á principios de mayo.

En la parte delantera del cuadro se veia á un hombre con un puñal en la mano echando al suelo á otro, que al caer se asía á una cruz clavada en el suelo entre la maleza.

—¿Ha visto Vd. jamás,—decia Mister Hill á su *querido camarada*,—ha visto Vd. jamás pintar en una iglesia una escena de latrocinio y asesinato?

—Será—respondió el interrogado, Salomon sin sal—un altar consagrado al santo á quien hayan instituido patrono de los puñales.

Los dos *dear fellows* se rieron del modo con que dice Homero se reian los dioses en el Olimpo. ¡sin duda sería cuando veian hombres tan ridículos como aquellos!

—¡Cruces y puñales! dijo el *fellow* núm. 1.

—¡Sangre y oraciones! añadió el *fellow* núm. 2.

—¡Supersticion y entupidez! Eso sí que se encuentra aquí; pero segun voy viendo, ni un solo *comfort*.

—¿No le parece á Vd., amigo, que estos cuadritos, estos mamarrachos. prueban que Murillo y su arte son cosas fantásticas é inventadas por los romanceros que inventaron al Cid; y que nunca han existido en este pais de pésimos caminos?

—Podrá Vd. muy bien tener razon, querido señor.

Lo que es indudable es, que poner unos cuadritos tan mal pintados en una iglesia, es contra el *decoro* del templo, la *gravedad* de la contemplacion y la *dignidad* del culto

¡Lector mio, que vives quizas apartado del trato de protestantes, ó de hombres que no tienen religion, y que dan á entender, que si no siguen la nuestra, no es por ser ellos soberbios é incrédulos, sino por falta de la religion, que no está á la altura de su sabiduría! Sabe, decimos, que cuando salen muy tiesos á relucir el *decoro*, la *gravedad* y la *dignidad*, tratándose de estas materias, es porque al amor, al fervor, á la fé, en fin, á las virtudes de *arriba*, se han antepuesto las de *abajo*.

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido, respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impiedad, Sir,

—Una profanacion, *dear*.

—*Señor*, dijo el mas Salomon acercándose al sacristan, quema tú esos *nonsenses* (contrasentidos), ó dalos á tu *baby* (niño chiquito); y toma,—añadió dándole una Biblia,—aquí tienes la *verdad*, que no sabes, y que hallarás en las Santas Escrituras, que *no conoces*.

Con esto se alejaron los interesantes misioneros, riéndose, y dejando al sacristan con la boca abrierta.

—¡No pueden ser cristianos! murmuró al fin; serán judíos, de los muchos que hay en Gibraltar, entre otros géneros prohibidos.

Ahora, á fuer de católicos, españoles y amigos de la ilustracion en su sentido genuino, que es dar

luz al entendimiento y aclarar un punto ó materia dudosa, referiremos el orígen y significado del Ex-voto en cuestion, por ser curioso comparar el hecho católico con la interpretacion protestante; el caliente corazon que siente y acierta, con la fria razon que juzga, mide con su compás..... ¡y yerra! la elevacion y poesía del alma religiosa que se levanta hácia Dios con sus blancas y brillantes alas, y el prosáico y mezquino razonamiento escéptico, que con sus pies de plomo, tropieza por su seca y estéril senda; seguros de que casi todos dirán con nosotros las palabras de San Pablo: «¿Por qué ellos enferman y yo no enfermo? ¿por qué se queman y yo no me quemo?»

CAPITULO II.

LA FIESTA DE LA CRUZ.—ESCENA DE INTERIOR.—POR QUE LOS BUENOS ANCIANOS CONSERVAN LA VISTA.—EL LENGUAJE DE LOS PAJAROS.—ORIGEN, MARTIROLOGIO Y MUERTE DE UNA MUÑECA DE PAN.

¡Oh! ne vous hâtez pas de mûrir vos pensées!
Jouissez du matin, jouissez du printemps!
Vos heures sont des fleurs, l'une á l'autre enlacées:
Ne les effeuillez pas plus vite que le temps.

VICTOR HUGO.—*A los niños.*

No os apresureis á madurar vuestros pensamientos; gozad de la mañana, gozad de la primavera. Son vuestras horas flores enlazadas una á otra: no las deshojeis aun antes que el tiempo!

Et sans comprendre encore ce que vaut l'innocence,
Dis: Mon Dieu, gardez-moi comme une blanche fleur

Y sin comprender aun lo que vale la inocencia, pide á Dios te la conserve como una flor blanca,

Aquel triste y solitario pueblecito, tenia tambien sus felices y contentos moradores, que estaban apegados á él, como lo están los niños á sus amas, aunque sean feas y displicentes. En cualquiera parte se acomoda el contento de los humildes y de los sanos de corazon.

Al lado opuesto á aquel en que se hallaba la venta se veia una casa muy limpia, muy blanca, como que hacia poco que habia estrenado un vestido de cal. Su tejado estaba cubierto de yerbecitas y florecillas, como si se hubiese tocado un pañolon enramado: por su abierta puerta se veia el patio, que,—por pasar lo que referimos en los primeros dias de mayo—estaba hecho un canasto de flores. Podia compararse la bella vista que formaba la casa, á una persona sincera que abriese y mostrase á las claras un corazon lleno de inocencia y alegria. Veianse allí rosas de su color, blancas, rojas y amarillas, como hermanas en diferentes trajes.

La lila—esa flor alemana que tan temprano florece,—se inclinaba indolente y triste en su modesto restido.

Las delicadas violetas se cubrian con sus hojas redondas como con parasoles. En las rendijas de las paredes nacia el resedá á toda prisa sus ramilletitos, mientras lo miraba con sus grandes é inocentes ojos su buena amiga la salamanquesa. Al rededor del pátio, en tejas sujetas á la pared como púlpitos, se inclinaban hácia afuera doctos claveles, predicando á las demás flores un sermon sobre la brevedad de la vida. Un pálido y delicado jazmin que esto oia, caia desmayado en brazos de una *espuela de galan*, que denodada y con su vestido de oro habia subido hasta el jazmin escalando una reja. Ocupaba el centro del patio un naranjo y un granado, que mezclaban sus

flores rojas y blancas con una armonía y con un silencio que deberian avergonzar profundamente á la asamblea legislativa francesa.

Una gran cantidad de pájaros, mariposas y abejas, hacian corteses visitas de flor en flor, sin darse el caso de que ninguna de estas amables hijas de Flora, se negase á recibirlas, ni aun con la excusa de estar de trapillo. Una suave brisa de mar, pura como un cristal de roca, llevaba de unas á otras sus perfumes.

En este patio todo florecia, embalsamaba, volaba ó cantaba.

En la habitacion principal de la casa, á la derecha de la puerta del zaguan, se veia una escena de interior, tan suave, pacífica y perfumada como la del patio.

Junto á la ventana, en una silla, baja, estaba sentada una mujér muy anciana, que tenia abierta sobre sus faldas la *Gnirnalda Mística*, en la cual leia en alta voz el capítulo correspondiente al dia. Apoyábase en sus rodillas una niña como de ocho años, que pendia de los lábios de su abuela, como si las palabras que pronunciaba, hubiesen tenido una forma visible. A su lado estaba una mujer de mediana edad, cosiendo una camisa de hombre; á sus piés—sentada en el suelo, con las piernas estiradas y los piés levantados y descansando sobre los talones, como dos perritos bien enseñados—estaba una niña de cinco años, meciendo en sus brazos con la mayor

gravedad matérna, una muneca de pan recientemente salida del horno, ilesa como Sidrach, Misach, y Abdenago salieron del que les mandó preparar Nabucodonosor; pero, en cambio amenazaba á la pobre la suerte de los hijos de Saturno.

Al otro lado de la ventana, frente á la anciana, veíase al abuelo sentado en un gran sillon de cuero como los que se ven en los pueblos en las barberías: inclinábase adelante, formando con su mano una especie de embudo para su oido, á fin de no perder una palabra de lo que leia su mujer. Delante de él dos hermosos muchachos jugaban con Cubilon, el perrazo del anciano, anciano como su amo. Habíanle obligado, á fuerza de molerle, á dejarse poner una especie de albarda; ahora sus manecillas se esforzaban en abrirle la boca y ponerle un freno. El perro volvia su gran cabeza, ya á la derecha, ya á la izquierda; pero sus tiranillos seguian ágilmente á cada uno de sus movimientos. El fondo de este cuadro lo formaba un altar, que se habia colocado contra la pared de la ventana, sobre el que se levantaba una Cruz hecha de flores, porque aquel dia era el 3 de mayo, DIA DE LA CRUZ. A cada lado una muchacha estaba sujetando las flores en los extremos de los brazos del Santo Arbol, y un jóven subido en una escalera de mano, colgaba del techo una araña formada de dos pedazos de caña, juntados y suspendidos al techo por cuatro tomizas: pero todo tan revestido de flores, que quedaba oculta la sencilla y tosca armazon. La abuela leia,

«I. Hay muchas personas que no buscan la Cruz, ántes la huyen; pero á ellas la Cruz las busca y las halla. Estos son los pecadores, que van siempre en busca de sus gustos; pero éstos huyen de ellos, porque el hombre que no busca á Dios, jamás está contento.

«II. Otras personas buscan las cruces, y en efecto, las hallan. Esto sucede á los que empiezan á servir á Dios; que aun no tienen bastante valor y amor á Dios, para que las aflicciones les sean dulces.

«III. Las almas santas buscan las cruces con mucho ahinco pero no las hallan. San Fracistco Javier deseaba más y más cada dia, y Santa Teresa pedia ó padecer ó morir, y entrambos se hallaban colmados de gozo en medio de sus aflicciones (1).»

Cuando la anciana hubo concluido su lectura, dijo la madre de la muñeca, cuyos dientes habian hecho sobre las narices de su hija el efecto de un cáncer:

—*Mac* Juana, vamos á rezarle un *credito* al Señor *atao*?

—No se dice así, observó su hermana mayor, que se dice el Señor de la humildad; zonzona. Y si así lo dices, te castigará *Pae* Dios.

—¡Que no!—repuso muy sobre sí la chica:—que no sale de su cuadro.

(1) El Padre Bosch Cantellas, *Guirnalda Mistica*.

—Todo lo ha leido hoy *Mae* Juana sin espejuelos, observó la niña mayor.

—¿Sabéis, repuso la anciana, porqué conservo tan buena la vista? Es, niños mios, porque jamás ni nunca le negué una limosna á un ciego; y como me bendecian siempre con este voto, «DIOS OS CONSERVA LA VISTA,» el Señor los ha oido; porque ya saben Vds. que muchos *amenes* llegan al cielo.

En este momento, y como si los recuerdos de la anciana le hubiesen atraido, se oyó una campanillita.

—¡El pobre ciego! ¡el pobre ciego! gritaron los niños en coro. Y habiendo pedido y obtenido un ochavo y un pedazo de pan para el pobre, se arrojaron todos al zaguan.

Allí estaba el ciego con su fiel guia, su perrito, que llevaba en su cuello, pelado por el roce, la correa en que estaba sujeta la cuerda que guiada á su amo, y de la cual pendia la campanillita que le anunciaba. Parado estaba el inteligente animal delante de su amo, expresando con sus elocuentes ojos la triste súplica, que su amo no tenia ya sino en la voz. Su amo le daba el pan; ¡él daba á su amo su mirada! Aguardaba el pobrecillo con aire humilde, baja la cola hasta tocar el suelo, como el saludo del necesitado, fijando en los niños sus ojos tristes é inquietos.

Trácnos esto que vamos describiendo, á la memoria un pasaje de Chateaubriand en el *Génio del Cristianismo*, en que dice: «Sin religion no hay sen-

«sibilidad. Buffon admira por su estilo; rara vez en-«ternece. Leed su admirable artículo sobre el perro: «todas las clases de perros están incluidas en él; uno «solo falta, que es el perro del ciego; y este seria el «primero que un autor religioso hubiera tenido pre-«sente.» Y tened vosotros presentes, incrédulos es-pañoles, hijos, discípulos é imitadores de la incredu-lidad francesa, que vuestra madre, maestra y mode-lo, ha respetado la gran reputacion de su gran escri-tor Chateaubriand con el buen sentido y delicado gusto con que un soldado de la república saluda al sepulcro de un vendeano.

—Chiquito, Chiquito, ¡pobre Chiquito! decian los niños al perrillo, que se deshacia en fiestas apénas hubieron dado su limosna al ciego;—¿tienes calor? ¿tienes sed? ¿estas cansado?—El animalito saltaba, les lamia los pies, dando unos gemidos al mismo tiempo tristes y alegres, como es triste y alegre el enterne-cimiento.

Pero en aquel instante se oyó un fuerte y sordo gruñido. Chiquito dió agudos chillidos, pues Cubi-lon, que era poco hospitalario y rigidísimo guardian de la inviolabilidad del hogar doméstico, se habia echado sobre el intruso, le habia derribado y le aplas-taba con sus enormes patas.—¡Cubilon! ¡Cubilon! bárbaro, pícaro, ¡*desalmado*! gritaban los niños; y para hacerle soltar su presa, uno le tiraba de una oreja, el otro le descargaba puñetazos sobre el hoci-co, la niña mayor le tiraba á todo tirar de la cola, y

la mas cnica, con el denuedo y esfuerzo que solo pueden dar unidos el coraje y la generosidad, traia una escoba, alcanzando justamente sus fuerzas á dejarla caer sobre el lomo del delicuente. Un perro, que tiene la fuerza y ferocidad de un leon, tiene para aquellos niños que ha visto nacer, y á quienes quiere, la dulzura y sufrimiento de una oveja; y aguanta humildemente tanto castigo é ignominia, sin moverse ni chistar, cuando solo con sacudirse puede lanzar á sus implacables verdugos á diez pasos de distancia. Suelta Cubilon su presa, y se va con las orejas y la cola gachas al lado de su amo; da unas cuantas vueltas al rededor, suspira como un fuelle, y se deja caer con todo su peso, dando tal costalazo que se cimbrea todo el cuarto.

Los niños se entraron en el patio despues de haber seguido con la vista al ciego y á su perrito, que de cuando en cuando volvia la cabeza, como para darles de nuevo las gracias por su limosna y su intervencion generosa.

Al ver el gallo acercarse aquel torbellino, irguió la cabeza, levantó una pata, y miró fijamente al nublado, como el marino al de la tempestad que se acerca.

—Apuesto,—dijo el mayor de los niños á la madre de la muñeca. feroz canibal que habia devorado los brazos de su hija y habia dado sus piernas á Chiquito,—apuesto á que no sabes lo que dicen los gallos cuando cantan

—Dicen *quiquiriquí*, respondió la niña.

—¡Qué *tupios* tienes los sentidos, Margarita, simplona!

—¿Y tú lo sabes, *chacho*?

—Sí que lo sé. ¡Desde que nací lo sé, mira tú!

—Pues *ímelo*.

—No me *á gana*.

—Anda, chacho, *ímelo*, y te doy la moña de mi muñeca.

El *chacho* alargó la mano, y Mariquilla, con el desenfado de otra Dálila, arrancó la castaña á su muñeca, y se la dió á su hermano, el que en cumplimiento de lo ofrecido, abrió su boca, y empezó á un tiempo á hacer un picadillo de la castaña y la siguiente relacion:

—Mas de mil años há, vinieron al reino de España unos enemigos—mas malos que *Arrancao*, mas feos que *Geta*, y mas desalmados que Judas,—que se llamaban franceses. Se llevaron al Rey de España por traicion, sin que lo supiese la gente, que no le queria dejar ir; le hicieron prisionero esos *in linos*, y metieron á su *Sagrada Real Magestá* en un cepo, sin darle mas que pan y agua.

—¡Jesús! exclamó Mariquilla; ¿y por qué no los mató Pae Dios?

—Calla, mujer, repuso su hermano: Dios no mata á los malos; pero se van al infierno; que es peor. Saqueaban esos ferósticos los pueblos, hacian quemas de los trigos, mataban á todos los que

se les ponian por delante, pero en particular á los niños...

—¡María Santísima! exclamo Mariquilla.

—¡Y á los gallos! dijo en voz honda, concluyendo su peroracion el muchacho.—Así era, continuó, que los niños y los gallos les tenian mas miedo que al Bú.

—¡Pues no se lo habian de tener á esos Herodes! opinó Mariquilla.

El narrador prosiguió:

—Cuando un gallo veia con sus ojos amarillos como dos estrellas, que alcanzan á ver de dia y de noche diez leguas á la redonda, asomar por algun lado á los franceses, con un rey tuerto y borracho que traian por delante, se ponia á cacárear para avisar á sus hermanos, que al instante le contestaban.

El niño se puso á remedar con perfeccion el canto de los gallos en el siguiente diálogo:

¡Franceses vienen!
—¿Cuántos son, dí?
—¡Son mas de mil!
—¡Triste de mí!!!

—¿Y por eso cantan de noche? preguntó muy convencida Mariquilla.

—Sí, se les quedó la maña. Desde entonces no duermen mas que una hora.

—¿Cómo lo sabes, chacho? ¿Te lo han dicho ellos:
—No; pero me lo dijo el monacillo; mira duermen?

Una hora el gallo,
Dos el caballo,
Tres el santo,
Cuatro el que no lo es tanto,
Cinco el peregrino,
Seis el teatino,
Siete el caminante,
Ocho el estudiante.
Nueve el caballero,
Diez el majadero.
Once el muchacho,
Doce el borracho.

No habia vuelto Mariquilla de su sorpresa, cuando su otro hermano, tirándole vigorosamente del brazo, la hizo voltear y darse de narices con él.

—¿Tampoco sabes, dijo, lo que dicen las golondridrinas, mujer?

—No, respondió Mariquilla, atónita.

—¡Vaya, que estas en Babia, tonta!

Y el sabio versado en lenguas orientales, imitando admirablemente á las golendrinas en su gorgéo psecipitado,—esa alegre algarabía que concluye en un prolongado pitío tan suave, tan monamente recalcado como el beso de una Madre al hijo á quien cria,—con suma ligereza se puso á decir:

Fuí á la mar, vine de la mar,
Y labré mi casa sin piedra ni cal,
Sin azada ni azadon,
Y sin ayuda de varon,
Chicurrí, chicurrí
Comadre Beatriiiíiz!

La niña abrió la boca y los ojos, y levantó la cabeza para atender á las golondrinas, que se ocupaban en hacer sus nidos debajo de las tejas. Allí acudian tan honestas con sus túnicas blancas y sus mantos negros, buscando casas felices y pacíficas por simpatía, pues es fama que traen consigo á ellas la paz y la felicidad. Así, ¿quién es el que no quiere á las golondrinas, esas precursoras de las flores, esas personificaciones de la buena fé y de la confianza, que dicen al hombre, al jornalero como al Rey: *¿Tu techo es nuestro techo?*

—Verdad es, verdad es, murmuraba la niña. Pero cuando bajó la vista, un grito de espanto y dolor brotó de sus lábios. Era el caso que un gatito negro, aprovechando los momentos de profunda abstraccion de Mariquilla, se habia apoderado de la muñeca de pan; muñeca que, á semejanza de las buenas estátuas antiguas, aun atrozmente mutiladas, sin piernas, brazos ni narices, conservan gran mérito y son tan apetecidas.

Por mas que aquella desconsolada Céres corrió tras de su Proserpina, no alcanzó al negro Pluton, que con su presa estaba ya fuera del alcance de la

da Madre, no debajo de la tierra, como el otro
51 sobre el tejado.

Este fué el fin de la muñeca de pan, que vivió *aun ménos de lo que viven las rosas*, tipos de la brevedad de la existencia

—Juan de la Cruz,—dijo la buena anciana á su nieto cuando bajó de la escalera, despues de colgar la arana;—¿has tenido cuidado de ponerle la guirnalda de flores á la Cruz del Pinar?

—Si, señora, Mae Juana, contestó su nieto.

—No se te olvide llevarle mañana otra fresca, hijo, prosiguió la anciana. Mi madre era ama del cura, y le oia yo decir á su merced una relacion de la Cruz, de que era muy devoto; siempre tengo en la memoria esto que decia:

¡Oh, Cruz alma! ¡Oh, suave
Camino al cielo! ¡Ponte interc:dicnte
Como del cielo llave...
. . . . . .
Esos ramos extiende,
Y en su divina sombra nos defiende. (1

Sed devotos de la Cruz, que en todo CON ESE SIGNO VENCEREIS. No se te olvide la guirnalda, hijo.

—Descanse Vd., Mae Juana, respondió su nieto, que antes le faltarán al sol sus rayos, que á la Cruz del Pinar su guirnalda.

(1) Lope de Vega.

Entretanto habia entrado el Padre de los niños: la Madre habia puesto la mesa, y colocado sobre ella una gran cazuela de arroz con almejas, y otra de habas y lechugas, cuyo sabroso olor sobrepujó en breve al suave perfume de las flores, como sobrepuja siempre lo útil á lo agradable.

¡Magna sentencia, que salmodian como chicharras los discípulos del nuevo culto de San Positivismo!

CAPITULO III.

LAS FABRICAS DE LOZA DE TRIANA PUESTAS EN EL LUGAR QUE LES CORRESPONDE.—JUAN PALOMO Y PEDRO PALOMO ¡QUE BUEN PAR DE PICHONES!—EL SILENCIO, AL REVES DE MUCHAS COSAS QUE VEMOS Y QUE NO TIENEN NOMBRE, ES UN NOMBRE SIN COSA.

¡Hijo prudente del temor cailad
Y la tiniebla muda!
Hermano del sosiego y del reposo!
A tí buscando voy por monte y prado.

ODA AL SILENCIO, DE SOTO DE ROJAS.

En la noche de aquel mismo dia, dos hombres de mala traza habian tomado posesion de la única mesa y de los dos únicos bancos existentes en la venta de que hemos hablado.

Colgaba en la pared un candil de hierro súcio, que con unas borras de mal aceite y una espesa mecha—que echaba un tufo negro como una chimenea de vapor,—esparcia una luz amortiguada, vacilante, rojiza, como si hubiese sido el resplandor de un

hachon arrimado á la pared; sobre la mesa habia un jarro de vino de loza de Triana. Vamos á describirlo, pues lo merece. En la parte delantera de aquel jarro, una mano maestra, una Mme. Jacotot de Triana (1) habia pintado con un azul impuro, sobre un fondo blanco sucio un animal apocrifo, como lo son las quimeras, arpías el pelicano, el dragon con aliento de fuego, el hipógrifo, el fénix, la salamandra, el basilisco, el unicornio, y otros muchos que componen la graciosa casa de fieras de la Imaginacion, rápida Atalanta que vence en su veloz carrera á la realidad. Esta moderna creacion fantástica no era bella ni elegante; y si acaso tiene esta especie algun orígen autorizado ó algun sentido simbólico, no hemos podido ni comprenderlo ni averiguarlo. Pertenecia su cabeza á no dudarlo,—en vista de las astas fieras que la ponian en un respetable estado de defensa,—al ganado vacuno: el arca del cuerpo era en figura y dimensiones de ballena; las piernas ó patas, de cigarron y la bien poblada cola, de caballo.—Creemos que en Triana, su patria, se dá á este bicho sobrenatural el nombre de toro.—Si estos jarros fuesen exportados, como deberian serlo, no hay duda que aumentarian la fama que ya gozan en el extranjero, Montes, Cúchares y Redondo, si con

(1) Mme. Jacotot es la famosísima miniaturista, cuyo hábil pincel dá un mérito inestimable á los objetos de China de la fábrica de Sèvres, que sirven para los regalos régios.

sideraban que estos hombres matan en un dos por tres á semejantes móstruos. ¡Un toro del tamaño de una ballena, y que saltase como un cigarron! ¿Dónde ibamos á parar?

Antes de proseguir, y despues de la de los productos es preciso tambien hacer una mencion honorífica de las fábricas, respetables decanas de todas las fábricas europeas. Cien años cuentan las de Sévres: ahora veremos lo que es esa antigüedad y cuán frescos son esos pergaminos en comparacion de la antigüedad y no interrumpida filiacion de las fábricas de Triana. No pondremos como prueba de esta remota antigüedad, los menciona los animales, calificándolos de antidiluvianos, como podriamos hacerlo sin que nadie tuviese el derecho de impedirnoslo: pero como tendrian el de dudarlo, traerémos pruebas mas irrefragables, pues el asunto es mas serio de lo que parece.

Murillo pintó un cuadro de las Santas Justa y Rufina, Patronas de Sevilla, que eran, como es sabido, lozeras.—Este cuadro ha pasado de Capuchinos al Museo de Sevilla, y así, todo el que quiera cerciorarse de la inmutabilidad de estas fabricas, podrá hacerlo comparando los productos de ellas, que ha pintado el gran génio de Sevilla al pié de las Santas, con los que hoy se fabrican, y verá como son idénticos.

De esto hay doscientos años. Y si Murillo tuvo la advertencia—como es de creer que la tuviese al pin-

tar estos accesorios—de asegurarse de que fueron los que en el año 287 vendian las Santas, se deducirá claramente, que esas respetables fábricas cuentan 1600 años; por lo cual tienen todo el interés de una momia viva, y de un *statu quo* en perpétuo movimiento. ¡Y nadie observa, nadie admira esto! Escandaliza tanta indiferencia por tal fenómeno de duracion y de inmutabilidad, en un siglo en que todo varía, todo es nuevo... hasta,—y sobre todo,—el modo de andar!

Triana ha visto levantarse orgullas las elegantes fábricas de Sévres, de Sajonia, de San Petersburgo, de la Granja y otras, dando á luz diversas generaciones de productos brillantes, ya á lo indio, ya á lo japonés, á lo etrusco, á lo griego, á lo chino y á lo rococó, sin envidia y sin la mas mínima emulacion. Solo una taza frailera le dijo á una hacia: *Chi va piano, va sano: chi va sano, va lontano.* Así estas nobles matronas, sin cuidarse de la Pompadour, ni de sus amorcillos cachetudos y alados, ni de sus flores subidas de color,—como las Duquesas de aquella época lo estaban con su colorete,—han seguido fomentando la buena casta de sus animales extrambóticos y pájaros extravagantes, con una constancia única en su clase.

Deben hacer los anticuarios una liga defensiva y *protectoral* para preservar las fábricas de Triana de toda agresion por parte del progreso, que sería una profanacion. El progreso cuando pasa por estas fá-

bricas con todo su ejército, debe imitar el ejemplo de otro innovador, el Mariscal Soult, el que á su entrada en Sevilla, al pasar por ante las pilas de productos estremadamente domésticos de las fábricas de Triana, se quitó el sombrero y gritó á sus legiones:—¡Soldados franceses! ¡diez y seis siglos os están mirando! (1).

Volvamos á nuestros huéspedes de la venta; de los cuales decia el ventero á su mujer, mirándolos de soslayo.

—Juan Palomo y Pedro Palomo, ¡qué buen par de pichones!!! En seguida daba una vuelta por el aposento en que estaban los huéspedes, cantando su motete, primero á *sotto voce* las dos primeros sentencias,—*vamos entrando*, *vamos bebiendo*;—y sacando luego un vocejon de sochantre para acabar la segunda parte— *vamos pagando*, *vamos saliendo*!

Pero eran en vano los paseos y los esfuerzos que hacian los pulmones del ventero, pues el *par de pichones* ni pagaba ni salia.

—¡Mal haya, decia el uno dando un puñetazo sobre la mesa, ese condenado á muerte, que nos tiene aqui aguardándole mas de dos horas!

—Compadre Pimienta, dijo el otro que parecia mas cachazudo; los Reyes son Reyes y aguardan!...

(1) Recuerdo feliz de la célebre alocucion de Bonaparte á sus soldados, al pasar por delante de las Pirámides de Egipto: ¡Soldados franceses! ¡desde lo alto de esas Pirámides, cuarenta siglos os están contemplando!

—Pues yo no soy Rey, y no quiero aguardar, sino á la muerte. Me voy...

—¿Adónde? preguntó al entrar un hombre alto y de feroz aspecto, acercándose á la mesa con aire de amo.

El que así era interrogado, que se habia ya puesto en pié, se volvió á sentar, y dijo en tono mas templado.

—Tienes grillos en los pies, que dos horas há nos tienes aquí de planton?

—No he venido antes, contestó el recien entrado, porque no he querido venir, Vamos á ver, ¿qué hay que decir?

Su interlocutor no respondió, puesto que el que le dirigia la palabra habia sido soldado de marina y baratero, y no habia valenton ni rufian que le levantase el gallo. Los otros dos, de quienes decia el ventero,—gran conocedor de la especie,—que eran un buen par de pichones, tenian entre los dos tela para ahorcar á cuatro. Era el uno un desertor, que tenia sobre su conciencia una muerte; el otro, un presidiario fugado.

El recien llegado tendió la vista alrededor, y no hallando en que sentarse, fue á la cocina á pedirle un asiento á la ventera.

—No hay, contestó la mujer—á la que, aquella tórtola que venia á unirse á los pichones, no hacia ninguna gracia;—no hay sino dos, que están en el aposento; sino le acomodan, siéntese en las astas de un toro, ó plántese en la del rey.

El matón no hizo caso ninguno de lo que decia la mujer; cogió y levantó por alto la primera silla que tuvo á mano, y se fué á sentar á la mesa con los otros dos.

Mucho hablaron, bebieron y gesticularon; la conferencia se había ido acalorando y elevandose gradualmente á disputa, con los vapores del vino. Trataban á la sazon de cual de los tres seria capaz de hacer la mayor proeza.

El desertor y el presidiario ponderaban sus hazañas pasadas, y anunciaban aun mayores para lo sucesivo.

—¡Puro jarabe de pico! dijo en voz bronca el baratero á sus compañeros;—pongo cuanto hay á que ninguno de los dos es capaz de hacer lo que yo.

—Jactancia andaluza, repuso el presidiario, Yo hago lo que hagas tú, ú otro hombre, sea el que fuere; ¿estás?

Oyóse en este instante una voz fuerte, pero poco melodiosa, que cantaba: *Vamos pagando, vamos saliendóóóó.*

—Calle ese buho que canta de noche, si no quiere que le toque yo un son para que baile una gaita gallega, que le dé calentura, gritó el baratero. Y á vosotros, digo, presiguió dirigiéndose á los otros, que no haceis lo que yo.

—¿El qué? preguntó el presidiario.

—Matar en saliendo de aquí al primero que se me ponga por delante, mas que sea el lucero del alba:

pero no á traicion; sino como leal y valiente, cara á cara, dejándole que se defienda como pueda y quiera.

—¿A qué alborotar el mundo sin sacar provecho? opinó el desertor.

—Es que este, añadió el presidiario señalando al baratero, tampoco lo haria. ¡Jactancia; parola, mucho ruido y pocas nueces, como dice el refran; fanfarronadas!

—¡Por el alma de mi Madre! gritó el baratero furioso y levantando el brazo; ya vereis si es jactancia! Mire Vd. quién habla de fanfarronada andaluza, ¡un valenciano!!! ¡por *vía* del Dios Baco!

Como estaba en mangas de camisa, se remangó esta cuando levantó la mano, descubriendo el musculoso y velludo antebrazo, sobre el cual se veia una cruz azul impresa allí con pólvora, como las que suelen dibujarse los marineros.

—¡Vaya que eres buen cristiano! dijo al verla con mofa el presidiario.

—No soy buen cristiano; que soy mal cristiano, respondió el baratero. Pero no soy impío como tú: ¿estás? ni he ido á renegar á los presidios de los moros, ¿estás? Ni soy hereje, ni soy judío, ¿estás? Acato la cruz; que eso lo mamé con la leche de mi madre, —¡Dios tenga su alma!—y el demonio la mia, si no hago callar, por y mas tiempo de lo que quisiera, al que á esto tenga que decir: ¿estás?¡

¿Qué contraste formaba aquel aposento súcio, con su moribunda, roja y vacilante luz, su cargada at-

mósfera, aquellos hombres fieros, sin hogar, sin asilo, sin amores ni lazos en esta vida, sus destempladas voces, roncas y avinadas, sus carcajadas y blasfemias; con la fresca, pura y tranquila noche de mayo bajo la engalanada bóveda del cielo! La mar, que con la ausencia del viento estaba en calma, como una fiera no acosada, reposaba en silencio mirando al cielo, como para aprender de él á no agitarse; lo que hace sobreponiéndose á las nubes y neblinas que exhala la tierra. Formaba la mar, asi tranquila y contemp'ativa, tan mágico espejo á la luna, que le daba el brillo que en el cielo no tenia. Suaves olitas venian, como á escondidas, á tenderse sobre la tersa arena de la playa, y se iban calladas, como para no despertar á las olas grandes que se las tragan. La suave luz de la luna se habia apoderado de la trabajada naturaleza, como el sueño benéfico y tranquilo, de un agitado enfermo.

Oianse mil susurros indistintos y leves, que son quizás cantos de las flores; ecos que suenan en las concavidades de los aloes ó pitas; el suspiro de la mariposa, á la que pesan sus alas, y que no obstante no quiere desprenderse de ellas, porque recuerda que sin ellas era oruga; las respiraciones de la noche que duerme;—rumores todos demasiado ténues para que puedan discernirlos nuestros toscos oidos!—¿O será que resuenan en el aire el ruido del dia desde el otro hemisferio? Puede que así como ha inventado el nombre el microscopio, que aumenta para la vista

un millon de veces el tamaño de los objetos, andando el tiempo se invente un instrumento para el oido, que aumente un millon de veces la fuerza de los sonidos y entonces nos descubra, como lo ha hecho el microscopio, muchos secretos.

¡Dios mio! ¿Qué soberbio y nécio materialista inventó la palabra *imposible*? ¡Imposible! ¿Hay acaso algo que lo sea para el Autor de tanta maravilla? ¿*Imposible* decis, topos de la tierra, cuando solo la combinacion de algunos vidrios, que aumentan vuestra facultad corporal de ver, os lanza un mentís á la cara!—Nada imposible hay para el poder de Dios, ni otro diluvio; ni hacer caer el fuego del cielo sobre la tierra, como en Sodoma y Gomorra. Asi como tampoco hay nada imposible para su misericórdia; ni aun el conver iros! Y creed que el dia en que volvais á la casa paterna, todos los fieles os recibiremos, no como los Fariseos que no querian rozarse con los impuros, sino como su Padre al hijo pródigo; y os daremos un lugar de preferencia, pues mas habreis hecho en volver, que nosotros en no salir.

Mas volviendo á la escena que pintábamos, solo se oia distintamente el chirrido del grillo que partia el silencio de la noche como una sierra.

¿Por qué cantan en lugar de dormir esos desvelados? ¿por qué es tan incansable su furor filarmónico?

—¿Es solo en ellos una espresion de amor, ó están dotados del sentido musical? ¿son amantes, ó son *dilettanti*? ¿O son acaso, como los muchachos, ene-

migos declarados del silencio? Bien podrá ser esta última suposicion la cierta, porque el silencio y la inocencia,—que son las dos cosas mas bellas que en el mundo se pueden hallar,—son tambien las dos que tienen mas enemigos y perseguidores.

¿No habeis notado, como nosotros, el inesplicable encanto del silencio, que es un goce moral y físico; y no habeis observado tambien cuán difícil y sica imposible es llegar á disfrutarlo? Podeis creernos, pues sobre esto hemos hecho un estudio muy especial y profundo: el silencio absoluto en la naturaleza, y la calma inalterable en el corazon, son goces rarísimos. Del primero solo disfrutan los sordos; de la segunda solo gozan los justos.

Andan los poetas tras del primero; los filósofos tras la segunda: los alquimistas tras el oro artificial: todos con poquísimo éxito. De las ciudades, hormilgueros de toda clase de hormigas y hormigones,—huye el silencio por verse poco apreciado: en el campo, algo se detiene, á pesar de que le acosan de mancomun los pájaros, que cada uno de por sí se cree un ruisenor, el insecto que prefiere el monótono recitado al variado canto, el viento que suspira, las hojas que le hacen coro, y aun el agua que sale de los cangilones de las norias, como el niño del vientre de su madre, ensayando su voz.

Hémosle buscado en alta mar en dias de calma chicha; ¡nada! Si no lo creis, vosotros que teneis la dicha de no haber entregado vuestra alma al diablo,

ni vuestra persona á la mar—lo cual es otra diablura —preguntádselo á un marino, á uno de esos hijos del Océano, que no saben sino llegar y partir, como las pájaros; y confiando en sus alas no temen las distancias, y confiando en su estrella, no temen los peligros. Ellos os dirán que en tales dias,—á pesar de que parece la inmensidad del mar y la del cielo un gran reloj parado, al que Dios se olvidó de dar cuerda, — á lo mejor se le antoja á un grave pez echarla de saltimbanquis, y despues de hacer brillar sus escamas al sol, cae pesadamente dando un ruidoso zarpazo.—El barco, cansado de su forzoso *farniente*, se inclina y espereza, crugiendo sus coyunturas como las del Rey D. Pedro, y el mar hace gorgoritos alrededor del timon, como para probarle que su flexible voz canta de tiple así como de bajo.

Hemos buscado con mucho afan y con preferencia el silencio en las iglesias; pero tambien allí una legion de resfriados se ha pronunciado unánimemente contra él.—Me objetareis que se hallará de noche, puesto que siempre los poetas pintaron como gemelos á la Noche y el Silencio; ¡cosas de poetas que sueñan despiertos, y hacen rimar las palabras, sin cuidarse de que rimen las ideas! Y si no, ¿acaso no oís un coro poco angelical de mosquitos, que se esmeran en anunciar á son de trompa su poco amena presencia, las cornetas bélicas con que amenazan con su sangriento ataque, el afan con que buscan un postigo mal defendido ó una brecha al mosquitero

de gasa, ese murallon, esa trinchera inexpugnable!

Esto en verano. ¡Pues y en invierno! ¡Dios nos asista! El viento nos da unas serenatas á toda orquesta, capaces de helar la sangre en las venas á las Pirámides; los serenos sacan unas voces de sus gargantas, ó de debajo de tierra, que son sonidos incalificables é inusitados de dia. Los gatos *ultra-románticos*, desdeñando la clásica *melancolía*, acuden á la moderna *desesperacion* para interesar á las pulcras gatas, que no consideran decente un paseo por el tejado á deshora.—Las gotas de lluvia de los aguaceros, parecen un ejército de soldaditos de cristal respondiendo á la lista.

Es, pues, preciso desengañarse: EL SILENCIO ES UN NOMBRE SIN COSA; una dulce ilusion irrealizable, una utopía, soñada por un Platon que se metió algodon en los oidos; una delicia que inventó Mahoma para su paraiso imaginario; y por eso dice en su Coran que LA PALABRA EN PLATA, Y EL SILENCIO ES ORO.—Es el silencio un sueño, un mito, una supersticion: ha huido de la tierra con hastío, y reina el las nubes, adorable sultan en su puro y delicioso serrallo.

CAPÍTULO IV.

LA MISA DE ALBA.—EL ROMANCE.—EL PINAR,—EL BRAZO DE LA CRUZ.—EL EX-VOTO.

Laissons les cloches rassembler les fideles; car la vois de l'homme n'est pas assez pure pour convoque au pied des autels l'inocence, le repentir et le malheur.

CHATEAUBRIAND.

Dejemos á las campanas reunir á los fieles, pues que la voz del hombre no es bastante pura para convocar al pie del altar al arrepentimiento, á la inocencia y al infortunio.

Si les cloches eussent été atachées á tout autre monument qu'á des églises, elles eusent perdu leur sympathie morale avec nos cœurs.

IDEM.

Si las campanas se hubiesen adaptado á cualquier otro monumento profano, hubieran perdido la simpatía moral que tienen con nuestros corazones.

Si existe un sonido que vaya en derechura al corazon, que llene el alma de santa alegría, y bañe los ojos de suaves lágrimas de gratitud, es el sonido de

la campana, cuando al alba,—ágil y clara ella sola en el *duerme vela* de la naturaleza,—hace, como dice el gran poeta católico Chateaubriand, *mensageros del culto á las nubes y á los vientos.*

Grandioso es el son de bronce de las campanas, cuando en coro repican á una solemnidad religiosa, ó anuncian un fausto evento al pais; grave y solemne cuando, segun la expresiva frase popular, *llaman al muerto á la tierra*; pero es á la vez sencillo y grave, solemne y alegre, cuando tocan á la misa del alba, anticipando á toda faena humana el Divino Sacrificio!

No parece sinó que no quiere irse la noche sin haber oido aquellos santos y suaves sonidos, y que el dia no se atrave á llegar sin que ellos le llamen. Asi es que se está el alba muda, inmóvil y pálida como una lámpara de alabastro, alumbrando á la naturaleza con su débil luz sin despertarla, como una madre alumbra con la lamparilla á su dormido hijo, mientras la noche, apoyada en el Occidente, extiende sus velos que caen pesados de rocio, y anima á sus sombras que desmayan y caen por tierra.

Pero cuando se despierta el corazon del mundo, —esto, esto es el hombre, que piensa y siente,—son sus primeros latidos los toques de aquella campana que anuncian el Santo Sacrificio, como son los primeros sonidos que articula el niño, la voz de *Padre*. Entónces la noche, recogiendo sus estrellas como el avaro su tesoro, huye y se desvanece como un mal pensamiento ante la luz de Dios, tan clara y tan pura

en la naturaleza, cuando ningun nublado le hace sombra, como en el entendimiento del hombre, cuando ninguna duda fria y amarga la oscurece. Santos y puros sonidos que esparce por el aire la campana esa voz del templo, y que bajan sobre la tierra como notas ó acordes sueltos del *Hosanna*, que entonan los ángeles del cielo á su Dios. ¡Qué melodiosos son, que pacíficos, y qué dulces y alegres!—Y lo son, porque todo eso promete la religion al que la ame y la practique: ¡paz, dulzura, alegria y melodías santas en el corazon!

Con estas salia Juan de la Cruz aquella madrugada, de la iglesia,—en la que habia oido la misa de alba,—y al dirigirse hácia la Cruz del Pinar, llevando en una cesta la fresca guirnalda de flores que iba á colgar de los brazos de aquel Santo Signo de nuestra redencion,—iba cantando con pura y clara voz este romance:

Hoy que celebra la Iglesia
El misterio sacrosanto,
Cuando hallara Santa Elena
Aquel signo consagrado,
Que es el terror del infierno
Y consuelo del cristiano;
Salid a coger las flores
Que nacen en nuestros prados,
Tejed con ellas guirnaldas
Y vestid la Cruz de ramos,
Cantad con el avecilla
Que hace su nido en el árbol,

Load al que nos crió,
Y que murió por salvarnos.
Coged, cristianos, las flores
Yvestid la Cruz de ramos
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de Mayo.
Aquel divino trofeo,
Como pronóstico santo.
El invicto Constantino
Miró en el cielo estampado,
Y Santa Elena llegó
A los lugares sagrados,
A descubrir el tesoro
Que salvó al género humano,
Y halló el lugar escondido
A donde estaba encerrado
Aquel diamante del cielo
Perdido por tiempo tanto
Cantad loóres á la Cruz,
Salid por vegas y campos;
Coged las flores mas bellas
Y vestid la Cruz de ramos,
Pues os las brinda la aurora
De esta mañana de Mayo.

Seguia Juan la vereda derecha y blanca, abierta por entre la espesa maleza, como una raya en una crespa cabellera, y que guiaba á la Cruz del Pinar. Ya la distinguia sobre su sencilla base redonda, blanqueada para la apacible fiesta de la Cruz; ya veia á ésta con sus brazos abiertos—como para implorar á Dios ó como para abrazar á los hombres;—ya miraba la guirnalda que anteriormente habia colgado en sus brazos con sus mústias flores, como si las hubie-

sen ajado las lágrimas y marchitado el dolor; ya oia el murmullo de las hojas de los pinos, tan suave que siempre parece lejano, como dulce y remota esperanza; tan melancólico como un recuerdo de lo que dejó de existir; indeciso, vago, indistinto como el primer *sí*, que arranca el amor autorizado á la vírgen tímida, criada en el rádio de la mirada de su Madre y á la sombra de las alas del ángel de su guarda,— cuando de repente vió salir del pinar á un hombre. Aquel hombre, de insolente y duro aspecto, se le vino acercando á pasos precipitados, y cuando estuvo al alcance de la voz:

—¡Atrás! le dijo con toda la insolencia de la osadía y el despotismo de la violencia.

Si Juan de la Cruz hubiese tenido tiempo para reflexionar, al verse ante tan temible antagonista, y no teniendo ningun interés en exponer su vida para resistir á un foragido, hubiese prudentemente abandonado el campo, y cortado así un lance, en que habia mucho que perder y nada que ganar. Pero no dando lo repentino del suceso tiempo á la reflexion, Juan de la Cruz, cediendo á un primitivo instinto de sencilla independencia y á un expontáneo brote de valor, fijó en su agresor la serena mirada de sus grandes ojos pardos, y prosiguió pausadamente su camino.

—¿No me has oido? dijo ásperamente el provocador agarrando al inofensivo y desarmado jóven por un brazo.

—Vamos, repuso Juan de la Cruz, desprendiéndose del brutal apreton del desconocido, ¿á qué me provocais? ¿Acaso os estorbo? ¿No hay lugar en el campo de Dios para ambos?

—¡Atrás! volvió á decir el forastero.

—¡Id con Dios, y dejadme en paz! repuso Juan de la Cruz, dando un paso adelante.

—¡Atrás! gritó por tercera vez el provocador, y si no, defiéndete,—añadió apuntándole con su escopeta,—puesto que ó te vuelves atrás, ó te dejo en el sitio!

Juan de la Cruz, ligero y agil, se echó sobre su adversario, le cogió la escopeta con la rapidez del rayo, y el tiro se disparó al aire.

Todo esto fué hecho antes que pensado. El baratero,—pues era él,—se quedó un momento suspenso y atónito de sorpresa y de rabia.

—¿Esas tenemos? murmuró sacando su navaja; ¡chiquillo, prepárate! defiendete, y encomienda tu alma á Dios.

Diciendo esto, se precipitó sobre Juan de la Cruz: éste se defendió con prudencia y denuedo, tratando de parar los golpes de aquel furioso: pero siempre retrocediendo y perdiendo terreno, salió del camino, y enredándose sus piés en los matorrales de la dehesa, el infeliz perdió el equilibrio y cayó de espaldas, arrastrando en su caida consigo á su implacable antagonista. Este sujetando con una mano á su indefensa víctima, que no podia ya hacer resistencia, y

levantando con la otra el arma homicida, iba á descargar el golpe, cuando paró el ímpetu de su brazo y detuvo su accion, un objeto de mas fuerza y consistencia que las carrascas y palmitos, y que no habia cual estos, cedido al peso de los cuerpos de los combatientes, y que así se vino á interponer entre el brazo del asesino y el pecho de su caida víctima. Fijó el primero sus feroces y sangrientas miradas lleno de rabia en este objeto... y... ¡no pudo apartarlas de él! Los músculos contraidos de su rostro se dilataron; sus miradas parecieron retroceder hácia dentro, como un áspid en la tierra; sus brazos cayeron inertes sobre sus costados. Aquel objeto que habia extendido un brazo protector sobre el pecho del inocente, era... ¡una Cruz!

—Bien puedes dar gracias á Dios, dijo el asesino levantándose, por el escudo que ha puesto sobre tu pecho.

Diciendo esto, se alejó precipitadamente, y desapareció en el pinar.

La Cruz que salvó á su devoto, habia sido erigida, segun la piadosa costumbre de nuestro país, en aquel lugar, porque allí habia sido muerto por un toro un pobre ganadero.

Las carrascas y matorrales que habian crecido despues, habian ocultado la humilde Cruz de madera.

Algunos momentos despues colgaba Juan con mano aun trémula y agitada, la fresca guirnalda,

que regaba con lágrimas de gratitud, en los brazos de la Cruz del Pinar, y hacia voto de perpetuar la memoria de su milagrosa salvacion por ella, conservándola expuesta en un cuadrito, que como testimonio de su fé y gratitud suspenderia en el altar de la Cruz para edificacion de las almas piadosas.

¡Y este era el EX-VOTO que tanto habia escandalizado el *decorum* protestante! De esta piadosa ofrenda de la fé y de la gratitud era de la que decian los que *nos quieren convertir*.

—Es una gran irreverencia, dijo Mister Hill.

—Un desacato, querido; respondió el otro.

—Una ridiculez, amigo.

—Una impropiedad, *Sir*.

—Una profanacion, *dear*.

Y ahora,—despues de comparar el hecho católico con la interpretacion protestante,—¿habrá entendimiento de buena fé, ni corazon sano, que no repita con nosotros las palabras de San Pablo: ¿«PORQUE ELLOS ENFERMAN, Y YO NO ENFERMO? ¿PORQUE ELLOS SE QUEMAN, Y YO NO ME QUEMO?

NOTA.

Por una singular coincidecia, mientras se imprimia esta narracion, han traido los diarios de Madrid copiada del *Diario de Tolosa*, la relacion de un atentado cometido en la frontera de Cataluña, en la que se halla el siguiente párrafo.

Hace unos dias que anunciamos la extradicion de Francia del llamado Juan Dastrada, acusado de asesinato.

Hé aquí segun el *Diario de Tolosa*, la manera con que se cometió aquel crímen.

Hace algunos meses que el acusado era propietario de una posada situada en la extrema frontera de Cataluña en un sitio aislado. En aquel paraje apenas se detenia alguno que otro pasajero. Juan, que era jóven y tenia una fisonomía agradable, se habia enamorado apasionadamente de la hija de un labrador, que habitaba en las cercanías; ella por su parte le amaba tambien; pero los padres no consentian en la boda, pretestando la pobreza del novio.

Desde que recibió esta negativa, el posadero tornóse triste, porque no tenia esperanzas de reunir el dinero necesario para llenar los deseos de los padres de la que amaba.

En esto pensaba una noche tempestuosa, cuando

oyó que llamaban violentamente á la puerta de su posada solitaria.

Era un hombre á caballo que perdido en aquellas brenas, y acobardado con el temporal, pedia hospitalidad por aquella noche. Juan le recibió encendió luz y fuego, y se puso á preparar la cena á toda prisa.

Mientras se ocupaba en esto, notó que el extranjero, cuyo trage indicaba ser un opulento personaje, tenia oro en abundancia. Una idea súbita cruzó por la mente del posadero: pensó que obteniendo por medio de aquel oro la mano de su amada, aseguraba la felicidad de su vida.

La posada estaba en lugar desierto, la noche tempestuosa, el camino solitario.

Armado de una larga navaja catalana, aproximóse Juan á paso de lobo al viajero que cenaba con mucho apetito, y agarrándole por detrás, le dió una puñalada en el pecho. El infeliz cayó bañado en sangre.

Juan quiso rematarlo; pero el arma tropezó con un Crucifijo que el estranjero llevaba en el pecho debajo de la camisa. Al ver este símbolo de nuestra redencion, tan venerado en España hasta por los hombres mas criminales, el posadero sintió que le faltaba el valor, ¡y no osó consumar el asesinato!

FIN DEL EX-VOTO.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Al concluir esta RELACION creemos que nuestros lectores nos agradecerán les demos á conocer el juicio que de ella formó el eminente MARQUES DE BALDEGAMAS. Hé aquí una esquela suya escrita á un amigo que le remitió el Es-voto para que lo leyese.

Amigo mio: Devuelvo á Vd. la linda novelita el EX-VOTO, *que he leido con un placer infinito. Es un compuesto de toques, pero dados por una mano ejercitada y maestra. Los principios, religiosos del autor no deberian ser elogiados en otros tiempos, como quiera que á nadie le es permitido tener otros si ha recibido el bautismo; pero hoy dia el cumplimiento del deber es una accion heróica, merecedora de prolongados aplausos. Que siga* FERNAN CABALLERO *por ese camino, y habrá merecido bien de la Religion, de la literatura y de su patria.*

De Vd. afectísimo amigo

DONOSO.

MATRIMONIO BIEN AVENIDO,

LA MUJER JUNTO AL MARIDO.

MATRIMONIO BIEN AVENIDO,

LA MUJER JUNTO AL MARIDO.

PROVERBIO EN ACCION.

PERSONAS.

NARCISA, jóven de diez y ocho años, mujer de GONZALO, Capitan de Artillería.
JACINTA, jóven de diez y nueve años, mujer de RODRIGO, Capitan de Artillería.

ESCENA I.

Una sala en una casa de Sevilla.

NARCISA.

Matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido.—Sí, sí; mil y mil veces me lo ha repetido mi madre: era su máxima favorita, la base fundamental del código matrimonial. Cuando mi primo Alvaro,

que ha estado en Francia, le decia que era ese un refran mas viejo que la Torre del Oro, y que olia á rancio, mi Madre se ponia furiosa: decia que las buenas máximas no envejecen, y que la verdad es eterna. Bien está; pues vamos á ver cómo pone mi Madre sus máximas en práctica.—Destinan á Cádiz al Regimiento de artillería, á los seis meses de haberme casado con Gonzalo; y esta señora, bajo pretesto de que la estada de los artlileros en aquella plaza no es permanente, dice que no vale la pena de poner casa; que soy muy jóven; que estoy muy bien á su lado, y otras especiosas razones. Determina que me quede aquí, á pesar de irse Gonzalo, y sin guardar consecuencia á su querida máxima, separa asi á la mujer de su marido, El resultado es que hace ya cuatro meses que está allá el Regimiento, y no se trata aun de su vuelta; y ni mi querida Madre se acuerda de aquel refrancito que no se le caia de la boca, ni Gonzalo tampoco. Todo se le vuelve escribirme unas cartas muy tiernas; pero entretanto apostaría á que se está divirtiendo en grande lo mismo que un soltero; y mucho mas ahora que viene el Carnaval, y yo entretanto, estoy encerrada herméticamente, puesto que dirá ese ausente marido: que entre dos que bien se quieren, con uno que goce, basta.—¡Esto es una atrocidad!—Me revelo contra las dos potestades: la materna y la conyugal, una vez que (segun dice Alvaro, que ha esatdo en Francia) son insoportables tiranías,—Tengo hecho mi plan, y si mi prima Jacin-

ta, que viene á pasar con nosotros el Carnaval, y que está en el mismo caso que yo, hace causa comun conmigo, llevarémos mi plan adelante.—Pero... ¡Jacinta es tan corta, tan pacífica! ¿Apuesto á que está pecfectamente conforme con su suerte?—Las gentes flemáticas deberian tener cada tres dias una calentura para descuajarles la sangre!—Pero suenan pasos... ella es.—¡Jacitna! *(Entra Jacinta, y se echan en brazos una de otra)*.

ESCENA II.

NARCISA.—JACINTA.

NARCISA. ¡Gracias á Dios que llegaste! pues si siempre hallé el mayor placer en verte, ¿cuánto mas será en esta ocasion en que canto, como lo hace mi Madre con añejas reminiscencias, *(canta)*

De mi juventud la flor
Paso en llanto y soledad?

JACINTA. Hija mia, las que como nosotras se casan con militares, tienen que llorar ausencias.

NARCISA. No lo creas; mi Madre me ha predicado siempre esta máxima: matrimonio hien avenido, la mujer junto al marido!...

JACINTA. Y la mia tambien.

NARCISA. ¡Pues ya ves!... pero cuando el feroz egoismo maternal entra en juego, se olvidan de sus

máximas las señoras madres; quien ve una las vé todas: tiranas por amor, irreflexivas por pasion.—Pero, hija mia, en cuatro meses de ausencia yo no sé lo que tú habrás hecho; yo me he aburrido mucho y he hecho sérias reflexiones.—¿Acaso te parece regular que este Carnaval estén tu marido y el mio divirtiéndose á dos carrillos, brincando en los bailes, riendo en los teatros; y estémos tú y yo llorando como dos Didos abandonadas?—Nada de eso.—En el santo matrimonio todo es divisible; lo bueno como lo malo; quien no mire bajo ese punto de vista á ese dios Himeneo que coronan de rosas, merece ser turco.—Asi en mi mente bulle un pronunciamiento.—Estoy compaginando una conspiracion, para la que he formado un proyecto magno.

JACINTA. ¡Ay Narcisa me asustas! pues si te se pone en la cabeza, lo llevas á cabo, por mas que de ello se te quiera disuadir.

NARCISA. ¡Por supuesto! mucho mas cuanto que me propongo poner en práctica la loable máxima que me inculcó mi madre. —Oyeme, pues.—Nuestros maridos (¡Dios los guarde!) son amigos y compañeros desde el colegio.—Seguramente viven juntos en Cádiz.—Vamos á ver ¿dónde vive el tuyo?

JACINTA. Calle de la Comedia, núm. 90, frente al teatro.

NARCISA. Justamente, ese es el sobre que pongo á mis cartas.—Pues mira, hallá nos vamos á sorprenderlos.

JACINTA. ¡Jesus! ¿nosotras!... ¿cómo?

NARCISA. Metiéndonos en el vapor sin pedir anuencias ni pasaporte, puesto que, como dicen mi madre y la tuya, matrimonio bien avenido.

JACINTA. ¡Pero cómo! ¡viajar solas!... ¡Jesus!..

NARCISA. Nos acompañará nuestro viejo mayordomo, que me ha visto nacer y me quiere tanto que nada sabe negarme.

JACINTA. No, no... yo no tengo valor, Narcisa.

NARCISA. ¿Con que no tienes valor para seguir los preceptos del Evangelio, que manda abandonar padre y madre para seguir al marido?

JACINTA. Pero eso será cuando nos llamen.

NARCISA. El precepto no trae semejante *cuando*.

JACINTA. Yo creo que hacemos mal.

NARCISA. Pues yo estoy segura de que hacemos bien.

JACINTA. No me atrevo, no.

NARCISA. Pues quédate; lo que es yo, me voy de todos modos, y te escribiré como he hallado á Gonzalo y á Rodrigo, si nos divertimos mucho y qué tal me gusta Cádiz.

JACINTA. ¿No es mejor aguardarlos?

NARCISA. ¿Otros cuatro, otro ocho meses, un año quizá?—¡No! pues entretanto... hija mia, las gaditanas son muy seductoras... Apuesto á que Gonzalo á la hora de esta, sin ser zapatero, sabe las dimensiones de los afamados piés de las gaditanas.

JACINTA. ¡Qué malos juicios, Narcisa! Por mí, estoy persuadida,—á pesar de que Rodrigo lo que mas admira en la mujer es un buen cabello,—de que él no sabe siquiera si las gaditanas peinan pelo propio ó peluca.

NARCISA. ¡Qué sencilla eres, hija mia! bien se vé que te has criado en un lugar. ¡Si vivieras en una capital, verias unas cosazas!!!

JACINTA. Eso no es de mi cuenta.

NARCISA. Ni de la mia tampoco, gracias á Dios: lo que si lo es, es el estar al lado de mi marido, como Dios manda.—¿Tú te quedas?

JACINTA. No me atrevo á hacer otra cosa, ¡Dos jóvenes de diez y ocho y diez y nueve años emanciparse asi, sin autorizacion de nadie!... desengáñate, eso seria muy mal visto.

NARCISA. Atiende: dos cosas que son completamente contrarias, que son las antítesis (como dice mi Padre, á quien gustan los terminachos) una de otra... si la una es mala ¿qué sera la otra?.

JACINTA. ¡Será buena, es claro!

NARCISA. ¡Bien está! Por consiguiente si la mujer que huye del techo doméstico y abandona á su marido para seguir á otro, es una solemne picarona, la que hace cabalmente todo lo contrario, será una buena mujer.

JACINTA. En eso tienes razon; pero si no nos lo mandan!.....

NARCISA. ¿No has oido decir siempre que el bien

que se hace espontáneamente, tiene más mérito que el que se hace solo por obligacion?

JACINTA. Eso tambien es verdad.

NARCISA. Mi Madre siempre dice que María Luisa, la mujer de Napoleon, faltó á sus deberes no siguiéndole á Santa Elena. Pues en el mismo caso estamos en no seguir á nuestros maridos á Cádiz.

JACINTA. Pero.....

NARCISA. Idéntico! no hay peros ni camuesas. —El Padre de aquella no quiso; las Madres nuestras están igualmente por la ausencia.—El mundo y todos los corazones sensibles hubieran aplaudido á la mujer de Napoleon por su desobediencia: lo mismo nos aplaudirán á nosotras.

JACINTA. ¿Lo crees?

NARCISA. ¡Tengo evidencia!

JACINTA. Y como tienes mas mundo que yo.....

NARCISA. ¿Muchísimo mas!

JACINTA. ¿Y nos recibirán bien?

NARCISA. ¡Pues tendria que ver!... ¡Despues de semejante prueba de amor conyugal, nos levantarán un altar!

JACINTA. Y si mi Madre se enfada ¿tomarás tu sobre ti?.....

NARCISA. Todo lo tomo sobre mí. ¡Vaya! ¿no sabes acaso la fuerza de valor que da el cumplimiento de un deber?

JACINTA. ¡Pues Dios vaya con nosotras!

NARCISA. Dios va con todo el que obra bien.

ESCENA III.

Una casa de huéspedes en Cádiz. Una sala: á cada lado una puerta de cristales que comunica á dos alcobas.

NARCISA.—JACINTA.

NARCISA. Con qué... ¿estás bien entarada?

JACINTA. Enterada sí, convencida nó. No me atrevo: ¿cómo quieres que me ponga yo tan caridelantera y tan sin modestia á llamar la atencion de tu marido, sin conocerle siquiera?—¡Quita allá, eso es una cosa muy fea! ni sé... ni quiero.

NARCISA. No le conoces, ¿qué le hace? ¿No sabes que es mi marido, por consiguiente tu primo, y que has de quedar justificada sobre la marcha? ¡Jesus, qué premiosa eres! yo tampoco conozco á tu marido; y con saber que lo es, estoy tan dispuesta á hacerle algunas carantoñas, á poner en juego mis gracias y monadas, como lo haria en una comedia casera. Te he de probar ya que tanto disputas lo contrario, que los maridos ausentes de sus mujeres se van tras de los reclamos como las perdices.

JACINTA. Y si yo por desgracia viviese en un dulce error, ¿para qué quieres desvanecerlo?

NARCISA. Para que vivas prevenida y aprecies en todo lo que vale la prudencia de mi determinacion —antítesis, como dice mi Padre,—de la conducta de María Luisa.

JACINTA. Pero... ¿qué quieres que haga? ¿qué quieres que diga.. si yo no sé?

NARCISA. Entra en tu cuarto, obsérvame por entre los visillos de la puerta de cristales, y despues imítame en un todo; ¡verás que bien hago mi papel, y qué mona me pongo!

JACINTA. ¡Ya lo creo! tú lo eres siempre.—¿Y si se enamora de veras de tí?

NARCISA. ¡Qué simpleza, hija mia! ¿acaso no te quiere á tí? ¿acaso se enamoran los hombres en un dia? Lo que te quiero probar es que cuando los maridos están ausentes de sus mujeres, miran mas de lo que conviene á las demás. Desengáñate: el corazon de los hombres es un pájaro, y nosotras las jaulas.

JACINTA. ¡Ay, Narcisa! ¡qué sobresaltada estoy desde que llegué á Cádiz! ¡qué fortificaciones presenta por todos lados! ¡me parece un caballero antiguo bajo su armadura!

NARCISA. Pues á mí me parece muy alegre, y una blanca ninfa bañándose en el mar.

JACINTA. ¡Estoy inquieta como si hiciese una cosa mala!

NARCISA. ¿Mala? ¡pues qué! ¿hay cosa mas virtuosa, mas legal, que venir á buscar dos mujeres á

sus consortes legítimos, indisputables, estrechando así una union santa y respetable?

JACINTA. Venir así escapadas!...

NARCISA. El fin justifica los medios.

JACINTA. Un buen fin no se debe alcanzar sino con buenos medios.

NARCISA. Estás muy atrasada de noticias y de máximas, Pero oigo pasos; ellos deben ser; tu á tu cuarto y yo al mio; observa.

(Cada una se encierra en su cuarto).

ESCENA IV.

RODRIGO—GONZALO.

GONZALO. Parece que han llegado huéspedes.

RODRIGO. Si, dos señoras.

GONZALO. ¿Y quiénes son?

RODRIGO. Dicen que son dos hermanas con su tio.

GONZALO. ¿Y á qué vienen?

RODRIGO. No me lo han sabido decir: quizá venga el tio empleado, categoría muy extensa y muy ambulante.

GONZALO. ¿Y te han dicho que tales son las señoras?

RODRIGO. Jóvenes, lindas y distinguidas; pero el tio es un facha.

GONZALO. ¡Extraña anomalía! ¡pero se hallan tantas en los tiempos que corren en este mundo redondo!

RODRIGO. En fin, me alegro que tengamos tan buena vecindad.

GONZALO. ¿Qué te importa?

RODRIGO. Nada, es cierto; pero nada me importa tampoco un dia nublado y un dia de sol, y me gusta mas este que el primero. ¿Has encargado los dominós para esta noche?

GONZALO. ¡Ay que me se ha olvidado! *(Cogiendo su sombrero)*. El que no tiene cabeza que tenga piés: voy en un vuelo.

RODRIGO. Mientras me pondré á escribir á mi Jacinta.

(Se sienta y escribe).

«Jacinta de mi corazon:

(Jacinta entreabre la puerta y hace un movimiento para lanzarse hácia su marido. Narcisa se asoma con precaucion á la otra puerta, y la detiene haciéndola repetidas señas).

ESCENA V.

RODRIGO *escribiendo*; NARCISA *y* JACINTA *acechando*

RODRIGO. «¡Qué domingo de Carnaval tan triste para mí, pues de tí estoy ausente! Recuerdo, Jacinta

mia, que ahora nace un año, habiendo obtenido licencia para pasar esta alegre temporada en casa de mis Padres, te hallé á tí, á quien habia dejado niña, transformada en una jóven, cual la crea la fantasía y la busca el corazon, á tí, que debias de ser mi primero, mi único, mi eterno amor! Me admitiste por compañero espontáneamente, como yo te habia elegido á tí por único bien.

(*Jacinta hace otro movimiento. Narcisa la detiene con impacientes ademanes*).

«Juré labrar tu felicidad, y lo haré, confia en mi cariño como yo en tu constancia.

(*Jacinta se quiere de nuevo precipitar hácia su marido. Narcisa le hace señas, y para distraer la atencion de Rodrigo sale de su cuarto haciendo ruido Rodrigo se vuelve á aquel lado la vé y se levanta*).

NARCISA. Perdonad, caballero; creí que estaba sola en esta estancia, y pasaba para ir á la habitacion de mi hermana.

RODRIGO. Señora, vos sois la que tiene que perdonarme el que esté aquí estorbando vuestro paso, y desde luego me retiro. (*Aparte*) ¡Qué linda es! (*Coge sus papeles para irse*)

NARCISA. (*con aire muy amable*). No consentiré por cierto que os incomodeis por mí, os suplico que sigais escribiendo, tanto mas, cuanto que supongo que será una carta de gran interés.

RODRIGO. No, no, no corre prisa: no es aun hora de que salga el correo.

NARCISA. El corazon siempre tiene prisa en expresar sus afectos: y si esa carta es para alguna persona que os interesa...

RODRIGO *(aparte)*. ¡Estraña franqueza, por no decir desenvoltura, hay en este lenguaje de parte de una señora!—Si no me engaño, esta ha de pertenecer á la escuela de la *mujer emancipada*.—Si fuese fátuo... *(Recio)*. No, señora, no era una carta; eran unos versos que escribia para pasar el rato.

NARCISA. Pero... ¡á alguien serán dirigidos esos versos!

RODRIGO. No, no tengo á quien dirigirlos.

JACINTA *(asomada á su puerta y aparte)*. ¡Ah traidor!

NARCISA. ¿No? ¡es muy estraño! ¡A vuestra edad y con vuestro mérito, las conquistas deben seros muy fáciles.

RODRIGO. No me lisonjeeis; porque si me engriese, podria dar pábulo á que me aquejase un amargo desengaño! *(Aparte)*. ¡Tanto descaro, con un exterior tan distinguido... pasma!

JACINTA *(aparte)*. ¿Hay valor para ser tan provocativa con un hombre, aunque sea treinta mil veces primo?

NARCISA. Decíais que escribíais versos y que no eran amorosos; siendo así, no pienso que sea una indiscrecion suplicaros que me los leais. ¡Me muero por los versos! ¡Los versos son música celestial!

RODRIGO. Con gran placer os los leeré; pero podeis estar persuanida de que si ántes os hubiera co-

nocido, otro hubiera sido el objeto que me los hubiese inspirado.

NARCISA. Sois galan, no lo extraño: galan es sinonimo de caballero.

JACINTA *(aparte)* ¡Hay paciencia para esto!

NARCISA. Ansío por oir los versos.

RODRIGO *(aparte)*. ¡Qué extraña exigencia! ¿que la leeré, yo, que en mi vida he compuesto un verso? ¡pero ya caigo!.: aquí tengo lo que necesito. *(Toma un papel de sobre la mesa)*.

NARCISA. ¿De qué tratan?

RODRIGO. Son versos de un guerrillero. Los he compuesto para recitarlos en los fosos de la muralla de la puerta de Tierra, en que hay un eco maravilloso, y donde los suelo recitar ante mis compañeros á quienes agradan mucho.

NARCISA. Pues vamos á los fosos de la muralla, y allí me los leeréis. ¡Me gusta tanto, tanto, el eco, esa voz del aire, que cuál él, no se sabe de donde viene! Ved, casualmente tengo puesto el velo, pues iba á salir.

RODRIGO *(aparte)*. La pajarita ésta... está perfectamente domesticada. ¡Tan linda, tan fina! Fíese usted de las apariencias! *(alto)*. Señora, nunco mas honrado!...

NARCISA. Vamos pues, á oir el eco... ¡esas palabras al aire que no salen del corazon! es una cosa muy rara, ¡un fonómeno!

(Rodrigo le ofrece el brazo, y se van. Jacinta sale de

su cuarto y corre tras ellos; pero Narcisa, ya fuera de la sala, asoma la cabeza y le dice:)

NARCISA. Aguárdame, prima, aguárdame con paciencia, no *tengas cuidado*, que pronto vuelvo: y ten presente que tienes que hacer lo que te dije.

ESCENA VI.

JACINTA, *sola.*

(Se deja caer sobre una silla llorando).

¡Ay! Dios mio! ¿Quién lo hubiese creido? ¡infiel! ¡infiel!... ¡en el mismo momento en que me escribia aquella carta!... y Narcisa, ¡con que desfachatez ha sido provocativa! Lo que está pasando es un escándalo! jugando, jugando... están labrando mi infelicidad. ¡Perversa prima! ¡marido inícuo! ¡quien pudiera vengarse de ambos!

ESCENA VII.

GONZALO.—JACINTA.

GONZALO, *(que ha estado observando á Jacinta á la entrada).*

¡Llora! ¡pobrecilla! ver llorar á una mujer, es cosa que todo me conmueve. Cosa que no puedo presenciar, sin buscar medio de consolarla; esto es caballeresco y humano á la vez. *(Se acerca á Jacinta).*

Señora,, perdonadme mi atrevimiento; pero os veo llorar, y sirva de disculpa á mi demasía el buen deseo que le origina. Sois forastera, señora, y no seria extraño que os halláseis en algun conflicto en el que os podria ser útil una persona que con todo respeto se pone á vuestra disposicion.

JACINTA. (*levantándose de repente*). Si, señor, si señor; me podeis ser muy útil.

GONZALO. (*atónito*). De ello me felicito: (*aparte*) esto se llama llegar y pegar. ¿Quién lo hubiese pensado, con su aire modesto y doliente? ¡y qué haya quien se precie de juzgar á una mujer por las apariencias! ¡las mujeres! ¡no las conoce ni la madre que las pare! (*Alto*) Me teneis á vuestras órdenes. ¿Sois casada?

JACINTA. Sí... no.

GONZALO. ¿Sois soltera?

JACINTA. No .. sí...

GONZALO. ¿Sois viuda?

JACINTA. Sí, si; eso es! Soy viuda. No tengo marido, no. Un traidor, un infame...

GONZALO. ¡Ya! ya: comprendo.

JACINTA. Que Dios castigará.

GONZALO. ¡Por supuesto!

JACINTA. Que tiene muy malas entrañas.

GONZALO. Y peor gusto, si os prefiere otra.

JACINTA. ¡Infeliz de mí!

GONZALO. Señora, para esta clase de penas no hay como la distraccion.

JACINTA. Eso mismo pienso yo; y así mucho os agradeceria que me llevaseis esta noche al baile

GONZALO (*admirado*). ¡Al baile! ¡esta noche!..... ¡conmigo!

JACINTA. Con vos, con vos

GONZALO. ¿Y creis que os pueda consolar

JACINTA. Nadie como vos. ¡Solo vos

GONZALO (*aparte*). ¡Estoy estático! ¡eso se llama venírsele á las manos, á quien no los busca, lances de amor y fortuna! (*Alto*). Señora, corro en busca de un dominó, y os agradezco la honra que me haceis. (*Aparte*). ¿Y si lo sabe Narcisa! No puede saberlo. Estamos en Carnaval, tiempo de bromas, y tengo curiosidad de saber en que viene á parar esta.

(*Se va. Jacinta entra llorando en su cuarto*).

ESCENA VIII.

Los fosos de la muralla.

NARCISA.—RODRIGO.

RODRIGO. Aquí es donde mejor se oye el eco

NARCISA. Oigamos pues vuestra composicion

RODRIGO (*lee*). EL CORNETA.

¡Cazadores! el morral
Y la cantina coged,

Y á su puesto cada cual
¡Tet, teretet, teret, tet!!!

(*Rodrigo imita exactamente con la voz el sonido de la corneta en el toque que indica, calla luego, y una corneta real repite á lo lejos el toque, imitando el eco, hasta concluida la composicion*).

NARCISA. ¡Verdaderamente es una cosa encantadora? ¿Con que vos habeis compuesto esos versos?

RODRIGO (*con fachenda*). Sí, señora, asi en un rato de ocio... cosas de militares!...

NARCISA (*aparte*). ¡Pues está bueno! Esa lindísima composicion es de Ribot y Fontserè... y se la apropia! ¡Me gusta! ¡Ah! ¡Todas las falsedades las pagareis juntas! ¿qué habrá hecho entretanto la pazguata de Jacinta, á quien dejé el campo libre? (*Alto*). Os doy infinitas gracias por el buen rato que me habeis proporcionado; pero se ha hecho tarde, volvamos á casa, que está lejos.

RODRIGO. ¡Qué! ¿ya?

NARCISA. Sí: mi hermana me está aguardando. Estará con cuidado; regresemos que nos va á coger aquí la noche.

RODRIGO. A vos os toca mandar, á mí obedecer.

NARCISA. ¿Os gusta obedecer?

RODRIGO. Segun: obedecer amando, sabeis que en esto cifraban nuestros antiguos poetas la mas dulce felicidad.

NARCISA. Algunos conozco yo, que la cifran en lo contrario.

RODRIGO. ¡Oh! esos son mónstruos.

NARCISA. Lo mismo pienso yo.

RODRIGO. Tales hombres merecen eso, y solo son dignos de recibir preceptos de las Harpías y de las Parcas.

NARCISA. Bien dicho (*al irse aparte.*) ¡Oh hombres! ¡materia la mas dispuesta á la infidelidad! hombres inflamables como fósforos, mudables como veletas, mos fáciles de seducir que el agua, ¿sois vosotros los que teneis valor para motejar á la pobre Eva?

ESCENA IX.

La casa de huéspedes.

(*Entra Gonzalo con los dominós y los billetes de entrada para el baile. Llama á la puerta de Jacinta, que sale luego.*

GONZALO. Aquí están el dominó y la careta.

JACINTA. Gracias. (*Se los pone*).

GONZALO. ¿Quereis que aguardemos á un inseparable amigo mio? es aun temprano.

JACINTA. De ninguna manera, no, deseo que nadie me vea.

GONZALO. Como gusteis. Le avisaré mi ida con una esquela para que no me aguarde (*escribe*). Ahora pues, dejad vuestros tristes recuerdos, y venid á

gozar y divertirnos como compete á la que es jóven y bella.

JACINTA. Sí, sí: eso pienso hacer (*aparte*) ¡vengándome! ¡Oh! hombres sin moral, sin delicadeza, sin principios, ¡falsa amiga! sacando á un hombre casado de sus casillas, ¿quién vió tal perversion de costumbres?

(*Gonzalo entretanto ha cerrado la esquela en que mete las entradas que deja sobre la mesa y se ha puesto el dominó*).

GONZALO. Vamos, pues lo deseais. Es aun temprano; pero aunque esté todavía la sala desierta, con estar vos, hay para mí todo cuanto en ella ver deseo.

ESCENA X.

RODRIGO.—NARCISA.

RODRIGO. No; nunca olvidaré este delicioso paseo y muchas veces repetirá ese eco que os ha encantado vuestro nombre. ¿Os volveré á ver pronto?

NARCISA. Sí, sí, (*aparte*) ¡y tanto como me has de ver, hombre débil! (*Alto*). Mas ahora me precisa el ir en busca de mi hermana.

RODRIGO. ¡Haced la ausencia corta!

NARCISA (*con retintin*). ¡El cuidado será mio!

(*Le saluda con la mano y entra en el cuarto de Jacinta.*

Rodrigo se acerca á la mesa, vé los dominós, las caretas y la esquela).

Rodrigo. Mas... ¿qué es esto? (*abre la esquela y lee*): «Querido: una de las vecinas, bella como la aurora, irresistiblemente seductora y sin ínfulas de Vestal, me ha comprometido á llevarla al baile: ahí te dejo billetes y dominós para que podais veniros á reunir con nosotros tú y García. Estoy entusiasmadísimo; este es un lance de amor y fortuna que ni Calderon hubiese imaginado.»

(*Sale Narcisa muy apurada*).

Narcisa. ¡Mi hermana no está en su cuarto! ¡Dios mio! ¿dónde podrá estar? ella ¡tan tímida! ¡ya entrada la noche! ¡quizás habrá salido á buscarme! ¡quizás esté perdida por esas calles!...

Rodrigo. No os apureis por vuestra hermana: yo sé donde está.

Narcisa. ¿Vos?

Rodrigo. Sí.

Narcisa. ¿Y cómo?

Rodrigo (*dándole la carta*). Leed.

Narcisa (*lee para sí*). *Irresistiblemente seductora*, ¿qué tal? (*lee*) *sin ínfulas de Vestal*, ¿qué le parece á Vd.? ¡la timorata, la encogida, la mojigata!! ¡bueno está!! (*lee*) *estoy entusiasmadísimo*, ¡Ah! ¡infame, traidor, aleve! (*lee*) *lance de amor y fortuna*, ¡qué alevosía! ¡Ah fementido! ¡ah hipócrita! ¡pérfida agua mansa!...

Rodrigo (*aparte*) ¡Qué vehemente y extraño des-

pecho! (*Alto*) ¿quereis que nos vayamos á reunir á ellos?

NARCISA. Sobre la marcha; ahora mismo (*Se pone precipitadamente el dominó y la careta*). Vamos.

RODRIGO (*aparte*). ¡Qué amor fraternal tan vehemente! ¡qué ley del embudo tan bien observada! (*Salen*).

ESCENA ...

El tocador de las señoras en el baile.

NARCISA.—JACINTA, *sin caretas.*

NARCISA. Lo que has hecho con Gonzalo traspasa todos los límites del decoro.

JACINTA. Has estado con Rodrigo escandalosamente provocativa.

NARCISA. ¿Quién se viene sola á un baile con un oficial de artillería, jóven y buen mozo?

JACINTA. ¿Quién se va sola á los fosos de la muralla con un oficial de artillería buen mozo y jóven?

NARCISA. Tu marido es un empalagoso.

JACINTA. Y el tuyo un fastidioso.

NARCISA. Pues hija, cambiemos, ya que eres tan delicada de gusto.

JACINTA. ¿Qué mas quiero yo? á mí, hija, no me fastidia un hombre tan discreto. ¿Qué hemos, pues, logrado con tan descabellado proyecto? ¿Convencernos

de que son unos infieles nuestros maridos? ¡Valía la pena de hacer un viaje para eso! (*llora*).

NARCISA. No, lo que hemos logrado es mostrar por la práctica la verdad del refran de nuestras Madres, y hacer que nadie en lo sucesivo se atreva á desunir ni por un dia, lo que Dios unió para siempre. Pero nos falta aun la leccion que hemos de dar á esos dos maridos indignos de serlo. Rodrigo nos ha convidado á cenar, he admitido con tal que sea en la casa de huéspedes. Vamos ahora á cambiar los dominós, dame el tuyo rosa, toma el mio celeste. (*Cambian los dominós*). Cada una se va ahora con su marido. Cuidado, que mantengas al tuyo en su error, y que me imites en todo. Cuidado, al darnos á conocer que estés hecha una furia.

JACINTA. ¡El cuidado será mio!

NARCISA. Ni cuartel, ni tregua, ni menos conciliacion.

JACINTA. ¡Buena hora es!... Me quiero divorciar en seguida. (*Se van*).

ESCENA XII.

Casa de huéspedes; se vé una mesa puesta.

(*Entran Narcisa y Jacinta con caretas, Rodrigo y Gonzalo sin ellas*)

RODRIGO. ¡Cuánto tenemos que agradeceros el que acepteis este ligero obsequio!

JACINTA. Tanto mas, cuanto que en mi vida he admitido otros que los de mi marido. ¡Ay! (*suspira*).

RODRIGO. Señora, estamos reunidos para estar alegres No suspireis; que vuestros suspiros me afligen: y perdonad, pero no me parece que tienen actualidad.

JACINTA. ¡Mas de lo que pensais!

GONZALO. Bailais como una sílfide.

NARCISA. ¿Nunca habeis bailado con ninguna que baile tan bien como yo?

GONZALO. ¡En la vida! Dejad que os bese esa mano que envidian los jazmines.

NARCISA. Enhorabuena, ningun mal veo en eso. (*La besa la mano*).

NARCISA (*aparte*). Puede darse un hombre mas disoluto!

RODRIGO. ¿No sereis tan condescendiente como vuestra hermana?

JACINTA. No señor. (¿Habráse visto nunca un hombre mas inmoral?)

GONZALO. Vamos pues á sentarnos á la mesa; pero antes es preciso que os quiteis las caretas; aquí todos somos unos.

NARCISA. Eso si es cierto; pero no quisiéramos quitarnos las caretas.

GONZALO. ¿Y porqué esa crueldad?

NARCISA. A causa de que se me figura que mi cara os va á parecer ahora la de Medusa.

GONZALO. ¡Qué idea!

RODRIGO. Desaparezca esa estúpida careta, señora: vea yo la encantadora expresion de vuestro rostro.

JACINTA. Estoy en que no os ha de agradar ahora mucho la expresion de mi rostro.

GONZALO. ¡No seais inexorable!

Narcisa y Jacinta con un brusco movimiento se quitan las caretas: espanto de sus maridos).

RODRIGO. ¡No seais inflexible!

NARCISA. ¡Desleal, traidor, infiel!

JACINTA. ¡Pérfido, cruel, mal marido!

NARCISA. ¿Así te acuerdas de mí?

JACINTA. ¿Así cumples tus promesas?

NARCISA. ¡Tamaña traicion!

JACINTA. ¡Tan amargo desengaño!

GONZALO. ¡Qué sorpresa!

NARCISA. Estupenda, lo creo.

RODRIGO. ¡Qué cosa tan inesperada!

JACINTA. ¡Lo creo! Lo menos que esperaban ustedes en tales pasos, era el hallarse con sus propias y legítimas mujeres!

GONZALO. ¿Y podrá saberse como os veneis aquí solas, y sin prevenirnos?

NARCISA. Con el fin de daros una sorpresa tal que hubiese encantado al mismo Napoleon en Santa Elena.

RODRIGO. ¿Cómo te has atrevido, tú tan mirada, á venirte sola sin asentimiento de nadie?

JACINTA. Narcisa me dijo que era esto una prue

ba de amor conyugal, que haria que despues de recibida nos levantaríais altares.

Rodrigo. ¿Y es prueba de amor conyugal, el pedir á un caballero, sin conocerle y sin darte á conocer, que te llevase á un baile de máscaras?

Jacinta. Era una doble venganza.

Rodrigo. ¡Pláceme la disculpa!.. ¡señora!

Gonzalo. ¡Con que una sorpresa, eh?.., y entraba tambien en el programa de esta sorpresa el irse con un caballero desconocido á los fosos de Puerta de Tierra, señorita!

Narcisa. Es que queriamos probaros...

Gonzalo. Se prueban los cañones, señora; pero lo que es inaudito, es que dos bellas jóvenes se pongan en camino solas, y sin autorizacion ninguna.

Narcisa. Sí señor, sí señor, que teníamos autorizacion, ¡y tanta!

Gonzalo. ¿Y cuál era esta?

Rodrigo. ¿Sí, sí, cuál era?

Narcisa. La que nos prestaba una máxima que nos han inculcado nuestras Madres.

Jacinta. Sí, sí, un refran que no se les caia de la boca.

Gonzalo. ¿Y cuál es ese proverbio de Salomon!

Narcisa. Es, *matrimonio bien avenido, la mujer junto al marido*. Pero como no lo estamos, como son ustedes unos ingratos, voy á llamar á Pedro y nos volveremos por donde quemos venido. dejande aquí nuestra alegría, y llevándonos un dpsengaño mons

truoso. A Dios, pues, mal marido, voy á pedir separacion, y me vuelvo desde hoy una amazona y la mas irreconciliable enemiga del sexo no bello.

JACINTA (*llorando*). ¡A Dios, á Dios para siempre, desagradecido é infiel marido; no te pesará mas mi presencia, puesto que ya no me quieres sino en cartas. Voy á pedir el divorcio, y me retiro á llorar á un convento.—¡Yo les diré á las monjas lo que son los hombres, y aseguro que despues de firme, á ninguna le pesara no haberse casado!

NARCISA. (*cogiéndola de la mano*). Ven, ven, Jacinta, y no llores, pues no hay un solo marido que sea digno de nuestras lágrimas, (*se encaminan hácia la puerta*).

GONZALO. (*cogiendo á Narcisa por la mano*). ¡Irse! ¡no en mis dias! Te detengo.

RODRIGO (*haciendo otro tanto con Jacinta*). ¡Dejarme! ¡no lo consentiré yo, á fé!

NARCISA. ¡Me detienes! ¿con qué derecho?....

GONZALO (*pasando un brazo por la cintura de su mujer*). Con el derecho *mio*, ese dulce derecho que no cambiaria por todos los tesoros del mundo.

JACINTA. ¿Que no consentirás? ¿por qué causa? ¿por qué motivo?...

RODRIGO. Por el motivo que lleva á todo dueño á retener su tesoro.

NARCISA. ¿Con que... por despotismo?

JACINTA. ¿Con que... por arbitrariedad?

GONZALO. No, no; es porque adoptamos desde

luego la dulce regla que encierra el proverbio de vuestras Madres.

RODRIGO. El proverbio que os autorizó á venir, bien puede autorizarnos á reteneros, puesto que nos habeis convencido de que en MATRIMONIO BIEN AVENIDO.....

GONZALO. LA MUJER JUNTO AL MARIDO.

PROMESA DE UN SOLDADO
Á LA VÍRGEN DEL CÁRMEN.

PROMESA DE UN SOLDADO

A LA VIRGEN DEL CARMEN

Frente al mar Occeáno
Un templo se alza que con santo celo
El religioso pueblo gaditano
Erigió á nuestra madre del Carmelo,
Do en culto fervoroso y esplendente
La adora y ruega su piadosa gente.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

Españoles y españolas
Ya la guerra se acabó,
Demos por ello las gracias
Al divino Salvador.
¡Viva la Reina del cielo!
¡Viva la Reina Isabel!
¡Viva el ejército invicto
Y su caudillo O'Donuel!

CANTO POPULAR.

Los sencillos moradores del pueblo de Dos-Hermanas, se quedaron sorprendidos cuando el camino de hierro que conduce de Sevilla á Cádiz vino á fa-

vorecerlos, y estáticos cuando con bronco mugir vieron venir por él *el móstruo diforme sin cabeza que volaba sin alas, y arrastraba tras si una cáfila de galeras* (1).

Una nueva era se abria para esta tranquila y silenciosa aldea que se formó al rededor de una capilla labrada por dos hermanas.

Esta nueva era acabará con el silencio y soledad del lugar; sustituirá en muchas casas techumbres de tejas á las de aneas; pondrá todo bonito, simétrico, renovado pero el pueblo dejará de ser tan sencillo, campestre, y rústico como hoy le es, y por lo tanto no será ya tan poético para aquellas mentes que hallan la poesía y lo pintoresco campestre, en lo natural, sencillo, y rústico, y no en lo ataviado (2).

En una de las casas situadas al extremo opuesto del que ocupa la estacion, sentadas en el patio-corral, se veian en una mañana del mes de junio sentadas varias mujeres ocupadas en faenas domésticas, cuando por la siempre abierta puerta de la calle entró una anciana diciendo:

—Dios guarde á Vds.

—Y á Vd: por muchos años, contestaron.

(1) Textual.

(2) Que no se nos crea por esta causa enemigos de los caminos de hierro, como gratuitamente lo ha supuesto un crítico inglés. Somos grandemente partidarios de ellos, por creer esta mas nera de viajar la mas cómoda, rápida y segura, y su establecimiento el solo modo de evitar el martirio de los infelices caballos y mulas.

—Bien decia yo, añadió una de las vecinas de la casa, que era joven y estaba cosiendo, bien decia yo que veia visita, porque rato há que el gato se está lavando la cara. ¿Qué trae Vd. de bueño, tia Manuela?

—¡Traer bueno! repuso aquella, pues si lo bueno lo vengo á buscar perque no lo hallo!

—¡Ya! como que está en el cielo; pero Vd. no se queje, tia Manuela, Vd. que tiene en Sevilla á la señora que tanto la socorre, y la *empresta* para que siembre sus matas de melon, que quien te *empresta* te ayuda á vivir.

—Si, hija, cuando se *empresta* como lo hace la señora, á la que nunca puedo devolver lo *emprestado* y que nunca me lo pide; que á no ser así, cuenta con que cochino fiado gruñe todo el año. Si no fuera así ¿cómo le costeaba yo la enfermedad á mi Juan, que tiene un bulto como medio melon sobre las costillas? y además un dolor en una pierna que dice el *meico* es de *romantismo*? hija, como que casa vieja todas son goteras, y mi Juan tiene ya cumplidos los tres duros y medio (1); mi hijo se ha casado, y ya salió de casa ese jornal; y mi hija que enviudó, se va la infeliz á lavar en casa del estanquero á ganarse la vida, y me deja á mí sus tres criaturas para que las cuide y les dé de comer, por aquello de que tú que no puedes llevame acuestas. Estaban en cuerecitos y la señora

(1) Setenta años.

me los vistió. ¡Dios se lo dé á su señoría de gloria! ¡Cuánto no hacen los ricos por nosotros los *probes*! y mas de cuatro no lo conocen y son ingratos con ellos. No así yo que bien se me previene lo que merece por lo que hace conmigo, y le digo de apuesta manera: ¡Ay señora, nadie sabe lo que vale un *merecido* aquí abajo, y allá arriba! asina es que ha dispuesto su Divina Majestad que nos salvemos todos, dando para ello á los ricos el camino de la santa caricad, y á nosotros los *probes* el de la santa conformidad.

—Tia Manuela, dijo la dueña de la casa, tengo puesto un guiso de habas ¿quiere Vd, comer?

—Dios te lo pague, que aproveche, ¿ya vas á comer? ¿pues qué hora es?

—Las todas (1), y por eso voy á poner la comida, que en dándole á uno las doce comiendo se alcanza la bendicion del Papa.

—Mucha verdad que es, y tambien que son las doce, que están repicando.

—¡Vaya si repiquetean! dijo la vecina, ¿qué santo querra sacar la cabeza mañana?

—¡Hija! ¿vives en Babia? repuso la tia Manuela; es Corpus Christi, la fiesta del Señor, y ya sabes que en verano las grandes fiestas son: Trinidad, Corpus Christi y la santa Ascension.

—Ahí viene tu hijo Roque, dijo á la dueña de la casa la vecina que estaba sentada frente á la puerta y

(1) Las doce.

veía la calle, cantando que se las pela. *Ende* que ha estado en la guerra del Moro se le han espabilado las luces que es un asombro.

—Pues que ¿cumplió ya tu hijo, Isabel? preguntó la tía Manuela.

—No, señora, sino que ha venido con dos meses de licencia, y está con su padre en la era trillando la cebada.

Acercábase á la casa un gallardo mozo, que con sonora y clara voz venía cantando:

Soldadito soy del rey,
Y, como pobre con honra,
Si el rey me mantiene á mí
Yo mantengo su corona,

——

Estaba Muley Abbás
En su tienda de campaña,
Lo echó el Conde de Lucena
Gritándole ¡Viva España!
¡Ay que lástima me dá
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

——

A orillas del rio Martin,
Una morita decia:
Si ganan á Tetuan
Se acabó la morería
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá!

——

Al pié de Sierra Bullones
Una morita lloraba,
Por no poderse casar
Con el general Zabala.
¡Ay que lástima me da
De ver los moritos chicos
Llorando por su papá.

—¡Hombre! le dijo la vecina cuando entró el mozo, como has estado en tierra de Africa, no cantas mas que coplas de por allá.

—Señora, como la guitarra es mia, canto por donde me parece, contestó el soldado.

—Dios te guarde, Roque, dijo cariñosamente la tia Manuela, parece que desde que no nos vemos no nos conocemos! amigo, desde que has vuelto de la guerra de Africa bas echado fantasía, y una voz que parece la de un *ruinseñor* (1). ¿Te han enseñadú los moros á cantar?

—No, señora, tia Manuela; los moros no me han enseñado mas que á correr tras ellos.

—Oye, Roque, ¿estarian muy embravecidos, ellos que siempre lo están, de ver á la gente de España por su tierra?

¡Qué si lo estaban!! como que un moro mordió á un caistiano, y el cristiano á los cuarenta dias rabió.

—Pero ni por esas consiguieron meterles miedo á

(1) Ruiseñor.

los de acá, Roque. ¡Qué valientes! qué sufridos! qué denodados! vamos, si han asombrado Vds. al mundo, y se ha dicho que á pesar de su bravura les tenian á Vds. los moros mas miedo que á los leones de su tierra. ¿Viste alguno?

—Ninguno vide, mas que al español en nuestras banderas, por lo visto, al verlo los leones de por allá huyeron de él como los moros huian de nosotros.

—Oye, Roque, preguntó la vecina, y los gobiernos, ¿eran tan valientes como los soldados?

—¡Vaya que si lo eran!

—¿*Toos*?

—Todos y cada uno de por sí, segun su génio ó su cargo. Asina era que deciamos:

¿Quien tiene la faz serena?
Lucena.
¿Quién es un gran paladín?
Prim.
¿Quien es noble y es humano?
Ros de Olano.
¿A quién no detiene nada?
A Quesada.
¿Quien no le teme á las balas?
Zabala.
¿Quien dice siempre «adelante?»
El sobrino del infante (1).

(1) S. A. R. el Conde de Eu, jóven héroe de diez y siete años De estas que los soldados llamaban *aleluyas*, hemos oido muchas mas, así como coplas que no insertamos por falta de espacio

—Así me place, hijo, opinó la tia Manuela. Los gobiernos se deben acatar siempre, y si se portan como aquellos con mas razon acatar y enaltecer, que dice el Santo Evangelio, dar á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César. Pero, Roque, ¡qué de tiempo se estuvo sin tene ..orte de tí y sin nosotros saber si honrarte vivo ó llorarte muerto! prosiguió la anciana.

Despues cundieron las voces que habias estado preso y que te metieron en consejo de guerra. ¿Qué delito hicistes, hombre?

Ninguno. Vaya que el lance ese ha metido mas ruido que una tronada!

—Pues se te culpaba mucho; Roque.

—¡Toma! como que no hay víboras mas emponzoñadas que las lenguas de los hombres!

en cuadro tan reducido. Pero no podemos menos de transcribir aquí las siguientes:

Fué tan recio el tiroteo
Que los moros empezaron,
Que al general Echagüe
Le mataron el caballo.
¡Hijos mios! no temer
El que os quedeis sin gefe,
Que si mi caballo ha muerto
Aquí teneis el ginete.
Así pues, ¡vamos á ellos!
¡Españoles! adelante!
Que aunque me han quitado un dedo
Falta ninguna me hace.

—No supimos ni yo ni su padre que lo culpaban, dijo con indignacion la madre del soldado.—Vaya, vaya, querer culpar á mi hijo es como arrancar los manteles á los altares. Cuidado con lo que se miente! perdida anda la verdad. Razon lleva el Padre Cura que refiere que cuando acaba de decir misa y el último Evangelio, al cerrar el misal, dice: *A Dios, verdad, hasta mañana.*

—Pues sepasté, Roque, dijo la vecina, que tu novia que lo supo te la dejado y le habla á otro.

—Desde que pisé la tierra de España lo supe,—ya vé Vd. que su noticia es mas vieja que el modo de andar.

—¿Y qué dijiste?

—¿Qué dije?

¿Qué cuidado le dá al Rey
Que se le muera un sodado?
El mismo se me da á mi
De que ella me haya dejado.

—Bien dicho, hijo, opinó la tia Manuela. En los amores no es menester atollancarse, si no pasar de largo si no pintan bien.

—Cuéntanos el lance, Roque, pidió la vecina.

—Ante todas cosas, hijo, interrumpio la tia Manuela, tenia pensamiento de preguntarte á tí que has estado por allá, que es la tierra de las golondrinas, si es verdad que, tan parleras y cantoras como son, en llegando el Jueves y el Viernes Santo, no abren su pico y se están calladas como en misa?

—Mucha verdad que es, contestó el soldado; tambien yo lo habia oido decir, y estando en Tetuan por la semana Santa, me puse en acecho y noté que ninguno de esos animalitos que todos los dias nos tenian atolondrados los oidos, (porque allí hay golondrinas para nublar el sol), ninguna se dejó oir; estaban tristes.

—¡Animalitos de Dios! dijo enternecida la tia Manuela, que recordaban y honraban mas la Pasion del Señor que esos salvajes infieles moros!

—Ahora cuéntanos tu percance, Roque, insistió la vecina; cualesquiera cosa apostaria yo á que es cosa de pendencia, porque tú, Roque, has sido siempre muy torero.

—Y que allí, añadió la tia Manuela, como tenian ustedes carne, pan, y vino largo, y hasta café como los usias, estarian Vds. con muchos brios y arrogancia. Por entonces todo estaba aquí sosegado y pacífico, pues el invierno fué de aguas que creiamos que la íbamos á poder beber en pié sin agacharnos; no habia dónde ni cómo ganar un jornal; y no hay cosa que mas amanse que el no tener, pues el que no junta mas que para un cuarteron de pan, no lo gasta en vino, y sabido se es, que todos los desmanes salen de las tabernas, mal haya ellas!

—Por esa cuenta, observó el soldado, le placerá á Vd. mucho la pobreza, tia Manuela.

—No es decir que me plazca, hijo mio, repuso la buena mujer, que no todo lo que á nuestra alma

aprovecha place á nuestros sentidos que son muy terrestres: pero conozco las ventajas de la pobreza, pues dime, ¿qué ha de pecar ni andar en devanéos, el que se levanta con un; *¡ay Dios mio!* y se acuesta con un: *ay Dios mio*?

—Tia Manuela, ¿se ha metido Vd. á predicador? preguntó con benévola sonrisa el soldado.

—Si hijo, respondió la tia Manuela, eso es lo propio de los ancianos para enseñar y guiar á los mozos.

—¿Y si no se dejan enseñar y se burlan de Vd.?

—Peor para ellos, Roque, á mí no me han de perturbar por eso, que á quien ara derecho nadie le echa el arado atrás, y que no hay mal piloto cuando el viento es bueno. Pero tal cosa no lo harás tú, hijo mio, que te criastes por buenos padres en buenos principios, á menos que en la guerra del moro no hayas desaprendido á ser cristiano.

—¡Qué está Vd. diciendo, tia Manuela? en la guerra de Africa, sépalo Vd., éramos todos por un rasero mas cristianos que el mismo apóstol Santiago!

—Verdad dices, y así es que fueron Vds. vencedores en las lides, y despues bienhechores de los pobres que se morian de hambre, mas que fuesen judios. ¡Cristianos legítimos!

—Vea Vd.! prosiguió acalorado Roque. Vea Vd. que los moros le pusieron por dictado al general en gefe: el *gran Cristiano*!

—Ay señor, esclamó la buena y religiosa mujer

y que satisfecho y ufano deberia estar Su Excelencia con ese honroso dictado! mucho mas, pues ya lo creo! que con el de Duque de Tetuan que le dió S. M. la Reina; y aun mucho mas que por el *gran* por el *Cristiano*, pues ¿qué dictado habrá que al lado de este no se oscurezca como las estrellas cuando sale el sol?

—Vea Vd., repitió el soldado de Africa, desaprender á ser cristiano yo! yo! que debo mi salvacion en el lance de que se platica á un milagro de la Vírgen Santísima!

—¡De la Vírgen! exclamó la tia Manuela, cuenta, cuéntalo, Roque, que sin saberlo ya estoy llorando.

— Han de saber Vds., principió el soldado, como que antes de embarcarnos para la costa del moro, estuvimos unos dias en Cádiz. Allí ví una funcion que en accion de gracias por el amparo que les habia prestado, hacia la tripulacion y pasageros de un barco, á la Vírgen del Cármen. Sepa Vd., tia Manuela, que la Señora del Cármen es en Cádiz tan querida y reverenciada como lo es aquí nuestra madre del Valme, en particular por las gentes de mar, que la dicen la *Estrella de los Mares*.—Mi madre y Vd. tia Manuela, si hubiesen presenciado aquella funcion se mueren de gozo.

—Sí, hijo sí, ¡bendito sea el Señor!

—Allí habia mas luces en el altar que estrellas en el cielo ante el trono de Dios: ¡Qué de flores, qué de incienso, qué de plata, qué de oro, qué de alhajas en aquel santuario!

—¡Tanto, tanto nos parece á nosotros, siendo todo tan poco para Dios! dijo la tia Manuela.

—Y sobre todo, prosiguió el narrador, ¡qué de almas! y al pié del Presbiterio toda la tripulacion del barco postrada teniendo puesta ante ella la vela del barco hecha girones, que habian traido como muestra de la furia del temporal del que los habia salvado, atendiendo á sus fervorosas oraciones, el divino Ser que para unirse al hombre crió Dios y dió forma humana. Eso dijo el predicador, ¡el que hizo un sermon! pero iqué sermon! mejor que los de Vd., tia Manuela.

—¡Ya! como que el que *preicaba* era un *Padre de la Iglesia* (1), repuso la anciana.

—Pero cuando llegó á dar gracias á la Señora por su beneficio, allí fué rebosar los corazones postrarse todos y deshacerse en llanto; yo, tia Manuela, lloraba por mi cara abajo cada lagrimon como un garbanzo: lo que ni antes ni despues me ha sucedido en toda mi vida de Dios.

—Llamadas, llamadas, hijo mio, que hace Su Divina Majestad á nuestros corazones, repuso conmovida la anciana.

—Cerca de mí, prosiguió el soldado, estaba arrodillada una señora muy devota de la Virgen del Cármen, y muy entusiasmada por la guerra de Africa como todas las *señás* mujeres de Cádiz.

(1) Un Sacerdote.

—Dí de todita la España entera, observó la tia Manuela; *arrepara*, Roque, que las mujeres nos vamos siempre á lo bueno y á lo *ligítimo* por propia inclinacion, aun sin saber el camino, como los arroyos al rio.

—No dice Vd. malamente, tia Manuela.—Pues señor, como iba diciendo, la señora aquella cuando se remató la funcion se acercó á mí y me dió un escapulario de la Virgen del Cármen, encargándome mucho que lo llevase al cuello, poniéndome con fé y amor bajo el amparo de la piadosa Madre de Dios, y me encomendase á ella en todos los peligros y riesgos que me iban á rodear. Se lo prometí, lo tomé, lo besé, y me lo colgué al cuello.

—¡Puesto lo tiene! dijo ufana la madre del narrador.

Este prosiguió:

—Ya en la travesía nos cogió un temporal de los mas desatados. ¿Tia Manuela, Vd. nunca ha visto la mar?

—No, hijo, ni ganas, pues he oido decir que no se le ve el fin, no se le halla el fondo, que ruge como una manada de toros, y que tiene en sus centros unos peces diformes que les dicen *tiburones* que se comen á las gentes, y eso no me hace ni chispa de gracia.

—Cuando hay que verla, tia Manuela, es embarcado y en dia de temporal. Está la embarcacion metida entre montes de agua tan altos como los de Ronda,

que todos se mueven y revientan echando espumarajos, y se tiran unos á otros el bagel como si fuera una pelota; y cuenta con que en ese azar no hay que contar con mas ayuda ni mas auxilio que el del cielo; asina es, que dice bien el refran; *si quieres aprender á orar, entra en la mar*. Por mi puedo decir que me encomendé con gran fervor á la Señora, y me sentí despues tan reposado de ánimo como si hubiésemos navegado sobre un charco de aceite. Cuando felizmente arribamos le dije á la Vírgen; ¡Ea, madre mia! ya has empezado á ampararme; no desvies, Vírgen piadosa, de mí, tu santa proteccion!

—Oye, Roque, ¿y aquellas playas son como las de por acá? preguntó la vecina.

—Ahora no es sazon de platicar de eso, que me tengo que volver á la era, y no me detengo mas que el tiempo que eche madre en llenar á Salud y Gracia.

Diciendo esto, alargó el soldado á su madre dos astas de buey pulimentadas, y perfectamente cerradas en su parte abierta por una tapadera de madera ó corcho con un boton clavado en medio para poder alzarlas de su sitio, en que llevan los trabajadores al campo el aceite y el vinagre necesario para la confeccion de su gazpacho, á las que han puesto por nombre *Salud* y *Gracia*, por refrescar la sangre el vinagre, y dar sabor al manjar el aceite.

—Mientras [illegible] madre esa faena, acaba de contarnos tu percance, rogó la vecina.

—Sí, hombre, añadió la tia Manuela, no nos dejes á media miel.

—Un dia despues del rancho, principió el soldado, estábamos unos cuantos de chacota; yo habia bebido un trago y astaba *chispoleto*; la verdad se ha de decir, tanto mas en estas ocasiones en las que no es el hombre el que obra sino el compañero que lleva consigo (1). Lo habia yo emprendido con un lebrijano (2) que no estaba *chispoleto* como yo, sino *calamocano* (3) y no paraba de poner por las nubes la torre de la iglesia de su pueblo. Ya se ve, le dije yo, como que están ustedes los lebrijanos tan ufanos con la torre de la iglesia de su pueblo, que cuando se acabó de labrar y llegó el invierno, no sabiendo como resguardarla de la inclemencia del tiempo, se juntaron los vecinos del pueblo, mataron cuantas ovejas tenian, y con sus pieles le hicieron una zamarra á la torre; por lo cual se les conece á Vds. hasta el dia de hoy por *los de la zamarra*.

El lebrijano se amoscó, y me preguntó si por acaso queria yo manifestar con lo que iba diciendo, que fuesen las gentes de su pueblo unos bárbaros.—¿Qué habian de ser?—le respondí yo; son muy discretos y advertidos, y sino dígalo la peticion que hicieron al Rey en ocasion de subir una arriada grande la vega

(1) El vino.
(2) Natural de Lebrija.
(3) Un grado mas de embriaguez.

hasta llegar al pié del cerro en que está el pueblo, pidiendo á S. M. que declarase á Lebrija puerto de mar.

—¡Qué *guason* (1)! dijeron riendose las mujeres.

—No sabes, hijo, observó la tia Manuela, que los lebrijanos se atufan con esas chanzas, que las chanzas acaban mal, y que las burlas dice el refran, que dejarlas cuando mas agradan.

—Tia Manuela, dijo el soldado, despues del asno muerto la cebada al rabo. A mi costa lo supe, y tambien que no hay peor burla que la verdadera, perque el lebrijano se amoztazó y me dijo por lo claro y con todas sus letras, que los de Dos-Hermanas éramos unos bárbaros, mas gansos que pajares, y mas tontos que habas eladas, y yo levanté la mano y le dí una guantada de cuello vuelto.

—¡Ave María, hombre! hiciste mal, dijo la tia Manuela.

—Señora, quien no se siente de una mala razon no se siente de una puñalada; me injurió, y hombre honrado antes muerto que injuriado. Salimos al campo desafiados. El lebrijano estaba tan ciego por la ira y por el vino, que me acometia furioso pero sin tino; yo que ni queria matarlo ni que él me matase á mí lo paré con un golpe de plano sobre la cabeza que lo atolondró y lo tumbó de espaldas. Volvíme al campamento dejándolo allí tendido que durmiese la mona.

(1) El que dá chanzas pesadas ó necias.

Pero llegó la hora de la lista de la tarde, y faltó él. Tomaron informes, y no faltó quien dijera que nos habian visto salir desafiados del campamento, y señalase el rumbo que habiamos tomado. Mandaron á un cabo y unos soldados á reconocer el sitio, y en él hallaron al lebrijano bárbaramente degollado

—¡Jesus María! Dios santo! exclamaron á una vez las mujeres. Roque, ¿Mataste á ese hombre sin querer?

—¡Vaya! no que si lo hubiese matado queriendo ó sin querer, estaria yo aquí á la presente refiriendo el caso.

—Sigue adelante, Roque, cuenta lo que sucedió, que me tienes como á aquel que está temiendo que se le caiga el techo encima, dijo la tia Manuela.

—Allá iban las cosas vivas, continuó el soldado; en un santiamen se me hizo consejo de guerra, y cátenme Vds., á pesar de haber jurado que yo no era reo de aquel delito, condenado á ser *afusilado*, sin mas consuelo que acudir á la Virgen Santísima del Cármen que ya me habia sacado de entre las olas embravecidas para que me librase en aquel trance, en el que no me quedaba esperanza alguna en lo humano.

Una mañana me sacaron del arresto para llevarme al consejo.—Voy á ser *afusilado* sobre la marcha, pensé, saqué del pecho mi escapulario, lo besé, y le dije á la Señora: ya que no me hayais salvado la vida por no ser la voluntad de Dios, alcanzadme, madre mia, una buena muerte, que no niega el Señor al

que conforme con su suerte y contrito de sus culpas se la pide. No os pido ánimo, Madre mia, que no me falta, sino que muerto yo consoleis á mi pobre madre; infundidle, Señora, que muero inocente, para que me llore desgraciado, pero no mo llore perverso, como voy á aparecer á los ojos de los hombres.

Las mujeres se habian todas echado á llorar con esa blandura de corazon propia de las gentes sencillas.

—¡Hijo de mi alma, de mi vida, y de mis entrañas; decia su madre, si le hubiesen quitado la vida *afusilado*, me la quitaban á mí aquellos mismos tiros!

—¡Pobrecito! qué pasaría, Dios de mi vida! pobrecito! repetian las otras mujeres.

Pobrecito!... dulce y compasiva voz que de maneomun han puesto en los labios de los hombres el ángel del amor y el de la compasion, pues ambos afectos se unen en ella, como se funden sobre la frente del niño doliente, el sonido del beso y del suspiro de su madre.

—¡Pero qué! prosiguió animándose el hijo del pueblo católico, la Señora habia sacado la cara por mí! Aquella mañana una partida que hacia un reconocimiento, habia hallado escondidos entre los matorrales á unos moros que apresaron, y registrados que fueron, le hallaron á uno de ellos una medalla de plata. Aquella medalla la conocieron los compañeros del lebrijano por ser de aquel, que la llevaba siem-

pre colgada del cuello. Entonces los gefes sospecharon lo acaecido, que aquel desgraciado habria sido en su borrachera degollado por los moros. Prometieron la vida á los presos si declaraban la verdad, y decian cual de ellos habia muerto al soldado. Entonces cantaron de plano y dijeron que el matador lo habia sido el moro á quien hallaron la medalla. Ahora bien, ¿saben Vds. qué medalla era la que me habia salvado la honra y la vida probando mi inocencia? ¡*La medalla de la Virgen del Cármen*!

—¡Madre mia! Madre mia! exclamaron las mujeres con enternecida y entusiasta aclamacion.

—Roque, dijo la tia Manuela, ¿y no hicistes en aquel instante una promesa en accion de gracias á tan piadosa medianera, por el patente amparo que te prestó?

—Si, señora, contestó el soldado. Prometíle (así me dé Dios vida para cumplirlo!(de proclamar mientras viva su santo nombre mas alto que las estrellas; bendecirle agradecido cada dia y cada hora y... no fumar nunca en sábado.

EL ALCAZAR DE SEVILLA.

EL ALCAZAR DE SEVILLA

Magnífico es el Alcázar
Con que se ilustra Sevilla
Deliciosos sus jardines,
Su excelsa portada, rica.

DUQUE DE RIVAS

Difícil y aun árdua tarea es la que nos proponemos al intentar describir el Alcázar de Sovilla, por que no hay cosa más indescriptible. Difícil tarea es, repetimos, aun para nuestra paciente pluma, que, bien que mal, se complace en describir lo que la impresiona ó interesa. Como no somos historiadores ni artistas, no describiremos bajo el punto de vista histórico ni bajo el artístico este venerable decano de los edificios del país, joya de patrimonio de nuestros Reyes: harémoslo sencillamenie de la manera gráfica y minuciosa con que reproduce el daguer-

reotipo los objetos, esto es, retratándolos sin otras impresiones que las que ellos mismos causan.

El Alcázar, castillo fuerte y residencia de los Reyes Moros, fué mucho mayor de lo que lo es en el dia. Hasta la Torre del Oro, cercana al rio, se estendian sus fuertes muros, hoy en parte arruinados, en parte fuera del recinto del actual Alcázar, y escondidos y oprimidos entre casas, sobre las cuales se alza de trecho en trecho una de sus torres, como un roble entre las zarzas que lo oprimen, para respirar en ancha atmósfera y no ahogarse mezquinamente. En el dia su recinto es mas reducido, y carece de los cuarteles, cuadras y plazas de armas que prebablemente ocuparian ántes el terreno cercado. Como las construcciones del pueblo reconcentrado á que debe su orígen, carece el Alcázar de fachada exterior; y solo tres puertas pequenas, sencillas y ojivales; y un postigo, dan separada entrada á tres de sus cuatro patios, alrededor de los cuales se alínean construcciones de diferentes gustos y edades, recuerdo de distintas épocas y diversos monarcas, que se tocan, si no en la mayor armonía, en la mas perfecta paz y concordia, y son todas viejas y pobres esclavas de la mansion Régia, hermosa sultana de eterna juventud.

Una de las bellezas que sorprenden y admiran á todo el que se dirige á visitar el alcazar, es la plaza llamada del Triunfo, que antecede á la entrada del primer patio, y que nos recuerda otra grandiosa plaza de la capital de Galicia, que, como ésta solo se halla

formada por cuatro edificios. Alzase al Norte la nunca bien ponderada, la nunca bastante admirada catedral, la Iglesia de las iglesias, la honra de la católica España, santo é infalible reloj cuyo minutero no ha discrepado un punto desde que la inmutable dignidad del culto católico le dió cuerda. Vése al Poniente la Lonja, hermosa y perfecta construccion de Herrera, que en estantes de caoba conserva con el merecido decoro los preciosos documentos del archivo de Indias. Al Sur se alzan las almenadas murallas del Alcázar, flanqueadas de torres macizas que le sirven de poderosos sostenes contra el comun enemigo, el tiempo, pero que fueron impotentes contra el ejército que tuvo por caudillo al Santo Rey Fernando III. Completa esta plaza al Levante una espaciosa y bella casa particular. que no la afea.

La puerta del Alcázar, situada en el ángulo formado por los muros esteriores de éste y la mencionada casa, da entrada al patio de las Banderas. Cuanto sobre el orígen de este sonoro nombre hemos podido averiguar, redúcese á que es debido á un haz de banderas que sobre la puerta hubo en otros tiempos pintado al fresco. Debajo del arco de entrada y á mano izquierda hay un precioso retablo, que se ilumina todas las noches, y en cuyo centro se ve una pequeña Virgen de la Concepcion con dos lindas efigies de San Joaquin y Santa Ana á sus lados: en la parte superior y en los costados del retablo se hallan colocadas la de San José con el Niño en brazos, y las de

San Fernando y San Pedro, que parecen ofrecer la espada y las llaves, con que están representados, á la Madre del Redentor. El todo forma un conjunto tan grato para la vista como para el corazon. El patio es entrelargo, tiene en medio una fuente rodeada de árboles, y tanto el lado por donde hemos introducido en él al lector, como los dos que le son perpendiculares, se hallan compuestos de casas, sin mérito alguno artístico, arquiladas á particulares, alzándose en el opuesto la hermosa habitacion del Teniente de Alcaide, en cuyo extremo izquierdo segun se mira, hay un arco que conduce por un estrecho y retorcido callejon al postigo de que hemos hablado y que da salida á la calle llamada de la Vida, al paso que en el costado derecho se encuentra una gran puerta coronada con las armas Reales y que da ingreso á un cuerpo de edificio construido por Felipe III y reparado por Felipe V, que colocó en sus salones altos la Real Armería. Entrase por dicha puerta en un vasto corredor ó vestíbulo sostenido por columnas, llamado el apeadero, y encuéntrase en frente un antiguo y venerable retablo. En el ángulo izquierdo un callejon bajo de techo, termina en una cancela de hierro que da entrada á los jardines. En el derecho hay en direccion perpendicular una galería que tiene á la derecha dos casas y á la izquierda la verja de un patio llamado de Doña María de Padilla, y que el actual Teniente de Alcaide, con el buen gusto y celo que le distinguen, ha convertido en jardin.

Al otro lado de éste y en frente de la verja de que hemos hecho mérito, vése el cuerpo del edificio construido por el emperador Cárlos V, para celebrar en él sus bodas con la Infanta Doña Isabel de Portugal, y que consiste en inmensos y vacios salones, de los que unos dan á éste nuevo jardin y otros á los antiguos del Alcázar. En el principal de dichos salones se verificó el Régio enlace el 10 de marzo de 1526, solemnizando el invicto Monarca este acontecimiento con dar libertad en el mismo dia al rey Francisco I de Francia, preso en la torre de los Lujanes de Madrid desde la inolvidable victoria de Pavía (1). En otro salon de aquellos, llamada la sala Cantarera, celebró mucho tiempo sus sesiones la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, á que Sotelo, Reinoso, Lista, Arjona, Mármol, Roldan y tantos otros hombres ilustres pertenecieron, que estuvo en posesion de él desde que en 1752, al año de haber sido fundada por el docto sacerdote D. Luis German, fué acogida bajo la real proteccion por Fernando VI, hasta 1848 en que el entonces Teniente de Alcaide la hizo desalojar, sin respetar la concesion hecha á este célebre cuerpo literario por su Regio Protector, ni el haberle sido confirmada por nuestra

(1) La mayor parte de las noticias que insertamos, concernientes á la historia y á las artes, las hemos debido al Capitan de Artillería Señor Don Fernando de Gabriel y Ruiz de Apodaca, jóven cuya instruccion y talento solo son comparables á la modestia que los avalora, y á la nobleza y bondad de su carácter.

augusta Soberana en 1842, y sin que hayan sido despues eficaces todas las gestiones de la Academia para volver á ocupar su antiguo é histórico local.

Termina la galería ántes espresada, en otro patio, que es el principal, y que comunica por un arco con otro estrecho y largo, llamado de la Montería por haber sido residencia de los leales Monteros de Espinosa. A un extremo está la puerta que debe su nombre al Leon de España, que, con una mano puesta sobre una lanza y una cruz en la otro, se ve pintado encima, ostentando éste que fué su magnífico lema: Ao utrumque.

¡Imposible nos es contemplar sin avergonzarnos este lema glorioso de la antigua España!

En el patio de la Montería se halla un vasto y notabilísimo aposento llamado la Sala de Justicia, que es acaso la construccion mas antigua del Alcázar y la mas puramente árabe. En el se reunian los Jueces; y cuando hablemos del dormitorio del Rey D. Pedro, referiremos una tradicion que une lúgubre y justicieramente el nombre de este Monarca al de la sala expresada.

Vueltos al patio principal, diremos que en el frente opuesto al arco por donde se sale al de la Montería, álzase deslumbrando al que la mira, la árabe fachada del Régio Alcázar. Pero antes de entrar en éste, sigamos un pasadizo, que del patio principal conduce al cuarto patio, que es el mas moderno, el mas chico, el mas simétrico y el mas triste de todos, que se

llama de la Contratacion, y que debe su restauracion á los comerciantes que allí tenian sus juntas y hacian sus contratos cuando se hallaba en auge el comercio de Sevilla con América.

Volvamos á la Régia Morada.

No ha mucho que esta inapreciable joya se encontraba en el mas triste y vergonzoso abandono. No solo se hallaban deslustrados y perdidos los preciosos colores y dorados que hacian de ella la única mansion capaz de realizar las semi-fantásticas concepciones de los cuentos de las *Mil y una noches*, no solo se hallaban, á fuerza de estúpidos blanquéos, enterrados y completamente ocultos en cal los finísimos arabascos de sus muros; no solo conservaba como heridas sin curar, los destrozos sufridos en distintas épocas y circunstancias, sino que varios patios y aposentos apuntalados daban márgen á que escribiese cierto humorista viajero de los que en lugar de descripciones hacen sátiras, por ser esto último mas fácil, que una de las cosas afortunadas que le habian sucedido durante su viaje, era el haber salido sano y salvo del Alcázar de Sevilla. Así, pues, los verdaderos amantes del país, los anticuarios, los artistas y los historiadores deben estar profundamente agradecidos á nuestra Reina Doña Isabel II, en cuyo reinado se ha dado por fin cima á la restauracion de este admirable monumento, único en Europa, que con la Alhambra y el Romancero nos trasporta á lo vivo á aquellas románticas edades en que la elegancia y los

bríos varoniles, el espíritu caballeresco y el religioso, la galantería y el heroismo reinaban justamente y sin contrariarse. Esta bienhadada restauracion, cuya fecha, con el nombre de la Reina que la dispuso, brilla en letras de oro formando el mas bello adorno de la puerta principal del palacio, atrae y atraera cada dia con mayor fuerza á nuestra Soberana los entusiastas elogios á que es acreedora, por haber sabido sobreponerse al espíritu avariento de la época y á sus tendencias cínicamente pregonadoras de lo positivo y de lo útil, demostrando doblemente de lo que son capaces la generosidad y esplendidez Régias.

La equidad exige que recaiga una parte de estos elogios en el entendido y perseverante Teniente de Alcaide actual, que con singular constancia, celo ó inteligencia, superando obstáculos y venciendo inercias, ha sabido realizar los deseos de la angusta Señora, eficazmente ayudado en la parte artística por el distinguidísimo pintor sevillano Don Joaquin Dominguez Bécquer. Difícilmente se hubiera hallado otra persona que hubiera podido hacer lo que el Señor D. Alonso Nuñez de Prado ha llevado á cabo, pues no es fácil seguramente encontrar quien esté dotado de su fuerza de voluntad, quien se enamore, como él de su obra, y le dedique todo su tiempo; quien tenga su buen gusto y su inteligencia, y quien sea asimismo bastante acaudalado para poder anticipar de sus propios fondos las sumas necesarias para tan dispendiosa obra, á cubrir las cuales no siempre

alcanzaban los rendimientos de las fincas del Real Patrimonio puestas á su cuidado. Así, pues, tanto nuestros SOBERANOS como el país, deben estar reconocidos al que, interpretando dignamente los nobles deseos de nuestra REINA, ha logrado restaurar este Alcázar, preparando infatigablemente la noble hoguera de la que en todo su primitivo esplendor ha resucitado al morisco Fénis.

Ya en la fachada deslumbran los vivísimos colores y el oro, que constituyen el régio manto de esta encantadora mansion. La entrada carece á nuestro entender de grandeza, privándola una pared de la vista del magnífico patio principal, al que conduce una pequeña puerta lateral. Hállase este patio rodeado de cincuenta y dos columnas de mármol, de las que cuarenta están apareadas, formando las doce restantes cuatro grupos de á tres en los ángulos. Sobre estas columnas álzanse veinte y cuatro arcos piramidales, formado cada uno de trece semicírculos, ménos los cuatro que ocupan el centro de cada frente, que constan de quince; rodeando al patio una galería, cuyos muros así como los de los arcos, están cubiertos de arabescos, y tienen formados sus zócalos de aquel brillante y perdurable alicatado peculiar de los moros.

Frente á cada uno de los cuatro arcos centrales, que son mayores y menos agudos que los demás, hay en la galería una gran portada, de las que una comunica al salon de Embajadores, otra al llamado de Cárlos V, otra á otro salon, y la restante constitu-

ye el emplazamiento en que, segun es fama, se colocaba el trono de los Reyes moros para recibir el feudo de las cien Doncellas impuesto á sus vasallos por el usurpador Rey de Astúrias Mauregato, y pagado anualmente á los árabes en recompensa de haber auxiliado á aquel para apoderarse de la corona, hasta que su sucesor el gran rey D. Alfonso II el Casto redimió á los cristianos de tan vergonzoso tributo, gracias á sus brillantes victorias sobre los infieles.

De verificarse en este patio la entrega de este Feudo, pretende la tradicion que se deriva su nombre de patio de las Doncellas.

Dos de los tres pequeños ajimeces ó claraboyas caladas que hay encima de la magnífica puerta de alerce que conduce al salon llamado de Cárlos V, por haberlo reedificado este soberano y sustituido á su antigua techumbre el precioso artesonado que hoy se admira en él, tienen en su parte superior dos cabezas árabes cubiertas con sus turbantes, una de hombre y otra de mujer. Segun tradicion, son retratos del alarife que el rey D. Pedro hizo venir de Granada para reconstruir el antiguo Alcázar, y de su mujer puestos en aquel paraje por órden del Monarca para perpétua memoria.

El piso superior lo forma una galería jónica construida por Cárlos V, cuyo soberbio *Plus Ultra* ostenta tambien este patio.

Pásase del patio que hemos descrito al salon de Embajadores, que eleva su soberbia cúpula sobre to-

das las demás techumbres del edificio. Compónese cada uno de sus cuatro frentes, de un bellísimo arco, tres de los cuales tienen otros tres embutidos; sobre cada arco grande hay tres claraboyas figuradas y caladas como encaje; encima de los cuatro grandes arcos, se ven cuarenta y cuatro más pequeños embutidos en el muro; sobre estos hay un balcon en cada fachada, y encima de ellos y circundando al salon, existia una série de retratos de los Reyes de España, dentro cada uno de un arco gótico; álzase finalmente la majestuosa media naranja artesonada que corona el salon. Destinado en una ocasion el Alcázar á cuartel de voluntarios, entretuviéronse estos desde los balcones en despedazar á bayonetazos los históricos retratos de que hemos hablado.

Impotente nuestra pluma para describir debidamente este salon y referir las impresiones que el recuerdo de la trágica escena ocurrida en su recinto el 19 de Mayo de 1358 despierta, y de que, segun afirma la tradicion, son evidentes testimonios las vetas rojizas que manchan las losas del pavimento, y que se suponen producidas por la sangre del Maestre Don Fadrique al ser muerto por los ballesteros de su ofendido hermano el Rey Don Pedro de Castilla, dejemos hacerlo al primero y mas nacional de nuestros poetas contemporáneos, al Duque de Rivas:

Mas ¡hay! aquellos pensiles
No he pisado un solo dia
Sin ver (¡sueños de mi mente!)

La sombra de la Padilla.

. . . . . .

Ni en el aposento régio
El que tiene en la cornisa,
de los reyes los retratos
El que en columnas estriba.
Al que adornan azulejos
Abajo, y esmalte arriba,
El que muestra en cada muro
Un rico balcon, y encima
El hondo arteson dorado
Que lo corona y atrista.
Sin ver en tierra un cadáver;
Aun en las losas se mira
Una tenaz mancha oscura...
¡Ni las edades la limpian!...
¡Sangre! ¡Sangre!!... ¡Oh, Cielos, cuántos
Sin saber que lo es la pisan!

Del salon de Embajadores se pasa á un patio de no grandes dimensiones, pero de imponderable belleza. Llámase de las Muñecas, y se compone de diez arcos, de los que los cuatro centrales son mayores que los restantes. Sostiénenlos columnas de mármol, y tanto sus muros como los de la galería que forman y los dos pisos Superiores, son literalmente de finísimo y delicado encaje. Es todo blanco, y ha sido resguardado de la accion de la intemperie, colocando sobre él una elegante cubierta de cristales.

Solo el lápiz y el pincel unidos, pueden dar idea de la caprichosa variedad y belleza de los adornos, de que así el salon y los dos patios de que hemos hecho mérito, como las demás estancias del piso bajo del Al-

cázar, tienen revestidos sus muros; y de lo admirable de los artesonados. Por todas partes deslumbran el oro y los mosáicos compuestos de los mas vistosos colores. Las ventanas, divididas á lo morisco por finas columnitas, dan la mayor parte á los jardines, los cuales tendrian quizás el aire demasiado grave, si la severidad de los naranjos y bojes que unos contra las paredes, otros sirviendo de marco á los cuadros, no discrepan de la etiqueta, no estuviera paliada por el murmullo de las fuentes, la espléndida alegría del cielo y la lontananza de sus horizontes que nada interrumpe, por concluir los jardines en los muros de la ciudad, lo que les da el silencio y el apacible encanto de la soledad.

El segundo piso del edificio fué levantado en su mayor parte con posterioridad á la construccion árabe y á la reedificacion hecha por D. Pedro. En él existen muchos hermosos salones con magníficos artesonados, (entre ellos una estancia admirable que da á la fachada, y cuyas paredes sostenidas por columnas, revisten el oro y los colores, y los mismos encantadores arabescos que embellecen los aposentos del piso bajo), y un lindísimo oratorio de arquitectura gótica, fabricado de órden de los Reyes Católicos, y de gusto semejante al de la iglesia de San Juan de los reyes en Toledo.

El altar, que es de azulejo, representa la Visitacion de Nuestra Señora, viéndose en el frontal la Anunciacion, y entre muchos adornos la bella y me-

morable divisa de los angustos Fundadores TANTO MONTA, con el yugo, y sus iniciales F. I.

En este mismo piso se encuentra el dormitorio del Rey D. Pedro, que es la última habitacion situada en el lado izquierdo del Alcázar, mirando hácia los jardines. En el techo de la parte de muro comprendida entre dos puertas, que una tras otra cierran una de las entradas de esta estancia, se ven pintadas cuatro calaveras, y junto á otra puerta una figura esculpida en estuco, que representa un hombre sentado contemplando otra calavera. Hé aquí la tradicion á que esto se refiere. Cuéntase que escuchando un dia el Rey á quien la historia llama *el Cruel*, y las tradiciones y la poesía *el Justiciero*, una deliberacion entablada en la sala de Justicia por cuatro jueces que acababan de oir la relacion de cierta causa, vino en conocimiento de que trataban de torcer la ley del lado de la *dádiva*, y del modo de repartirse las que en premio de su infamia les habian sido ofrecidas. Presentóse el Monarca indignado ante ellos, y haciéndoles cortar acto contínuo las cabezas, dispuso colocarlas para eterno escarmiento en el sitio donde hoy se ven las calaveras. Andando el tiempo fueron quitadas de allí las cabezas, y sustituidas por las calaveras y la figura que parece llamar la atencion sobre ellas, como indicando el fin reservado por la justicia del Rey á los jueces prevaricadores.

Una pequeña y casi escondida escalera, unica que existia en el antiguo Alcázar,—pues la grandiosa

principal que hoy une los dos pisos, y que pertenece el Renacimiento, es del tiempo de Felipe II, y se halla fuera del recinto de aquel.—comunica desde el dormitorio de D. Pedro á una capilla situada en el piso interior, en lo que fueron habitaciones de Doña María de Padilla, y por ella diz que bajaba el Rey á distraerse de las ingratitudes y falacias de que fué siempre víctima, al lado de una mujer amante y fiel.

Un terrado se extiende ante las habitaciones altas, y otro ante las bajas, y conducen desde ellas á los jardines. Llámanse jardines, por estar divididos, no sabemos con qué objeto. La última division que al frente parte el jardin en dos, es debida al Asistente Don Francisco Bruna, que malgastó en ello bastante dinero.

Por la izquierda termina el jardin en una gran galería techada, por la cual puede pasearte en los dias luviosos; y que separa á aquel de la extensa huerta perteneciente al Alcázar. Cubre la galería una azotea, que es otro nuevo paseo, en extremo agradable por las buenas vistas que ofrece; pero ninguna mas grata que el contraste que forman de una parte aquellos régios jardines con su majestad, su órden y su silencio, y de otro la casita del hortelano en su pintoresco desórden, con su parra por toldo, sus gallinas y pollos por cortesanos, sus legumbres por riqueza, sus flores por lujo, y su alberca habitada por ranas, á dos pasos de los históricamente famosos y régios baños de las Sultanas, y mas tarde de Doña

María de Padilla. Entrase en ellos por el jardin, y están hoy bajo el patio que lleva el nombre de ésta, levantado en tiempo de Cárlos V. En lo antiguo se hallaban rodeados de naranjos y limoneros que bebian sus aguas, y cubierta únicamente su parte superior. Consisten los baños en una larga albarca, que tendria en aquella época agua siempre corriente para abastecerla.

Cuéntase que, mientras se bañaba la hermosa favorita le hacian tertulia el Rey y sus cortesanos, lo cual deja de ser tan escandaloso como á primera vista pudiera aparecer, si se considera que hoy mismo es costumbre en algunas partes recibir en el baño, y aun en ciertos parajes bañarse muchas personas de ambos sexos reunidas, como se verifica en los de Biarritz, en Francia, y en los de Bath en la pulcra Albion. La galantería de aquellos tiempos habia introducido la costumbre de que, los caballeros bebieran del agua misma en que se bañaban las damas. Así lo verificaba en el baño de Doña María el Rey D. Pedro y sus cortesanos. Notó un dia aquel que uno de estos no lo hacia, y dirigiéndose á él le dijo: ¿Porqué no bebes? Prueba esta agua y verás cuán buena y fresca es. —No haré tal, Señor, contestó el interpelado.—¿Porqué? tornó á preguntar picado el Monarca. —Para evitar, Soberano Señor, repuso aquél, que si encuentro agradable la salsa, vaya á antojárseme la perdiz.

A la entrada de los jardines, por la cancela de

hierro de que casi al principio de estas páginas hablamos, y que es la que en ciertos dias se franquea al público, hay un magnífico estanque de mas de tres varas de profundidad, apoyado en la galería que separa los jardines de la huerta, y en cuya pared se ven todavía bellísimas pinturas mitológicas, que ni el ardiente sol ni los violentos aguaceros de Andalucía han podido deslustrar.

De este estanque se refiere, que hallándose muy preocupado D. Pedro con la idea de á qué Juez confiaría el sentenciar un pleito sumamente enmarañado y oscuro, cortó una naranja en dos mitades, y colocó una de estas sobre la superficie de las aguas del estanque. Hizo venir á un Juez y le preguntó qué era lo que sobrenadaba. Contestóle el Juez que era una naranja, y descontento el rey lo despidió, mandando llamar sucesivamente otros varios Jueces, de quienes, habiéndoles hecho la misma pregunta, obtuvo tambien la misma respuesta. Llegó, por último, uno que al escuchar la pregunta del Rey, desgajó una rama de un árbol, y trayendo con ella hácia sí el objeto á que aquél aludia, lo sacó del agua: Es media naranja, Señor, contestó entónces.—Tú serás, dijo el Rey, quien sentencie la causa; y la puso á su cuidado.

No debemos pasar por alto una cosa que entusiasma á algunos, y asusta á otros de los muchos que visitan los jardines del Alcázar. Nos referimos á un juego de aguas que hace brotar de repente entre los

ladrillos de los paseos, gran cantidad de saltadores, que formando prismas con los rayos del sol poniente, causan bellísimo efecto y parecen otros tantos movedizos penachos de brillantes.

Tambien hay un laberinto de arrayan, caro á los niños, que los atrae y asusta como todo lo misterioso.

Hay otra cosa en estos jardines, que sin ser cosa artística ni régia, sin recuerdo histórico y sin ayuda del tiempo ni del hombre, encanta, y admira, y es un ruiseñor que no busca recuerdos ni bellezas, sino verde hojarasca, y no podemos concluir de hablar del Alcázar, sin dedicar un recuerdo á este huésped de sns jardines, porque él á su vez nos trae á la memoria los amigos queridos y simpáticos en union de los cuales, y sentados con ellos alrededor de una fuente, hemos quedado tantas veces mudos y absortos escuchando los mismos sonidos que oirian las grandes figuras, cuyos hechos han quedado impresos en las páginas de la historia, y cuyas huellas se estamparon en los mismos sitios que recorríamos. Una série de siglos, con los personajes y cosas que en cada cual figuraron, pasaba lentamente ante nuestra vista, trayéndonoslos á la memoria como repite un lejano eco los debilitados sonidos de distintas tocatas. Entónces, cual nunca, sentíamos lo que Mr. Ernesto Reuan, Miembro del Instituto francés, ha expresado no ha mucho en las siguientes palabras (1): «¡Lo pasado es tan

(1) *Revista francesa de ambos Mundos*, 15 de Agosto de 1857 página 768.

poético! ¡Lo porvenir lo es tan poco! Hay mas mérito en amar lo que fué, que en amar lo que será. Ciertos séres privilegiados aman las cosas antiguas y gastadas, porque las ven débiles y abandonadas, y porque la multitud se aglomera en otras direcciones. En esto consiste el secreto de su fuerza; pues en medio de esta humanidad ligera que rie, se divierte y se enriquece, conservan lo que constituye la fuerza del hombre, y lo que á la larga dá siempre la victoria, esto es, la fé, la gravedad, la antipatía á todo lo vulgar, el menosprecio de la frivolidad.

Mal hemos llenado nuestro cometido (1); pero venga todo aquel que quiera conocer bien esta joya de España á la hospitalaria hija del Bétis; cuando lo admire la Lonja, le encante el Alcázar y le entusiasme la catedral, conocerá cuán difícil es describir en lisa y llana prosa lo que se siente al contemplarlos. No ha sido éste tampoco el objeto que nos hemos propuesto al trazar las presentes líneas. Al ver que la

(1) No puede leerse nada más exacto, interesante y poético que la descripcion del Alcázar hecha por el Excmo. Sr. D. Antonio de Latour, Ayo que fué de S. A. R. el Sr. Duque de Montpensier, y actual Intendente de su casa, en su notable y erudita obra titulada; *Etudes sur l' Espagne*. Recomendamos á todos los que despues de leer estos ligeros apuntes deseen adquirir mayores noticias sobre el Alcázar, que lean el capítulo 4.º del tomo 1.º de tan curiosa é interesante obra, que dicho sea de paso, no creemos se haya traducido aun. ¡Tal es por desgracia entre nosotros la falta de espíritu público, tristemente absorbido por la política!

época actual, que tiene tantas trompas para publicar lo que es triste y malo—ó lo que sin ser malo hace que lo parezca,—no ha tenido fuéra de Sevilla ni una débil voz para publicar la buena y satisfactoria nueva de esta hermosa restauracion, cuya importancia es la de un verdadero acontecimiento nacional (por mas que no sea un ferro-carril), hemos querido solo evitar que quede desatendida, y contribuir en algo á que todo español amante de las bellezas artísticas y de los monumentos históricos de su patria, tribute á nuestros Reyes la gratitud á que en esta, como en tantas otras ocasiones, se han hecho acreedores.

UN SERMON BAJO NARANJOS.

UN SERMON BAJO NARANJOS.

La señorita Luisa Gouraud da á luz en París, un excelente periódicó titula lo: *Journal des jeunes personnes* (*Periódico de las jóvenes*): y deseando avalorarlo con una produccion del distinguido y erudito literato Mr. de Latour, que de largo tiempo atrás tiene consagrada su docta pluma y la gracia y elegancia de su estilo á dar á conocer en Francia bajo su mas bella faz las cosas de nuertra España, ha obtenido de éste el artícnlo que á continuacion traducimos, seguros del interés general con que será leido, por abrazar tantas cosas dignas de ser tenidas en cuenta, y que el autor pone á la vista con la benevolencia, estudio y poesía que distinguen á todos sus escritos, en los cuales rebusca con marcada preferencia para presentar-

las al público francés, las humildes y santas violetas que suele pasar por alto la fama.

FERNAN CABALLERO

«Llevais, señora, á veces á vuestros jóvenes lectoras al gran mundo y la sociedad; permitidme que yo las conduzca á oir un sermon. Pero no hay en esto nada que pueda causar recelo ni aun á las mas jóvenes, porque se trata de un sermon predicado en un patio, al aire libre, bajo la sombra de naranjos, ante pobres niños; siendo los demás que componen el auditorio admitidos, pero no llamados. La misma voz que bajo los olivos de Palestina decia con tan tierno acento: «*dejad venid los niños á mí*» repite aun las mismas palabras despnes de cerca de dos mil años, bajo los naranjos de Andalucía. Algun dia, cuando España haya concluido sus caminos de hierro, que serán una seduccion mas que ofrecer á la legítima curiosidad de los viajeros, muchas de vuestras abonadas, que serán entonces graves madres de familia, vendrán quizás á sentarse al pié de este púlpito de los húerfanos; pero entretanto, vengan á acompañarme á él con el pensamiento:

»La catedral de Sevilla en su forma actual es muy posterior á la época en que los moros fueron expulsados de España: empero así como algo de las costumbres árabes ha permanecido entre los moradores del Mediodía de España, tambien el arte árabe ha

dejado huellas en los monumentos erigidos por la fé cristiana. Aquí, no osbtante, hallamos mas que involuntarias reminiscencias; dígalo en primer lugar la maravillosa Giralda; mucho mas antigua que la catedral, cuya solemne sonora voz esparce por los aires y á la cual no tiene el Oriente mas recóndito nada que se le pueda preferir. Díganlo además los grandes trozos de muros de la antigua mezquita embutidos en el recinto á que me propongo conduciros.

»Son tambien de usanza oriental los grandes patios que forman parte de los edificios religiosos. La catedral de Córdoba, tiene el suyo, con su fuente rodeada de sicomoros, de naranjos y cipreses. Las sinagogas de Toledo tienen tambien los suyos, pero solo con pozos y sin naranjos, que no podrian prevalecer en aquel clima.

»En Sevilla este patio es del tamaño de la antigua mezquita cuya área ocupa. Es un cuadrilátero de unos 450 piés de largo por 350 de ancho. En el centro tiene una ancha fuente cuya doble mar no carece de elegancia, y cuyo perenne murmullo concuerda perfectamente con el perfume del azahar.

»Tiene este patio tres distintas puertas de entrada. La principal se denomina del Perdon. La puerta, que es muy bella y redondeada por arriba á manera de herradura, fué hecha por árabes cautivos, por órden del Rey Alfonso XI en memoria de la batalla del Salado. Ambas hojas de esta puerta pertenecieron á la mezquita, así como las planchas de cobre cince-

ladas de que están cubiertas. Sobre la puerta hay un hermoso bajo relieve de barro codido, y á cada lado de la entrada las estátuas en pié de San Pedro y San Pablo, el uno con las llaves, el otro con la espada. Vese, pues, que á pesar de haber permanecido la puerta musulmana en cuanto á su forma y su materia, es cristiana, y abre á los fieles el dominio de Jesucristo,

«Entremos. Bajo la bóveda de la puerta, á la izquierda se fija la vista en una cabeza del Señor, puesta en una capilla de mármol, ante la cual arde perenuemente una lámpara. Entre esta capilla y una concha de agua bendita que se hace nocesario llenar constantemente, algunas personas devotas oran, y algunos mendigos imploran la caridad. Forma esto un cuadro de los que Schetz se complace y sobresale en pintar, y yo me figuro que Murillo al pasar por este sitio estuvo mas de una vez tentando de reproducirlo en sus lienzos. La leyenda de este Ecce-Homo debe ser curiosa y conmovedora, pero aun no me ha sido posible averiguarla. Su advocacion por sí sola es la del *Señor del Perdon*. ¿No es una dulce leyenda? Basta á lo menos, para explicar y motivar el nombre de la puerta.

«Pero existe otra etimología. Las gentes ancianas de Sevilla me han referido, que en otros tiempos, aquellos que eran condenados á la pena infamante de azotes, iban montados en un asno y acompañados del verdugo y sus ayudantes por las calles de la ciudad

En determinadas encrucijadas se paraba el séquito; el escribano leia en recia voz la sentencia y el verdugo aplicaba el castigo en las espaldas del delincuente, hecho lo cual, volviase á emprender la marcha hasta llegar á otro de los sitios designados. Una delicada razon de conveniencia hacia que se evitase de pasar por delante de las iglesias. Pero acaeció en una ocasion, no sé cómo, que la triste comitiva vino á desembocar por una estrecha calle que desde las gradas de la Catedral comunica con la plaza en que se halla la Audiencia, ante la puerta del patio de la Catedral. Hallábanse casualmente en ella varios canónigos. El reo al verlos, esclmó misericordia, y estos señores intervinieron en nombre del sagrado de la Santa Iglesia, que amplió algo la caridad, así de los que para el pobre reo la pedian, como de los que concedieron el *perdon*, por lo cual quedó este dulce nombre á la puerta y al Señor, en cuyo nombre se pidió.

»Al hallarse bajo aquellos naranjos, se siente una calma benéfica, á la que la perspectiva que se presenta añade una impresion religiosa.

»El primer objeto que llama la atencion, estando en el patio, es la Giralda que le domina. El púlpito se halla en su mismo lado, es decir, al Levante; es de mármol y se apoya en la pared de la sala en que está la preciosa biblioteca reunida por el hijo de Critóbal Colon, y donada por él á la ciudad de Sevilla. El hallarse esta en el recinto de la catedral ¿no prueba acaso que nada tiene que temer la religion del verdadero

saber, y que antes es ella quien comunica á éste elevacion y resplandor, en cambio de la solidez que de él recibe?

»Sobre el púlpito sujeto al muro, está el *velarium* ó batidor destinado á resguardar de los rayos del sol al predicador, y á la primera fila del auditorio, esto es, á los niños. La caridad que les ha dado asilo, cuida de ellos como una madre. Estamos tedavía en 17 de marzo, y ya nos anuncian los naranjos en flor que la llegada de la primavera ha puesto la savia en movimiento.

»Poco á poco se vá reuniendo el auditorio, aun se hallan vacios los bancos donde han de sentarse los huérfanos y que forman un cuadro al frente del púlpito alfonbrado con un tapiz, cuyo centro ocupan todos los años el Cardenal arzobispo y SS. AA. RR. la hermana de la Reina de España y sus augustos esposos é hijos, cuando se encuentran en Sevilla.

»Puesto que tenemos tiempo y ocasion, veamos lo que está grabado en esta lápida de mármol colocada á espaldas del púlpito:—Aquí han predicado San Vicente Ferrer, San Francisco de Borja, San J. de Avila, el venerable Fernando Contreras y D. Fernando de Mata.—Este es el libro de oro del púlpito del patio de los Naranjos; ahora daré algunos pormenores sobre cada uno de estos nombres.

»De estos venerables varones pertenecen cuatro al Mediodía de España, y de los mas célebres será de los que menos hablaré.

»San Vicente Ferrer es el apóstol de Valencia; ¡cuántas santas leyendas podria referir de su vida! Pero me ceñiré á decir que nacido en 1357, sembró con mano pródiga la semilla del Evangelio en Inglaterra, Alemania y Francia. Falleció en Bretaña, y dió su último suspiro en Vannes, en 1419.

»San Francisco de Borja es tambien hijo de la poética Valencia, en donde nació en 1500. Era Marqués de Lombay, Duque de Gandía, y fué Virey de Cataluña, muriendo en 1572, de General de la Compañía de Jesus. Su vida es toda una novela, y tiene grande analogía con la del abate Rancé; como éste habia merecido tener, el desengañado prócer, á un Chateaubriand por biógrafo. He visto una estatúa muy expresiva de este Santo en la Universidad de Sevilla. Preguntad á aquella efigie de un hombre extenuado por el ayuno y las austeridades, que nombre llevó éste en la córte de Cárlos V, y os responderá: «*me llamo Penitencia.*»

»San Juan de Avila habia nacido en 1502, en las cercanías de Toledo, en Almodóvar del Campo, pero á pesar de eso, llámasele el Apóstol de Andalucía. Escritor místico de un mérito singular, existen obras suyas que hacen autoridad, pero en cuanto á sus sermones, no queda sino la memoria de los maravillosos frutos que en las almas produjeron. Murió en Priego en 1569.

»Fernando de Mata habia nacido en Sevilla en 1554, y en ella murió en 1612. Predicador habi-

tual del Sagrario de la Catedral, que forma uno de los costados del patio á que os he conducido, se puede decir que no salia de su casa para subir al púlpito del patio de los Naranjos. Su vida ha dejado en la memoria de los hombres una estela dulce y luminosa, y paréceme que á su alma placerá vagar aun por las cercanías de ese púlpito, y sorprender entre aquellos naranjos el eco de sus palabras de otros tiempos.

»Contreras consagró su vida á la redencion de niños cristianos cautivos de infieles, á punto de que debia habérsele constituido en amado patrono de las jóvenes generaciones, que cada año en semejante dia se agolpan á los piés del púlpito. D. Fernando Contreras nació en Sevilla en 1470, de familia distinguida, pero escasa de fortuna: desde su infancia dió muestras de sus felices disposiciones, una inclinacion decidida al trabajo y al bien, de mucha modestia y de una gran dulzura de carácter. A los diez y seis años despues de haberse consultado á sí propio, y haber orado mucho, resolvió seguir la carrera eclesiástica, y se entregó con ardor al estudio de la Teología; no gastó desde entonces sino vestidos bastos y eligió en la casa paterna un lugar retirado, que constituyó en ermita, y en el que no quiso tolerar sino un jergon, una mesa, una silla, algunos libros y la imágen del Santo de su especial devocion. Tenia por todo recurso un beneficio pequeño que le ayudó á ordenarse; pero una vez recibido sacerdote,

renunció á él para vivir en la pobreza evangélica. Los ócios que le dejaba su santo ministerio, los empleaba en visitar los hospitales y en consolar á los enfermos. Padeciendo Sevilla en 1505 una grande hambre, se constituyó en demandante de los pobres, y habiendo la miseria traido la peste, se contituyó en enfermero de los contagiados. Tan intrépido para arrostrar el contagio, como lo habia sido para arrostrar la avaricia de los vivos, enterraba á menudo á los que no habia podido arrancar á la muerte. El Arzobispo de Sevilla creyó deber recompensar tanto celo y abnegacion, dándole un beneficio:—Señor, repuso aquel santo varon, ¿en qué he podido ofender á V. I. para que me quiera dar un beneficio?

»En 1511, el Cardenal Cisneros lo llamó á la gran Universidad de Alcalá de Henares, que acababa de establecer. Allá empezó á ejercer la predicacion, y tuvo la insigne honra de contraer amistad con el que habia de llegar á ser Santo Tomás de Villanueva.

»Salió de Alcalá para dedicarse á secundar las caritativas miras de Doña Teresa Enriquez, duquesa de Maqueda, que habia erigido recientemente en Torrijos, á cuatro leguas de Toledo, la colegiata que aun hoy dia se admira allí. Pero el principal objeto de la caridad de esta ilustre señora, era la redencion de los niños cautivos de moros. Asociando á D. Fernando Contreras á esa generosa obra, iba al encuentro de su verdadera vocacion. Pero para dar mas autoridad á su celo, le facilitó los medios de tomar el gra-

do de doctor. D. Fernando, para prepararse á sus lejanas empresas, regresó á Sevilla, que era aun por entonces el punto de partida de todas las expediciones marítimas: y empezó por establecerse (fijarse), en el hospital de Santa Marta, y despues en una casa pequeña, cercana á una de las puertas de la ciudad, que pudiéramos ver desde aquí, á no impedirlo las paredes, y que se llama puerta del Arenal.

»Era esto en el año de 1526, y no pudiendo aun embarcarse, el Padre aprovechó esta demora para fundar un colegio en el que tomó á su cargo la enseñanza del canto llano, la Gramática, Bellas letras y la Teología. Hubiérase dicho que con anticipacion preparaba un asilo á los niños que habia de ir á traer de tan lejos.

»Próximamente por aquella época pasó por Sevilla, para ir á América, San Juan de Avila, del que anteriormente hemos hecho mencion. El Padre Contreras consiguió retenerle en España, y Andalucía le debió asi su apóstol.

»Estando todo corriente para su primera expedicion dió vela con destino á Argel. Allí le esperaba todo género de dificultades, pero el cielo le concedió ocasion de captarse la buena voluntad de los moros. Desde cuatro años antes afligia una gran sequía á aquel país, y los ruegos de este varon santo hizo descender sobre la tierra abrasada una lluvia benéfica. En el primer arrebato de alegría le regaló el Dey treinta niños cristianos; los cortesanos imitaron la

liberalidad de su Señor, y unidas estas liberalidades á los medios pecuniarios que habia traido de España pudo en breve el generoso misionero reunir trescientos niños. ¡Considérese, pues, la acogida que hallaria al regresar á Sevilla!

«El buen resultado de este primer viaje le animó á emprender otro en 1533. Asaltóle un temporal á la vista del puerto, pero bastó colocar su báculo sobre el timon para alejar el peligro. Los argelinos habian tenido tiempo sobrado para olvidar el benéfico milagro que abrió los cerrojos de sus mazmorras á tantos pobres niños, y el Padre Contreras no tenia bastante dinero para rescatar todos los que habia deseado traerse consigo. Entregáronle bajo la fianza de su palabra alguna parte, y dejó su báculo en rehenes; verdad es que aquel báculo acababa de hacer un milagro, pero el milagro que me parece impresionaria mas á los moros seria la caridad del negociador.

»Su vuelta no causó esta vez menos entusiasmo en Sevilla que la primera cuando le vieron arrodillarse con todos los niños que traia y que le debian mas que la libertad, ante la célebre imágen de la Vírgen de la Antigua. Este entusiasmo le proporcionó en breve poder rescatar el báculo dejado en rehedes á los infieles.

»Como dos viajes consecutivos habian debido dejar exhautas las mazmorras de Argel, el tercero fué con destino á Tunez Apenas se habia embarcado el

Padre Contreras con sus queridos rescatados, cuando de repente se vió rodeada su embarcacion por siete cárabos de piratas; pero una nube espesa cubrió la embarcacion y ocultó á los cristianos á la vista de sus enemigos. Cuando la nube se disipó estaba libre el mar de piratas.

»Por cuarta vez se puso el siervo de Dios en campaña yendo á Tetuan y Féz. Volvió á Sevilla en 1536 habiendo por milagro escapado á una tempestad, que no fué parte á inspirarle temor al mar ni á hacerle desistir de sus valerosas empresas.

»Habia permanecido fiel á su hospital de Santa Marta, pero habiendo hallado ahora un establo en las cercanías se estableció en él, sin duda y en memoria del de Belen. Colocó en el pesebre su pobre jergon.

»El cabildo intentó inútilmente proporcionarle un albergue menos humilde, solo pudo lograr que se preservase de los rigores de la intemperie el que habia elegido el mismo venerable.

»Tres años despues volvió á emprender el viaje á Féz, del que regresó con éxito igual á los anteriores, pero el recuerdo de los niños que no habia podido rescatar lo abrumaba como un remordimiento, y para aumentar sus recursos fué á mendigarlos á Castilla. El Cardenal Tavera, el mismo que labró el magnífico hospicio que se halla en la entrada de Toledo, le dió medios para emprender el sesto viaje. Le hallamos, pues, en Ceuta y de allí caminando á

Tetuan. Pero habiéndole, como siempre, faltado el dinero, y no inspirando confianza su báculo, á pesar de no haber defraudado nunca la de nadie, se dió á sí mismo en rehenes. Pero no salió la cuenta á los infieles, pues cada dia de la generosa cautividad de este insigne varon, que duró algunos años, fué señalado con alguna conversion de moros ó de judíos.

»Cesó por fin en 1540 en que regresó á Sevilla, y como si se hubiese echado en cara entrar solo, trajo consigo tantos rescatados como las veces anteriores. Ya se habia perdido allí la esperanza de volver á verlo y se le empezaba á contar entre los mártires, cuando se le vió llegar tan sereno cuál si humiera salido el dia antes, pero con ese no sé qué de celestial que da el sentimiento de una santa victoria obtenida á costa de grandes sacrificios.

»La noticia de esa inesperada vuelta conmovió al mismo Cárlos V, que nombró al Padre Contreras para la vacante del obispado de Guadix. El recien electo bien hubiera querido contestar al Emperador lo que respondió habia cuarenta años antes al arzobispo de Sevilla. ¿En que he podido ofender á V. M. que me nombra obispo? Pero se contentó con dimitir esta honra.

»No creyó que su avanzada edad le dispensaba de la heróica tarea que se habia impuesto, y emprendió por séptima y última vez su peregrinacion á Argel, en donde quedó de nuevo su báculo en rehenes

de una suma de 3,000 ducados. Apenas regresó á Sevilla cuando se apresuró á volver á su humilde albergue con el presentimiento de que no volveria á salir de él.

»No quiso cuidados ni mas alimento que la pobre pitanza que el hospicio de Santa Marta acostumbraba proporcionar á los eclesiásticos indigentes.

»El obispado de Guadix estaba aun vacante, y el Emperador encargó al Príncipe D. Felipe que lo ofreciera de nuevo, al que ya en otra ocasion lo habia rehusado. El Padre Contreras se mantuvo un su negativa; sentia que seria para él un título vano. Agobiado bajo el peso de su cuerpo miserable que tantos combates habia llevado, cayó sobre el pobre lecho en que dormia desde tantos años para no volver á levantarse. La Duquesa de Alcalá, que sentia por él una tierna veneracion, le envió una cama menos mala, pero no le pareció que valia la pena de trasladarse á ella, é hizo llevar este regalo de una mano tan querida al hospital de las Tablas. El mismo camino tomaron los alimentos delicados que de todas partes le fueron enviados. Sintiendo su fin acercarse empezó por disponer con prudencia de sus bienes, en favor de la redencion de cautivos, pidiendo para sí mismo un favor: el de ser enterrado en la fosa en que se enterraban los ajusticiados. El 17 de febrero de 1548, entregó tranquilamente su alma á Dios, asistido por dos obispos que desearon hacerlo hasta el último instante. El uno, por una feliz casualidad, era el obispo

de Marruecos (1). ¡Qué de recuerdos tenia para él este título! ¡Recuerdos que debieron llenar de confianza al enfermo sobre la salvacion de su alma!

»El dia que murió D. Fernando Contreras, las campanas de la Catedral sonaron solas, y todo Sevilla acudió con demostraciones del mayor dolor á la puerta de aquel pobre casucho en que habia muerto un bienaventurado. ¡Cuántos entre aquella muchedumbre, le debian la vuelta de un hijo querido robado por los moros! ¡Cuántos el hallarse en el seno de su familia, que no habian pensado el volver á ver jamás.

»Las duquesas de Alcalá y de Béjar, se honraron en amortajar con sus propias manos el pobre cuerpo que habia conservado tan heróica alma. Al tratarse de fijar el sitio de su sepultura, fué grande la incertidumbre; pero cuando el cabildo estaba discutiendo el caso, se apareció un hermoso niño en medio de los canónigos, como en otro tiempo entre los doctores, y dirigiéndoles la palabra con aquella modesta firmeza que tanto habia impuesto á los sabios en el Templo, les hizo seña de que le siguiesen, y deteniéndose á la entrada del coro dijo: «Aquí es donde quiere Dios que sea enterrado» y desapareció. El cielo se habia complacido en dar á su mensajero la figura y edad de aquellos á quienes el que acababa de morir habia consagrado toda su vida.

(1) Era el título que llevaba entonces el obispo auxiliar del arzobispo de Sevilla.

»Todas cuantas personas elevadas y santas encerraba entonces Sevilla, se apresuraron á acudir á su entierro. El pueblo demostró á su manera su veneracion por el siervo de Dios, disputándose girones de sus vestidos. El obispo de Marruecos predicó el sermon en sus honras. Hé aquí el último rasgo de esta santa vida, toda consagrada á la infancia; D. Fernando Contreras es autor de un catecismo.

»Repetidas veces se ha instado á la Santa Sede, para que ponga el sello á la santidad de esta dulce y venerable memoria.

»Un primer decreto fué espedido favorablemente, y en ello ha quedado la beatificacion. Acaso desde el cielo, el humilde solitario de Santa Marta dice al Pontífice. «Padre Santo, ¿en qué os he ofendido para que me querais poner entre los Santos?»

»Entretanto, la gente se ha ido apiñando alrededor de este púlpito, esclarecido por tantos gloriosos apóstoles; mas sin que vengan los niños del Hospicio, no subirá el orador al púlpito. Fórmanse, mientras, grupos alrededor de la fuente. Cada naranjo se hace el centro de una pequeña tertulia, al propio tiempo que otros pasean solitarios fumando su cigarro. Alguno que otro estranjero va de grupo en grupo mirándolos con estrañeza. Este espectáculo de religion al aire libre, cuando en otros países parece que teme salir de sus templos, les da que pensar. Es cosa aquí tan natural, todos tienen un continente tan sencillo, que no se pensaria que aguardaban una solem-

nidad, si en las ventanas ogivales de los cuerpos su perpuestos de la Giralda, no se viera asomar cabezas que denotan aguardar otra cosa, que no la vista de aquella reunion animada sin bulla, recogida sin afectacion.

»Pero ya suenan á lo lejos voces infantiles. En el umbral de la puerta del Perdon, aparece una Cruz de plata rodeada de faroles en que arden cirios.

»Las gentes abren paso con apresuramiento simpático, y en la estrecha senda que abre se ve entrar de dos en dos á los niños del Hospicio de San Luis, cantando salmos ó el Rosario conducidos por sacerdotes, y á las niñas del de Santa Isabel que lo son por Hermanas de la Caridad. Los vestidos de unos y otros son limpios y adecuados, sus semblantes revelan alegría y salud. Estos pobres niños que solo se encuentran en esta ocasion, se miran con cándida simpatía, pues sienten indefiniblemente que pertenecen á una misma familia, la de los desheredados, recogidos por la caridad.

»A medida que se van colocando detrás de las autoridades civiles y eclesiásticas, que son su providencia en este mundo, las gentes enmudecen y se acercan. El cuadro de género (ó de costumbres) que antes se presentaba, y que por la originalidad de los trajes, la viveza de los colores, la variedad de actitudes, distraia agradablemente el tiempo de espera, toma al concentrarse otro carácter y se convierte en cuadro religioso, cuya belleza resulta de la unanimi-

dad y de la espresion moral, que es la de una fé serena y segura de sí. Todas las miradas se dirigen al púlpito no se lee sino un solo pensamiento en aquellas descubiertas frentes.

»Sube el orador al púlpito.—Se pregunta en voz baja quién es; oigo responder á mi lado que es un Padre de la Compañia de Jesus, encargado de la direccion de la enseñanza religiosa en el Hospicio. «Es el padre Esclapés» dice uno. «Yo creí que estaba en Utrera, en donde predicaba el Septenario de Dolores. —Estaba allí hace media hora, observó otro; aguardábalo un coche en la estacion del ferro-carril para traerlo aqui, y el mismo coche aguarda que haya concluido el sermon para volverlo á llevar á la Estacion.» Eran gente del pueblo los que así hablaban, por que en España el pueblo se interesa en los mas mínimos pormenores de las cosas religiosas. «Hubiera querido que fuese el Padre Medina, dijo un tercer interlocutor.—El Padre Medina acaba de hacer unos ejercicios en el Angel, y está muy fatigado.» Esto decia una mujer que en seguida añadió: «Escuchemos al Padre Esclapés, y no echaremos de menos á ningun otro.» Estas razones á que involuntariamente prestaba atencion, me impidieron oir el texto del predicador, que me pareció de mediana edad, de continente severo sin tiesura, y de un timbre de voz tal, que sin esforzarla llegaba á oidos de la mayor parte del auditorio. Su discurso fué como un resúmen de todo el cristianismo por el análisis sencillo y anima-

do de los mandamientos de Dios, y teniendo presente el orador que se dirigia á ánimas juveniles, que era necesario tanto convencer como conmover, presentó el fin de un célebre incrédulo incorporándose en su lecho de muerte para dejar en herencia á su hijo que quedaba huérfano, á falta del buen ejemplo de su vida, la gran amonestacion de su muerte.

»Hubo entonces un bello y solemne momento. Aquel en que al escitar el orador á sus oyentes á pedir á Dios perseverancia en nuestra santa fé y resignacion, se arrodilló espontáneamente todo el auditorio bajo los narajos, y unió su oracion á la del sacerdote. Cuando nos pusimos de pié, el púlpito estaba vacío, y los niños emprendian la vuelta á sus Hospicios en el mismo órden, y con los mismos cantos que traian á la venida.

»Cada vez que asisto hajo este cielo esplendente á alguna de estas solemnidades religiosas populares, admiro mas y mas la portentosa flexibilidad con que sabe el catolicismo apoderarse de todas las armonías de la naturaleza. Austero en el Norte, adquiriendo en el Mediodía una poesía dulce y amena, en todas partes dueño de los espíritus y realmente universal, toma para abrirse camino el medio que conduce seguramente á ellos.»

MIGUEL GUIJARRO, EDITOR.—PRECIADOS, 5, MADRID.

OBRAS COMPLETAS

DE VARIOS AUTORES

Y Á LAS CUALES SE ADMITEN SUSCRIPCIONES

POR CUADERNOS SEMANALES

E. PÉREZ ESCRICH.

	PRECIO — Reales.
El Mártir del Gólgota Séptima edición.—Dos tomos	66
El cura de aldea. Séptima edición.—Dos tomos	45
La caridad cristiana. Quinta edicion—Dos tomos	49
El corazón en la mano. Cuarta edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo	48
Las obras de misericordia. Quinta edición.—Tres tomos con láminas al cromo	72
El amor de los amores. Tercera edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo	52
El Infierno de los celos. Segunda edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo	48
La mujer adúltera. Sexta edición.—Dos tomos con magníficas láminas al cromo	56
La calumnia. Tercera edición.—Dos tomos ilustrados con magníficas láminas al cromo	54
La esposa mártir. Cuarta edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo	67
El Frac azul. Tercera edición.—Un tomo	22
La Madre de los Desamparados. Tercera edición.—Dos tomos	50
La Envidia. Segunda edicion.—Dos tomos	48
Los Hijos de la Fe. Segunda edición.—Dos tomos	40
Los Angeles de la tierra. Cuarta edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo	54
La Perdición de la mujer Segunda edición.—Dos tomos	46
Los Matrimonios del diablo.—Dos tomos	42

El pan de los pobres. Cuarta edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo..... 44
Escenas de la vida (colección de novelas).—Tres tomos..... 114
Los Desgraciados. Segunda edición —Dos tomos. 50
Los que ríen y los que lloran —Dos tomos..... 60
El Angel de la guarda.—Dos tomos..... 46
La comedia del amor —Dos tomos..... 52
La Promesa sagrada.—Dos tomos 47
El Libro de Job.—Dos tomos..... 38
El camino del bien.—Dos tomos..... 54
El Ultimo beso.—Dos tomos..... 50
La Duquesa de Martel ó Los Elegidos.—Dos tomos con láminas al cromo..... 51
La Hermosura de Alma.—Dos tomos..... 62
La Buenaventura.—Dos tomos..... 46
Las mariposas del alma.—Dos tomos ilustrados con magníficos cromos..... 60
Las Redes del amor.—Dos tomos con láminas al cromo á diez colores..... 65
La Pecadora.—Dos tomos en 4.° con magníficos cromos á diez colores..... 64

F. DE P. ENTRALA.

Las arrepentidas.—Dos tomos..... 50
Los hijos del Evangelio. (Páginas de la desgracia.)—Dos tomos con láminas al cromo..... 55

C. FRONTAURA

El rigor de las desdichas.—Dos tomos..... 48

A. DE TRUEBA.

Obras populares. Contienen: Cuentos de color de rosa.—Cuentos populares.—El libro de los cantares.—Cuentos campesinos.—Cuentos de vivos y muertos.—Cuentos de varios colores.—Capítulos de un libro.—Cuentos del hogar.—Dos tomos.... 72

E. ZAMORA Y CABALLERO.

El asesinato de una madre.—Dos tomos ilustrados con magníficos cromos..... 66

VIDAL VALENCIANO Y ROCA Y ROCA.

Las dos huérfanas, ó sea el registro de la policía.—Dos tomos ilustrados con magníficos cromos 72

A. BRAVO Y TUDELA.

La Madre de Jesús. Dogmas, misterios, leyendas y tradiciones. Segunda edición.—Dos tomos ilustrados con magníficos cromos..... 63
Los Apóstoles. Leyenda histórico-religiosa (continuación de *La Madre de Jesús*).—Dos tomos ilustrados con magníficos cromos..... 55

M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

La princesa de los Ursinos.—Dos tomos..... 76
La esclava de su deber.—Dos tomos..... 42
El collar del diablo.—Dos tomos..... 68
Diego Corriente.—Dos tomos..... 64
El alcalde Ronquillo.—Dos tomos 89
María... Memorias de una huérfana.—Dos tomos 79
Esperanza, la hija del misterio.—Dos tomos... 70
El diablo encarnado.—Dos tomos..... 62
Don Juan Tenorio. Nueva edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo..... 51
La maldición de Dios.—Dos tomos..... 47
Lucrecia Borgia.—Dos tomos 49
Majas, manolas y chulas.—Los espíritus parlantes.—Ambas ilustradas con magníficos cromos. Las dos obras..... 49

W. AYGUALS DE IZCO.

María, la hija de un jornalero. Décima edición. Dos tomos en 4.° mayor, con grabados intercalados en el texto y láminas aparte..... 59
La marquesa de Bellaflor. Novena edición.—Dos tomos en 4.° mayor, con grabados intercalados en el texto y láminas aparte..... 76
El palacio de los crímenes. Tercera edición.—Dos tomos en 4.° mayor, con láminas aparte.... 78

J. DE LA PUERTA Y VIZCAINO.

Las aves nocturnas. Tercera edición.—Dos tomos ilustrados con láminas al cromo..... 60
La plegaria de una madre. Segunda edición.—Dos tomos..... 48
Al toque de Animas Segunda edición.—Dos tomos 52

A. DE LAMARTINE.

Historia de los Girondinos. Novísima edición española, ilustrada con grabados y retratos.—Tres tomos en 4.° mayor..... 96

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

El Toreo. Gran diccionario tauromáquico. Comprende todas las voces técnicas conocidas en el arte; origen, historia, etc., etc.—Dos tomos ilustrados con grabados y retratos..... 94

ALFONSO KARR Y TAXILE DELORD.

La vida de las flores. Traducida y aumentada por una sociedad literaria.—Dos tomos ilustrados con 65 magníficos cromos de doce á quince tintas... 260

R. JOAQUÍN DOMÍNGUEZ.

Diccionario nacional ó gran diccionario clásico de la lengua española. Décimasexta edición, 1886.—Dos tomos en folio..... 132

PUBLICACIONES POR TOMOS DE E. PÉREZ ESCRICH.

Los cazadores. Episodios alegres escritos al aire libre.—Un tomo en 8.°..... 12
La Mancha. Narraciones venatorias; segunda parte de *Los cazadores*.—Un tomo en 8.°..... 12
Un libro para mis nietos. Colección de novelas, cuentos y artículos.—Un tomo en 8.°..... 12
Historia de un beso.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo..... 10
La prosa de la gloria.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo..... 10
El manicomio modelo.—La codicia rompe el saco.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo.. 10
El hombre de las tres vacas.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo..... 10
Un hijo del pueblo.—El lugareño.—Un tomo en 8.° con cubierta cromolitografiada..... 10
De tal palo tal astilla.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo..... 10
El violín del diablo.—Un tomo en 8.° con cubierta al cromo..... 10

Imp. de Miguel Guijarro, Pte. de Vallecas.

F. CABALLERO

UN SERVILON

Y UN

LIBERALITO

13.734

ROVINCIAL